

Cuentos de tango



Cuentos de tango

Gianfranco Dommarco

Colección de cuentos
(Volumen 3)

Cuentos de tango

Índice

1) Una apuesta de vida	5
2) De amor y locura	18
3) A secas	28
4) Corazón roto	39
5) Recuerdos	50
6) Títeres	62
7) Por una mujer	72
8) Al final	86

Una apuesta de vida

Mezcla entre venido abajo y galante, José Antonio Díaz caminaba por las calles de Buenos Aires. Andaba por la zona de Palermo y afinaba su paso, apurado y nervioso, como si estuviera dentro de un tango arisco de esos que pueden animar tanto a la oportunidad como a la desgracia. Vestía un traje gris con rayas finas en sentido vertical. Puede que en algún tiempo el traje hubiera sido nuevo, pero ahora la tela se veía un tanto opacada, sobre todo en los codos y en las rodillas. Llevaba un sombrero negro. No tenía otro que hiciera juego con el traje. Era su mejor atuendo a pesar de todo. Se había afeitado, pero la navaja no tenía buen filo. Se revelaba entonces, debajo de la barbilla, alguna que otra cascarilla de sangre seca. El hombre tenía los rasgos agudos, de mandíbula delgada, pera y nariz afinadas, y pómulos escuálidos. En la piel pálida comenzaban a dibujársele algunas marcas de expresión. No tenía el hombre más de treinta años. No tenía los músculos más desarrollados que los de un pebete. Sus ojos eran más bien pequeños y de un intenso color negro. Portaba siempre un semblante elegante y de suma importancia, pero su ropa delataba parte de sus miserias.

Era, José Antonio Díaz, muchas cosas sin ser nada. Un poco fantasioso, un tanto paria. Un poco elegante, un poco arruinado. Un tanto señoril, otro tanto engreído. Un poco servicial, otro tanto ventajero. Tal vez un soñador; uno de aquellos hombres que anhelan vivir la buena vida. Tal vez una víctima, que solo se encuentra a la merced de las escorias de la vida. José Antonio Díaz era, en verdad, un poco de todo aquello y tal vez un poco más. Un hombre que se la rebuscaba y que lograba saciarse el buche sin la necesidad de entregarse a las largas y extenuantes jornadas de trabajo. Era un alma libre, como la que pudiera tener un pájaro, pero no podía batir sus alas más allá de la jaula que él mismo se había creado.

Se lanzó apresurado a cruzar por la avenida Libertador. Pasó por detrás de la cola de una Dodge Berlina color negro. De la otra mano un Ford A le tocó bocina. Pero poco le importó a José Antonio, porque ya había cruzado. Se detuvo un instante y elevó la mirada hacia esa construcción de cemento que ya le sacaba algunas palpitaciones en el pecho. Casi como a los mismos animales que pronto vería: una sensación de nervios y

de adrenalina, una respiración agitada que parecía acrecentársele dentro; y ya por poco le faltaba relinchar. Era vida. Era juego. Era el majestuoso hipódromo de Buenos Aires.

Un lujoso Durant Sport 614 color blanco se estacionó en la entrada y varios de los presentes se acercaron para saludar. José Antonio miró a los recién llegados, como quien mira los más profundos deseos de un alma. Pero allí donde el alma se funde, también, entre la luz y la oscuridad. Donde hay deseos de todo tipo. Donde se anhela la buena vida, pero también los vicios; y muchos otros hombres y mujeres miraron igual: mezcla de celos y deseos de poder tener una vida a lo bacán.

El chofer del auto, vistiendo un traje negro y guantes blancos, se bajó y abrió las puertas para que descendieran los pasajeros. Algunos se acercaron para saludar. Otros, simplemente, para tener la suerte de que los recién llegados los miraran o los reconocieran. Se trataba de la familia Vera, una de las tantas pertenecientes al Jockey Club, asociación que, por cierto, administraba las actividades del hipódromo. Un hombre cincuentón bajó del lado del acompañante. En su rostro se percibía un gesto duro y un semblante severo, que ocultaba detrás de un abundante bigote negro de tipo mostacho. Lucía un traje negro: limpio, planchado, impecable, que parecía de estreno. De los asientos posteriores bajaron tres mujeres. La primera, de mayor edad y esposa del hombre, llevaba puesto un vestido color granate. Tenía el cabello castaño y la piel clara. Marido y mujer se tomaron del brazo y caminaron, con sobrado orgullo, saludando a sus admiradores. Los dos tenían ya varias arrugas en el rostro, pero con la elegancia que vestían, y lo bien cuidados que estaban, podían disimular bastante bien los años. Luego les siguieron dos muchachas treintañeras. Hermosas, dejaron a varios hombres pasmados tan solo con su presencia. La mayor tenía el cabello castaño claro, más parecido al de la madre. Llevaba un vestido color crema con varias puntadas delicadas y caminaba con un andar elegante. La segunda llevaba un vestido blanco. Una tela calada rodeaba su cintura, y se entregaban los lazos del final libres al viento. Tenía el cabello negro como su padre, pero había heredado los rasgos finos de su madre. Llevaba en la cabeza un gorro calado, que hacía juego con la cinta de su vestido. Tal cual la última moda: usaba el cabello corto y con bucles, lucía un collar de perlas y llevaba pintados los labios de un intenso color carmesí.

José Antonio sintió que su cuerpo se estremecía. Ante sus ojos estaba la mujer de sus sueños. Dolores. Su querida y preciada Dolores. Tenía un enamoramiento intenso

y alocado por aquella mujer. Algo que no podía explicarse con las palabras y que solo podía sentirse en el corazón. Pues cada vez que la veía o que tenía la oportunidad de hablar con ella, su corazón comenzaba a latir en forma acelerada. Igual que latía cuando corrían los caballos. Igual que se desbocaba cuando cruzaban la línea de llegada.

Se adelantó unos pasos para cruzarse con la familia. Para encontrarse, en realidad, con la que era la mujer de su vida. Su querida y preciada Dolores.

Los cuatro recién llegados avanzaron hacia la entrada. Sin achicarse, y al mejor estilo caradura, José Antonio avanzó unos pasos, casi haciéndose el langa, y se quedó cercano a la entrada. Fue imposible que la muchacha de cabello oscuro y labios carmesí no cruzara miradas con él. El hombre le sonrió e inclinó la cabeza. La mujer le devolvió una sonrisa: tal vez más lejana, tal vez tímida, tal vez pícara.

El hombre se quedó viendo cómo se alejaba la dama que tanto anhelaba. Llevando el vestido claro y el listón en la cintura que jugueteaba con el viento, sosteniendo con la mano su gorro calado sobre la cabeza, que también hacía juego con los zapatos blanquecinos. Luciéndolo aquel caminar acompasado, que armonizaba con un vaivén suave de carderas, y que lo atraían tanto como las abejas a la miel. José Antonio solo pudo suspirar, y luego susurró mientras la joven se alejaba:

—¡Ay, Dolores! ¡Golondrina mía!

La gente se mezcló avanzando, y pronto le taparon la visión de Dolores. El público ingresaba al hipódromo con ciertas ansias y José Antonio se puso también en marcha. Ya apretujado entre la muchedumbre, echó manos al bolsillo del saco y del pantalón. En el saco llevaba el sobre cerrado, pues había preferido hacerlo así para no caer en la tentación. Luego llevaba, dentro del bolsillo del pantalón, los billetes sueltos que utilizaría para las apuestas. Primero avanzó hacia la boletería y buscó allí a los mequetrefes que, según sus propias palabras, siempre solían estafarlo. Menudo contrasentido, porque de todas formas volvía a ellos para pedirles prestado. El problema era que los malandras que le facilitaban la biyuya cobraban intereses altos, y José Antonio estaba al límite de la fecha para cancelar una parte de la deuda. Ya le habían advertido, sin miramientos, que este era el último día para pagar. José Antonio ya había tenido problemas con este asunto y sabía bien hasta dónde se podía tirar de la soga. Sobre todo, cuando aquella soga estaba ajustada a su propio cuello.

Encendió un cigarro y buscó durante un rato al que se apodaba “Gordo”. Una especie de mamut que a todo hombre le sacaba entre una y dos cabezas y que bien podría haber estado fabricado por el duro acero de la General Motors Argentina, como si se tratara de un modelo de camioneta ranchera que viniera lista para embestir. Pero el Gordo no andaba por allí, y eso que resultaba fácil encontrarlo dadas sus dimensiones de talla y peso.

Mientras esperaba, José Antonio saludó a varias personas que transitaban por los alrededores. Cuando alguien frecuenta los mismos sitios, pronto halla conocidos y también se da a conocer. La espera resultaba larga y más de una vez tanteó el sobre que estaba dentro de su saco. Las ansias de realizar su apuesta lo carcomían y esperar entre los pasillos de las boleterías no parecía una opción sana. Sin embargo, esa era la zona que frecuentaba el Gordo y debía encontrarlo si quería evitarse graves problemas. Pero en contra de la costumbre, solo se veía a la yuta caminando de aquí para allá, y a las personas como en un ensordecedor enjambre de abejas; solo que, riendo, fumando, apostando, charlando.

Esperó otro rato. Prendió un nuevo cigarro. El Gordo no aparecía y sus secuaces tampoco. Sosteniendo el pucho entre sus labios, se amasó las manos con un movimiento tenso. Las ansias lo carcomían. Los fantasmas de sus pensamientos lo abrumaban. Miraba las boleterías como podría mirar a Dolores. Como si estuviera encandilado, pero por una luz mala, porque bien podría asemejarse su situación a la de los insectos que mueren atraídos por la luz. Dio una larga pitada, se quedó aferrando el cigarro entre sus dedos, y liberó por la boca una estela de humo que pronto se perdió entre la luz del día. Se juró que solo apostaría el dinero que llevaba en el bolsillo. Se juró que guardaría el sobre cerrado. Debía hacerlo por su bien. Miró el reloj. Todavía faltaban dos horas para *La Primera de la Tarde*.

Se acercó a las boleterías e hizo fila en la primera de la izquierda. La de la suerte, pues ya había encontrado buenas carreras las veces que había jugado en esa taquilla. En tanto la fila avanzaba, analizaba los nombres y números de los caballos que correrían en *La Primera*. Nunca elegía apodos como Rayo o Viento, pues no había nombre que hiciera más rápido a un caballo. Tampoco le gustaban los que parecían dar por perdida la carrera incluso antes de comenzar, y entonces desestimaba apodos como Rancho o Corto. Pensó en Dolores, fugazmente, cuando leyó Corazón Rojo. Casi parecía una señal.

Pero el número diecisiete nunca era de su agrado. Y entonces encontró, por ese instinto único que tiene el jugador y que pocas explicaciones tienen, aquel pingo que podría darle la victoria: Rulfo, el número nueve.

Cuando llegó su turno, una muchacha esbelta, de cabello negro y corto, lo atendió. José Antonio Díaz respondió con una sonrisa cordial y una caballerosidad casi exagerada. La joven no se dejó enredar en ninguna galantería y le indicó que hiciera su apuesta para que las demás personas pudieran hacerlas también. El hombre sacó los billetes sueltos del bolsillo y apostó al caballo elegido.

Con el sudor recorriendo su cuerpo, salió de las zonas de la boletería y se encaminó hacia la pista. Resistir la tentación no había sido fácil, pero lo había logrado. Llevaba José Antonio el boleto de la apuesta en la mano derecha y el sobre bien cerrado en el bolsillo del saco. Claro que no era todo el dinero que debía, pero al menos era el monto que le habían obligado a pagar si quería seguir con vida. En la zona de la pista volvió a buscar al Gordo, pero otra vez no lo encontró. Tal vez no estuvieran, pues cada tanto los matones tenían otros asuntos que atender en otros lugares, o tal vez se hubieran olvidado de que estaban en la fecha de cobrarle.

Siguió caminando entre el gentío y llegó al prado de la pista. El sonido de los aplausos y de los gritos no se hizo esperar. El eco del disparo atravesó al aire. La carrera comenzó. No era en la que había apostado José Antonio. El hombre había jugado en *La Primera de la Tarde*, que tenía mayor premio y era más competitiva. En este caso se trataba de una carrera de novatos, pero que servía bien para ir calentando al público.

Todo espectáculo de carreras de caballos resulta digno de ver; el golpe de los cascos contra el suelo, lanzados a máxima velocidad, provocaban la sensación de que la misma tierra latía al ritmo de un corazón desbocado. Los *Jockeys* iban aferrados a sus monturas. Agachados, tratando de cortar el viento. El público acompañaba los mil metros y, enardecidos, se enmarañaban en un rústico coro de gritos. Algunos rugían más fervorosos. Otros lanzaban risotadas. Pero al final, cuando cruzaron la meta, los gritos se acumularon en decepciones y apenas unos pocos cantaron victoria.

José Antonio Díaz se acercó a la pista pensando en ocupar un lugar para ver la carrera. Elevó la mano para cortar el sol que le llegaba de frente, una estela de tierra se vislumbraba en el ambiente, huella que habían dejado los cascos de los pingos tras la reciente carrera. El hombre lanzó un suspiro profundo y sintió correr la adrenalina en su

cuerpo. Le parecía percibir el calor de la tierra tras la fricción de los cascos y hasta sentía el aroma del sudor de los caballos revoloteando en el ambiente. Puso el pie sobre el alambrado y se encendió otro cigarro. Se volteó hacia las gradas y entonces observó a la multitud: fumando, riendo, apostando, gritando. No había señal del Gordo ni de sus matones, pero pronto encontró una vista mucho más agradable y hermosa.

Dolores estaba a mitad de la grada, charlando con su hermana y con sus padres. Junto a ellos había otro joven, de buen porte, alto y delgado, de cabello negro, que parecía adinerado. Una vez José Antonio se había puesto de puntas con aquel sujeto. Pero todo se había calmado tras descubrir que, en realidad, rondaba cerca de la familia porque le tiraba el chamuyo a Rosario, la hermana mayor. Claro que Dolores también tenía muchos pretendientes, pero en tanto no anduvieran cerca, José Antonio podría utilizar hasta la más mínima oportunidad para conquistarla. Tan solo con verla reír el corazón del hombre se estremecía. Mezcla de ansiedades y miedos. De pasiones y juegos. Como si fuera él un caballo que estuviera a punto de lanzarse a la carrera. Una sensación punzante le cruzó con ansias el corazón cuando la vio ponerse de pie. Dolores. Su querida y preciada Dolores se dirigía escaleras abajo. Sabiendo que no podía perder aquella oportunidad, hizo eco de su coraje. Dio una larga pitada, tiró el cigarro al suelo, lo pisó con sus zapatos desgastados. Clavó la mirada en la hermosa mujer y se la jugó saliendo al ruedo.

Avanzó a paso rápido, separando con sus manos a las personas que tenía delante. Alguno que otro lo insultó, otros simplemente se hicieron a un lado. Vio a Dolores ingresar en los pasillos que llevaban a los baños. El hombre llegó tarde al lugar y entonces se dispuso a esperarla.

Luego de unos minutos, Dolores salió del baño. Hubiera jurado José Antonio que la mujer lucía mucho más bella y primaveral que de costumbre. Ella también lo vio, mezcla de gentileza y rechazo, pero no se achicó al verlo y avanzó directamente a su encuentro.

—¡Golondrina mía! —saludó el hombre inclinando un poco la cabeza.

—José Antonio —saludó ella.

—¿Le apetece un paseo? —preguntó extendiendo el brazo para que ella lo tomara.

—Que sea corto y solo hasta las gradas —dijo ella—. Aunque sin tomarnos del brazo, ya que podría interpretarse como un compromiso.

—Qué lástima que no acepte mi brazo ni mi compromiso.

—Temo que ninguna de las dos será posible —dijo mientras caminaban por el pasillo.

—Es por mi condición, ¿verdad? —dijo esbozando una mueca amarga.

—Le he comentado a mi madre y a mi hermana acerca de sus intenciones para conmigo. A mi padre, por el momento, se lo hemos ocultado.

—¿Tan malo fue hablar de mí?

—Mi hermana dice que me siento atraída por usted porque es un rebelde y un pendenciero. —Los ojos de la mujer brillaron y una sonrisa se dibujó en sus labios carmesí—. Ella siempre me juzga diciendo que soy la caprichosa de la casa. La rebelde a la que le gusta llamar la atención.

—Si es así, los dos juntos, podríamos ser los rebeldes de la familia —dijo él.

—Pero mi madre opina que tengo edad para sentar cabeza. —Lanzó un suspiro que sonó a decepción—. Y lo cierto es que tiene razón. —Su voz sonó a desahuciada—: Debo pensar en lo que será mejor para mi futuro.

—¿Pero lo nuestro...?

—Pudo ser un beso o alguna aventura como aquella vez, pero nunca podrá ser más que eso —dijo la mujer—. Ya sabe lo que es mi familia, usted mismo nos vio llegar. No podría casarme con un hombre que no estuviera a la altura.

—¿Entonces... es solo por el dinero, mi querida Dolores? —preguntó con tristeza.

—¡No intente ponerme en una situación incómoda con esas palabras! —protestó indignada—. Y ya le digo que lo mejor será que no nos volvamos a ver.

La mujer se fue caminando con paso resuelto, haciendo sonar sus tacos, saliendo a recibir el sol tras la salida del pasillo. Casi como en un arrebato, el hombre salió corriendo detrás de ella y la tomó de la mano.

—¡Dolores, un momento!

Ella se dio la vuelta, entre ofendida y deseosa, y se zafó de la mano del hombre.

—Le dije que no es bueno que nos vean juntos.

Dolores forzó una sonrisa y miró a algunas personas alrededor, pues al salir del pasillo estaban a la vista de todos. José Antonio no se dejó intimidar por el qué dirán y lanzó la pregunta que le daría la última oportunidad.

—¿Si yo tuviera dinero, sería distinto?

—Tal vez —dijo ella con un suspiro—, pero las cosas son así y nada más. —Y con esas palabras se dio la vuelta y se fue caminando en dirección a las gradas.

Cuatro cigarros no fueron suficientes para calmarse. Le dolía la cabeza y el pecho, una sensación profunda de ansiedad lo perturbaba. El dolor de cabeza era por las presiones de lo vivido; el dolor en el pecho, un corazón roto; y la ansiedad, el resultado de no poder cambiar las cosas con Dolores. Ella era lo único que le importaba. Dolores. Su querida y preciada Dolores. Pero el mundo se empecinaba en torturarlo y en entregarle aquellos míseros sufrimientos tan propios de las desgracias de la vida. Dolores de amor. Dolores de cabeza. Dolores por las deudas. Sintiendo que el mundo se le desplomaba, se sentó en el suelo y se derrumbó en sus penas de amor. Estuvo allí un buen rato, fumando como un escuerzo, hasta que alguien le habló:

—¿José Antonio? —dijo una voz a su lado.

Un hombre cincuentón, regordete y más bien de baja estatura lo escudriñaba con el ceño fruncido. Tenía los ojos pequeños y una mirada esquivo. No usaba barba ni bigote, y la respiración le sonaba ronca, retazos del cigarro y del alcohol.

—¡Miguel! —exclamó José Antonio poniéndose de pie.

Los dos se saludaron como viejos amigos. Miguel Torres era un hombre que se dedicaba a la crianza de caballos de carreras y cada tanto ponía a algunos de sus pingos a correr. Muchas veces, si el resultado era bueno, podía venderlos a mayor precio. Durante años, José Antonio y Miguel habían compartido las andanzas en el mundo de las apuestas y se habían hecho buenos amigos.

—¿Y cómo anda la cosa? —preguntó José Antonio—. Tenía entendido que te habías ido al interior.

—Asuntos de trabajo —dijo Miguel—. La compra y venta de caballos en las provincias deja buen dinero.

Mientras charlaban y se alegraban por su reencuentro, un muchacho lánguido se acercó y le dio los boletos recién comprados a Miguel. José Antonio reconoció enseguida los billetes de la apuesta:

—¿Vas por *La Primera*? —preguntó.

—Sí.

—¿Y por qué no sacaste tus propios boletos? —preguntó extrañado, José Antonio.

Miguel le hizo señas al purrete para que se fuera. El muchacho lánguido obedeció enseguida y los dejó solos. Miguel se acercó a José para que nadie de alrededor los oyera:

—Tengo una fija —susurró—, pero no quiero que me vean apostando.

—¿Por qué no? —preguntó José Antonio—. Se supone que cualquiera puede hacerlo.

—¡Que eres lento! —protestó Miguel.

Dos hombres y una mujer los miraron. Miguel se hizo el distraído y José Antonio no dijo nada. Pronto los extraños dejaron de prestarles atención y volvieron a sus asuntos. El criador de caballos volvió a hablar:

—Uno de mis pingos corre en *La Primera* —dijo entre susurros—, pero resulta que la fija es otro. No quiero que me vean apostando en contra de mis propios caballos.

José Antonio se quedó pasmado, como si no pudiera creer lo que escuchaba.

—¿Una fija? —preguntó, casi atónito.

Miguel asintió con la cabeza.

—¿Cuál?

—El diecisiete, Corazón Rojo.

Miguel elevó el índice frente a sus labios, se hizo el distraído, dio media vuelta y se alejó caminando en dirección a las gradas.

Rato después, José Antonio salió de la boletería más pálido que nunca. Tanteó el bolsillo del saco y retiró el sobre. Las manos le temblaban. La envoltura estaba rasgada. Vacío. No había dinero. Rebuscó con los dedos en el interior. Apenas asomaba el boleto de la apuesta. Guardó el sobre con prisa y miró alrededor. Sintió un vuelco al corazón nada más pensar en los matones. Sintió esperanza al pensar en Dolores. Con pasos temblorosos avanzó en dirección a la pista. Un sudor frío le recorría el cuerpo. Se la había jugado toda. El corazón se le estrujaba dentro del pecho. Quiso buscar cigarros, pero sus manos, temblándoles, solo encontraron una caja vacía que se le cayó al suelo. Sin más opciones y para calmar las ansias, José Antonio terminó oficiando de linyera y, mientras

caminaba, pidió algunos cigarros prestados y hasta recogió una botella de ginebra que estaba abandonada, pero de la que pensaba rescatar el último trago. Caminó hasta el borde del alambrado y se ubicó en la misma zona que la primera vez. Le dio un corto sorbo a la botella hasta terminarla. Se prendió el pucho prestado. Y miró hacia donde estaba su querida Dolores. Si ganaba, tendría suficiente dinero para acomodarse. Podría iniciar un negocio. Incluso podría invertir como hacían los ricos. Reclamaría el amor de Dolores. Solo necesitaba ganar esa carrera. Un sudor frío lo recorría entero, y el sol de primavera apenas si lo entibiaba. No estaba apostando solo a un caballo, estaba realizando una apuesta de vida.

Minutos más tarde, los caballos estaban en los andariveles. La carrera consistía en una vuelta completa al óvalo. José Antonio pensaba en todos sus problemas: Dolores, el juego, la deuda, el Gordo, el amigo que le había tirado la justa; pero todos sus pensamientos se vieron restringidos a un instante. El sonido del disparo, el inicio de la carrera. Se aferró al alambrado dando un grito y levantando su boleto de apuesta. Muchos se abalanzaban también: gritando, protestando, animando. Pero los gritos de José Antonio resultaron apabullantes cuando el diecisiete, Corazón Rojo, picó en punta por medio cuerpo.

Cuando pasaron frente a él y vio que su caballo mantenía la punta, se aferró la cabeza con una alegría que parecía rozar la locura. Pasaron como viento y, entrando a la primera curva, Corazón Rojo ya ganaba por un cuerpo entero. José Antonio se giró hacia las gradas. Vio a Dolores gritar junto a su familia y reír. También vio a Miguel, quien le había tirado la justa. El criador miraba en silencio, simulando estar ofuscado por ver perder a su caballo, pero con el boleto correcto en el bolsillo.

José Antonio volvió la mirada hacia la pista. Se aferró al alambrado y gritó desaforado. El caballo seguía liderando. Habían salido de la anteúltima curva y ya le había sacado un cuerpo y medio al segundo. Apenas faltaba poco más de media vuelta. Al ver aquel espectáculo, José Antonio no pudo hacer otra cosa más que imaginarse dentro de sus tan anheladas locuras: una vida nueva, con mucho dinero, junto a Dolores.

Faltaban mil metros para cruzar el disco. El grito de los aficionados se intensificó. Por fuera, Rayo, el número tres, intentaba recortar en la última mitad de la vuelta. Los gritos de los espectadores resonaban histéricos mientras veían a los caballos entrando en la última curva. Algunos gritaban por la emoción del juego. Otros gritaban por su

dinero. Pero había alguien que gritaba extasiado. Había un hombre que gritaba como nadie. Un hombre que lo había apostado todo.

Última etapa de la curva y quinientos metros para cruzar el disco. En las gradas los primeros ansiosos se pusieron de pie. El caballo tres se adelantaba, y ahora recortaba al primero, a Corazón Rojo. Trescientos metros. Corazón Rojo continuaba en punta. Doscientos metros. Se emparejaban. Estaban a medio cuerpo.

—¡No me afloje! —gritó José Antonio—. ¡No me afloje ahora, Corazón!

Cien metros y Rayo recortaba. Cincuenta metros. Estaban a la par. Veinte metros y Corazón Rojo pareció quedarse sin fuerzas. Por una cabeza, Rayo cruzó la línea en primer lugar.

Los gritos del público resonaron en el ambiente. Había sido un espectáculo digno de *La Primera*. José Antonio Díaz no podía creerlo. Un desastre. Había perdido todo. Cuando vio al caballo regresar tuvo ganas de injuriarlo, incluso de apedrearlo. Pero el pingo, batiendo anchas las alas de la nariz y largando espuma por la boca, parecía dejar en claro su mensaje. No era el caballo quien se había equivocado, sino el apostador.

José Antonio, perturbado por el resultado, salió caminando a paso ligero. No podía ser. No podía arriesgarse. Miró alrededor: había tenido demasiada suerte de que el Gordo no estuviera presente en la tribuna ni tampoco en los pasillos de la boletería. Salió a toda prisa del hipódromo, no sea cosa que se les diera por llegar. Pero cuando levantó la mirada se dio cuenta de que había sido un error. El Gordo y los maleantes estaban afuera. Enseguida se le acercaron dos. José Antonio no tuvo mucho por decir. Aún estaba perturbado y apenas si intentó irse a las corridas, pero otros dos lo agarraron y lo llevaron ante el Gordo. Un hombre calvo e inmenso como un ropero.

—¿Estuvo buena la cerrera? —preguntó el Gordo.

—Una mierda —protestó José Antonio.

El Gordo se encogió de hombros como si poco le importaran los resultados.

—¿Trajiste lo que nos debías?

—Sí.

—Bueno, a pagar —dijo poniendo la mano para recibir el dinero.

—Lo tenía, pero... hubo un problema.

—¡Ya te dijimos que no más mentiras! —En un instante el rostro del Gordo se enrojeció por la rabia.

—No son mentiras, lo tenía en un sobre, lo juro —dijo tembloroso—. Los busqué en las boleterías, no los encontré y entonces pensé...

—Ahora anda la yuta por ahí —dijo el Gordo—. No podemos estar más en los pasillos de las boleterías.

—No sabía —dijo asustado—. ¡Juro que no lo sabía!

El Gordo hizo una seña. Dos de sus ayudantes revisaron al deudor. El hombre tenía en sus bolsillos un sobre roto.

—¡Lo ven! ¡Es el sobre! —dijo José Antonio—. ¡Tienen que creerme! ¡Tenía el dinero!

—Está bien, te creo —dijo el Gordo.

—Gracias —dijo recuperando el aliento—. Juro que voy a...

José Antonio lanzó un chillido agudo cuando el puñetazo del Gordo lo dejó sin aire. El golpe había sido en la boca del estómago y la mano del Gordo tenía la fuerza de un yunque.

—¡Caradura! —protestó encolerizado—. ¡Te jugaste nuestra plata!

—Es... que...

El segundo golpe le dio en el rostro. Recibió otro en las costillas. Y luego no pudo reaccionar a la cantidad de golpes que le llegaban por todas partes. Tanto el Gordo como sus secuaces comenzaron a acribillarlo. Algunos golpes le dieron en la cabeza. Su cuerpo perdió estabilidad y, sintiéndose mareado, cayó al suelo.

Al tiempo los golpes dejaron de lloverle. Tirado en el piso, había caído en una sensación de pérdida de conciencia. Veía borroso, estaba mareado y apenas si escuchaba algunas palabras lejanas. Se hizo el silencio. Y se entregó a lo que debiera de ser.

No supo cuánto tiempo había pasado. Solo sentía que lo zarandeaban y que las palabras resonaban lejanas. Como si intentaran llamarlo, como si quisieran traerlo de nuevo a la realidad.

—¡Vamos, José Antonio! —dijo mientras agitaba el cuerpo del herido—. ¡Qué reacciones!

Apenas pudo abrir los ojos y reconoció al hombre regordete.

—¿Miguel? —José Antonio esbozó una mueca, tenía el rostro ensangrentado y los moretones comenzaban a teñirle la piel—. Estoy en el tacho —susurró mientras le corría un hilo de sangre por el labio inferior.

—¿Cuándo vas a dejar esta vida, che? —protestó el criador.

Miguel ayudó al herido a levantarse, lo hizo caminar un poco y lo acompañó hasta un banco donde pudieron sentarse.

—No apuesto más —gimió José Antonio—. ¡Nunca más! ¡Lo juro!

—¿Y eso será cuando el sol deje de salir? —protestó Miguel, al tiempo que le ponía un pañuelo en las heridas, como ya había hecho, más de una vez, en aquellas ocasiones.

De amor y locura

Una mujer esperaba sentada en el banco de una plaza. El aire primaveral revoloteaba en el atardecer sereno de un simple barrio de Buenos Aires. Vestía una capelina suntuosa de color amarillo, cuya tonalidad estaba desgastada por el uso de la dueña anterior. Había combinado la capelina con un bolso de cuero rojo, que también estaba desgastado. En los pies llevaba un zapato negro y otro anaranjado. Un vestido blanquecino, con flores azules y verdes, completaban la función. Margarita sostenía una firme mirada en dirección a la bocacalle que estaba después del puesto de diarios. Esperaba, ansiosa, a que Huguito hiciera su aparición. La mujer tenía los ojos secos y el escozor le molestaba, pero intentaba aguantar sin pestañear. No fuera cosa que vaya a perderse la llegada de su verdadero amor, que pronto emergería, desde detrás de los árboles, o tal vez desde el puesto de diarios. Claro que no aguantaba tanto tiempo sin pestañear; y cuando los ojos secos le pedían a gritos la humedad necesaria para calmar el escozor, entonces pestañeaba varias veces, en un vaivén intenso y veloz, para luego volver a dejar los ojos bien abiertos, mirando hacia el horizonte desde donde aparecería Huguito.

Margarita tenía el cuerpo tenso y durante la espera se había rascado en forma constante: ejerciendo presión, clavándose las uñas, incluso pellizcándose. Tenía pequeñas marcas en la piel y debajo del vestido podrían haberse visto algunos pequeños moretones. Llevaba casi dos horas de espera y ya estaba en el punto en el cual se mordía las uñas. La ansiedad le había llevado a lacerarse; una gota de sangre brotaba de su dedo índice derecho. Temía haber contado mal las lunas, temía que fuera el día equivocado. Sin embargo, ajena al dolor, seguía atenta y con la mirada firme. Entregada a la ansiedad y a la ilusión. Con los ojos bien abiertos y casi sin expresión en el rostro. Como si fueran, durante la espera, su cuerpo y su semblante una piedra. Tenía los labios tensos y la boca casi cerrada. Casi, porque Margarita nunca podía terminar de cerrar la boca, ya que los dientes incisivos superiores le quedaban un buen tramo por fuera de los labios y siempre sobresalidos.

Margarita dio un respingo exagerado y lanzó una carcajada sonora en medio de la plaza. Hizo unos vaivenes jocosos, hacia adelante y hacia atrás, al tiempo que su risa

resonaba estridente. Bien podría aquella carcajada haber sido considerada desafinada, si acaso las risas fueran establecidas dentro de las escalas musicales. Margarita aplaudió con manos tensas y rígidas, sin pensar siquiera en que uno de sus dedos le sangraba. Gritó feliz. Aplaudió contenta. Carcajeó en forma exaltada. Todo porque detrás del árbol había aparecido su amor.

Huguito caminaba encorvado por naturaleza. Sin embargo, aquello era lo mínimo que llamaba la atención del susodicho personaje. Entre la risa jocosa de Margarita y el hombre que se acercaba, varios de los presentes en la plaza se voltearon para dedicar unas miradas puntillosas sobre la cantidad de alienados que deambulaban sueltos por la ciudad.

Huguito era un enamorado nato y le ofrecía a su amada un nuevo sombrero cada vez que se encontraban. Con eso trataba de sacarle a ella una sonrisa, y casi siempre funcionaba. La mujer reía como una niña cada vez que Huguito aparecía con un sombrero nuevo. Esta vez, el hombre llevaba medio melón en la cabeza. Claro que resultaría imposible descifrar las ideas que Huguito había tenido para lograr su cometido. Pues sería posible que el melón-sombrero hubiera requerido de varios calados, así como de un buen tallado para que pudiera entrarle en la capocha. Además, puede que también lo hubiese dejado secándose al sol para que no le mojara el jugo. Pero ningún esfuerzo invertido en sus gorros le importaba en tanto pudiera sacarle una sonrisa a Margarita, que de lejos ya aplaudía, contenta y alegre, a causa del nuevo sombrero de su amado. Huguito combinaba el melón-sombrero con una camisa lujosa que nunca había mostrado. Pintadas a rayas en su piel, llevaba unas líneas celestes y verticales como camisa. Su torso desnudo, encorvado, mostraba una piel pálida y una musculatura flácida. Y para completar la función, llevaba el hombre dos banderitas amarillas, una en cada mano, que decían: «Taxi».

Las personas alrededor se alejaron, horrorizadas, ante la presencia de aquel linyera y de la mujer que se reía. Era como si de pronto la plaza hubiera sido conquistada por los chiflados. Todos deseaban huir: sea por el espanto, por el miedo, o por si acaso aquello fuera contagioso. Pues resultaba prudente alejarse de lo subnormal; de lo que es mejor evitar, de lo que es mejor esconder, de lo que es mejor confinar: los locos. Pero tal vez la plaza hubiera sido tomada, del mismo modo, por algo más que la locura. Y si bien algunas mujeres se dieron la vuelta espantadas y algunos hombres se alejaron

blasfemando; pareció que nadie fue capaz de ver, también, el brillo cristalino que deslumbraba en los ojos de aquellos locos. Una mirada tierna y esperanzada que reflejaba el sentido del alma. Una mirada que desbordaba el amor. Aquello de estar loco de mente, pero cuerdo del corazón.

Huguito se acercó hasta el banco donde estaba su amada y la mujer se puso de pie. Él era más alto, pero al estar encorvado, quedaban casi a la misma altura. El hombre tenía unas tenues arrugas en el rostro y andaba bien afeitado. Sonrió abriendo grande la boca y mostró apenas un diente, el colmillo inferior izquierdo, que era lo único que tenía en el comedor. Con esa sonrisa alegre y desdentada le ofreció una banderita de taxi a su amada. La mujer la recibió con ojos brillantes y alegres. Como si aquello pudiera haber sido un ramo de rosas o una caja de bombones, tal cual la última moda.

Con la mano libre el hombre se quitó el sombrero y se inclinó en señal de cortesía. Un aroma dulzón, y a melón maduro, los embriagó a los dos. Entonces se notó que la estrategia de Huguito no había sido tan acertada, pues su cabello había quedado embadurnado por restos de pulpa y un poco de jugo. Margarita aplaudió contenta y lanzó otra sonora carcajada cuando vio el sombrero. Huguito dejó el medio melón en el banco y respondió con una sonrisa, que también resonó un tanto alterada. Los dos se tomaron de la mano de manera nerviosa, como bien podría sucederles a dos jovencitos que se toman de la mano por primera vez en las travesuras del amor. Se rieron en forma estridente, jugando un poco con las banderitas, apretándose las manos y moviéndose con tensión entre la alegría y la ansiedad. Se sentaron en el banco y se entregaron a pasar juntos el rato. Un poco abrazados, otro tanto tomados de la mano.

Luego de un tiempo pudieron calmar sus nervios. Las risas pasaron a ser un tanto más serenas, e incluso Huguito pareció mejorar la postura. Margarita ya no se mordía las uñas ni se rascaba la piel, y había vendado su dedo con un trozo de tela que había cortado de su vestido. Incluso pestañeaba y con eso parecía haberle menguado el escozor de los ojos, aunque lo seguía haciendo en forma exagerada y repetida. Habían cruzado, juntos, la ansiedad que les provocaba reencontrarse. Y se entregaban, unidos, a un bello atardecer.

Venía el hombre del Hospicio de las Mercedes, y la mujer, del Hospital Nacional de Alienadas. Acordaban verse una o dos veces por semana, pero los encuentros no siempre podían suceder. Era en verdad, para los dos, un acercamiento necesario, donde

podían hallarle un sentido a la vida. Donde podían encontrar un posible futuro. Similar a una cura. Parecido a la libertad. Un encuentro más eficiente que los baños de agua fría o que cualquier tratamiento que intentara calmarlos. Era encontrar la paz que anhelaban. Una especie de bálsamo a los fantasmas que los atosigaban. Un hecho fáctico para sentirse mejor. Dos almas libres de corazón. Porque, después de todo, ¿quién dijo que los locos no pueden sentir amor?

Cuando el atardecer consumió sus horas, la noche trajo consigo una luna llena; bien redonda y brillante, que mientras buscaba el cielo, al estar saliendo, parecía estar bajo el efecto de ser más grande que de costumbre. Dicen que la luna es el astro del amor, pero en este caso puede que incluso fuera más que eso, pues Huguito y Margarita utilizaban la luna como medida de tiempo y así acordaban volver a encontrarse dentro de tres o cuatro lunas; con algunas variantes, pero nunca más que siete, porque la espera resultaba insoportable. Por eso contaban las lunas y, por eso también, temían contarlas mal. Aunque ambos disponían de buenos recursos para la cuenta y utilizaban diferentes estrategias para alcanzar el objetivo. Así, Huguito le preguntaba al loco Villalba, quien era un apasionado por los números. Mientras que en el Hospital de Alienadas Margarita le preguntaba a su enfermera —casi amiga— Rosario. No obstante, había veces en las que uno o el otro no disponían de la ayuda necesaria y entonces sucedía el desastre. Contaban mal las lunas y se desencontraban.

Poco podrían imaginar los cuerdos lo que sufrían estos enamorados cuando el error se concatenaba. Pues el que había acudido a la cita no encontraba más que soledad. Una plaza vacía. La ausencia de la otra parte. Sintiendo morir las horas. Cayendo el sol en desgracia. Una vez, por tanta espera, Margarita se había arrancado de cuajo una uña entera y había regresado al Hospital de Alienadas con el dedo sangrando. Después había llevado el dedo vendado durante seis meses esperando a que la uña le volviera a crecer completa. Otra vez, Huguito, que se había puesto como sombrero un nido de pájaros y de camisa una sábana, había pasado un día entero en la plaza. Tras esperar durante toda la tarde, y ya llegada la noche, el hombre se había dormido en el banco, bajo el frío del pleno invierno. Al otro día las autoridades lo habían encontrado con hipotermia y con el nido de pájaros desbaratado a su lado. En el hospital le habían recuperado el calor, y todos afirmaban que Huguito, el loco, se había salvado de milagro.

Sin embargo, para ellos, no era diferente a cualquier historia de un verdadero amor, que siempre estaba atravesada por encuentros y desencuentros, contrariada por antagonistas, atacada por juicios sociales, e incluso por los doctores que los encerraban acusándolos de padecer no sé cuántas afecciones. Pero así y todo continuaban. Juntos. Y allí estaban otra vez. Reunidos. Luchando por su amor. Contando las lunas. Encontrándose siempre en la misma plaza. Aquello era lo que daba sentido a sus vidas. Era el amor lo que alimentaba sus corazones. Una historia completa. Un tango de amor y locura.

Huguito se puso de pie y caminó hasta detrás de un árbol, que estaba en dirección por donde había llegado. Buscó allí una camisa avejentada, que era de color gris, y que había escondido en una bolsa un tanto agujerada. Estaba loco, pero no era tonto. Bien sabía que las veces que había andado en cuero, algún buchón había terminado por llamar a la policía. Y como resultado había terminado pasando unas horas en el calabozo, hasta que al fin lo identificaban, para luego terminar en el otro calabozo, el del manicomio. Regresó entonces con una camisa gris desgastada y extendió su brazo invitando a su amada para que lo acompañara. Ya era de noche y la luna, bien grande y rellena, se mostraba pródiga en el cielo.

—Sígueme, golondrina mía —dijo con el brazo en jarra—, que *piantaos* nos queremos...

—...Y *piantaos* nos volamos —dijo ella.

Margarita se ajustó el sombrero amarillo y cruzó su brazo con el del hombre. Ambos salieron caminando, decididos a realizar algún paseo. Un recorrido de enamorados. Una aventura inefable, donde los cuerdos no comprenden las locas razones que tiene el amor.

Anduvieron danzando entre sonidos de motores, jugando a que eran bombas de estruendo. Pasaron frente a una verdulería, en donde se convencieron de que las frutas y las verduras les guiñaban los ojos. Las portadas de los diarios y de las revistas hablaban de ellos. Y desde debajo de las baldosas algunos seres diminutos los observaban, creencia que adicionaba entusiasmo y adrenalina al noviazgo.

Anduvieron un rato por la avenida Callao. Los Ford T pasaban acelerando, encandilando con sus luces a los peatones. A sus alrededores, las personas parecían caminar ensombrecidas. Embutidas en trajes formales. Usando sombreros parcos.

Vistiendo en forma aburrida. Solo por moda. Siendo normales. Como si el camino de los cuerdos fuera a rozar siempre la monotonía.

Huguito y Margarita caminaban tomados de la mano. En el fondo de la avenida, en el cielo nocturno, la luna se mostraba plena y hermosa para los enamorados, que se quedaron mirándola deslumbrados. Era una luna inmensa. Encantadora. Que parecía agrandarse como nunca se había visto. Y así, hermosa y enorme la luna, al final de la avenida, pareció desplomarse del cielo y comenzó a rodar por Callao en dirección hacia ellos.

Salieron corriendo antes de que el astro los aplastara. Fue un momento de pavor como nunca antes habían sentido. Doblaron en la esquina y se resguardaron detrás de un farol. Voltearon la vista. Los dos vieron a la luna pasar emitiendo una luz blanca incandescente. No les llamó la atención que fuera tan intensa y brillante, porque si en el cielo estaba tan lejana, resultaba normal que la luna tuviera esa luz. Pero, curiosamente, no fueron Huguito y Margarita los únicos que se asustaron. Los cuerdos también gritaban y blasfemaban, haciendo resonar el claxon de los autos y haciendo señales en protesta, luego de que un inmenso camión hubiera cruzado por el medio de la avenida con las luces altas encendidas.

Huguito y Margarita se resguardaron en el zaguán de una casa. Estaban seguros de lo que habían visto. La luna se había caído del cielo y apenas si habían logrado escaparse antes de que los aplastara. Se dieron un abrazo, apenas débil, y se sumergieron en su realidad. El pavor los envolvía, la tristeza los embriagaba.

Bajo la negrura de una noche sin luna, estuvieron un buen rato en silencio. Los dos abrazados en el zaguán, con una tristeza que los tenía paralizados. Margarita, con los dientes sobresalidos, se estremecía dando fuertes inhalaciones para levantarse los mocos. Lloraba, desconsolada, como una niña. Huguito lucía más encorvado que de costumbre y apenas si podía rodear con los brazos a su amada. Buscaba así guarecerla, sobre su pecho, contra el dolor. Comprendían la situación que les apremiaba. Una sensación angustiante, como atenazado el pecho, como resquebrajados los huesos. Estuvieron así, en silencio, abrazados, hasta que las primeras palabras brotaron en la oscuridad.

—¿Si la luna se cae cómo nos vamos a encontrar? —dijo ella con un hilo en la voz y con las lágrimas bañando sus pómulos.

—Debemos buscarla, mi querida —dijo Huguito—. Tenemos que devolver la luna a su lugar.

Y entonces salieron los dos, por la ciudad de Buenos Aires, en busca de la luna que se había caído del cielo y que andaba rodando, perdida, por las avenidas. Puede que los cuerdos hubieran naturalizado que dicho astro estaba, simplemente, escondido detrás de las nubes y que las luces habían pertenecido al camión. Pero Huguito y Margarita estaban seguros de haber visto otra cosa. Así que, haciendo eco de su coraje, porque si hay algo que los locos no tienen es miedo, y mucho menos cuando es en nombre del amor, caminaron tomados de la mano, bajo una noche oscura, con el corazón latiéndoles al unísono. Buscando un futuro. Buscando la luna. Protegiendo su amor.

Recorrieron calles. Caminaron avenidas. No había señales del astro perdido. Las luces de los autos y de los edificios brillaban como luciérnagas; y entre tantas luces, Huguito divisó aquella que podía significar una parte de la solución. Un hombre vestido con un traje grisáceo se había bajado de una moto, y hablaba con otro hombre que tenía estacionado un auto. Huguito consideró oportuna la situación y llevó a su amada de la mano. Si querían encontrar la luna, necesitaban un transporte con el cual pudieran recorrer la ciudad. No había más que un acto noble en su trasfondo. No era más que una acción en nombre del amor. No había intenciones de maldad ni mucho menos pendencieras. Solo querían buscar la luna. Solo querían devolverla a su lugar.

El dueño de la moto y su amigo estaban de espaldas, detrás del auto, razón por la cual no pudieron verlos. Los enamorados se deslizaron en la oscuridad hacia donde estaba estacionada la motocicleta. Primero subió Huguito, quien en épocas de cordura había estado relacionado con el mundo de los motores. Luego subió Margarita y se abrazó a la cintura de su amado. El dueño escuchó el arranque y una fuerte acelerada, pero cuando llegó al lugar ya era tarde: los dos ladrones se llevaban su motocicleta.

Huguito y Margarita se alejaron de los gritos que los acusaban de ladrones. Anduvieron unas pocas cuadras, entre luciérnagas a motor, entre deseos de encontrar la luna. Pero pronto se dieron cuenta de que el dueño de la moto se había subido al auto de su amigo y que juntos habían iniciado una persecución. Con la ventanilla abierta, el hombre iba despotricando y gritando contra los ladrones.

El barullo de los perseguidores llamó la atención de los transeúntes y pronto un auto de la policía, que estaba estacionado en una avenida, se sumó también a la persecución. Pasaron por la intersección con otra avenida y, en la primera oportunidad, el vehículo oficial se cruzó delante de la moto, obligando a Huguito a detenerse.

Tres policías se abalanzaron sobre los ladrones. Huguito y Margarita se dispusieron sumisos, pero de todas maneras terminaron envueltos en un forcejeo. Los oficiales arrancaron a los maleantes de la motocicleta y los llevaron a los empujones. El sombrero amarillo de Margarita voló por los aires y en el arrastre le rasgaron una parte del vestido. Huguito resbaló, cayó al piso, y dio su frente contra el asfalto, haciéndose un corte en la piel.

Pasado el revuelo, los ladrones terminaron esposados, la gente chismoseando y el dueño de la moto, injuriando:

—¡Sabandijas! ¡Me robaron!

—¿Qué tienen para decir? —protestó un policía.

—Es la luna —dijo Huguito con la frente sangrando—, tenemos que devolverla a su lugar.

Al poco rato los miembros de la policía le permitieron al dueño de la moto seguir su camino. Sin embargo, no fue la misma suerte la que tuvieron Huguito y Margarita, que no se pudieron ir a ningún otro lado que no fuera el asiento trasero del Ford T que usaba la policía. Los dos esposados miraban, a través del vidrio, lo que era un cielo oscurecido. Reflejando en sus ojos la tristeza. Sintiendo el alma romperse en pedazos. El hombre, con sangre en la frente, la mujer, con suciedad en el rostro, penaban la ausencia de su cómplice y rozaban la angustia de no haber podido recuperar la luna.

Rato más tarde, Huguito y Margarita compartían la celda en una estación de policía. Pasaron allí un par de horas, pero a eso ya estaban acostumbrados. Uno de los oficiales que estaba a cargo se acercó y los miró desde afuera de la celda. Era un oficial más bien barrigón, de barba y bigotes cortos, y de cabello negro. El hombre tenía rostro severo y parecía ofuscado con los ladrones.

—¡Ratas mugrientas! —protestó—. ¿No van a decir nada?

El policía se quedó mirándolos, esperando algún tipo de respuesta. Huguito y Margarita, que estaban sentados, apenas levantaron la mirada en un gesto sumiso. Pues lejos de ser dos maleantes, los enamorados parecían asustados y amargados.

—Espero que José no se moleste —susurró Margarita, frotándose las manos con ansiedad—. Ni tampoco las buenas damas que nos ayudan y que a veces nos regalan ropa.

—Sí, sí —afirmó Huguito con un dejo amargo en la voz—. Y yo espero que mi José tampoco se enoje.

El oficial se quedó mirándolos ofuscado. Huguito y Margarita apenas esbozaron un gesto amargo, como si fueran dos pollos mojados.

—¡José uno, José el otro! —rezongó el policía y se alejó de la celda—. ¿Acaso me toman por loco?

Pero los dos habían dicho la verdad al oficial. Cada uno se refería a un José, pero eran dos Josés distintos. Se refería, la mujer, a José Esteves, el director del Hospital Nacional de Alienadas y al grupo de mujeres que conformaban La Caridad y que tanto bien hacían por la institución. Mientras que, por otro lado, Huguito se refería a José Borda, director del Hospicio de las Mercedes en el cual se alojaba. Y por esas curiosidades de la vida, los dos alienados tenían buen trato con los médicos directores de cada nosocomio.

Ya pasada la medianoche, luego de identificar a los delincuentes, dos oficiales llegaron acompañados por personas que vestían los delantales blancos. Explicaron las enfermeras y los médicos la situación de los detenidos, y entonces el oficial comprendió que era verdad cuando se habían referido, cada quien, a su propio José.

Una vez más se dispusieron a separarlos. Salieron entonces, Huguito y Margarita sin las esposas, y los oficiales los escoltaron por la vereda hasta donde estaban los móviles policiales. Pero en medio de la noche, la mujer lanzó una estridente carcajada que resonó en la oscuridad. Y el mismo Huguito, dando palmadas se puso a bailar. Pronto quedaron los dos locos festejando con alegría. Los dos bailando. Los dos cantando. Los dos lanzando sus carcajadas estridentes y desafinadas en medio de la noche.

—¡¿Qué carajo hacen estos dos?! —protestó un oficial.

—¡Qué más da, si son locos! —dijo otro—. ¡Mejor súbanlos de una vez!

Los policías tomaron acción enseguida y subieron a los alienados en vehículos distintos. Sin embargo, esta vez, Huguito y Margarita lucían felices, encerrados en la parte posterior de los autos. Y es que, a través de los vidrios, entre alegrías e ilusión,

ambos se señalaban números. Y ante las cosas que solo los locos pueden ver, ambos hacían señas hacia arriba. Pues la luna había dejado de recorrer las avenidas de la ciudad y había regresado a su lugar. Y ahora estaba, otra vez, en el cielo. Una luna bien redonda, blanca y hermosa. Una luna que les permitía amarse. Una luna que les daba la oportunidad de volverse a encontrar. Puede que los cuerdos naturalizaran que eran las nubes quienes se habían corrido, pero nadie podía ver la realidad. Pues la luna se había caído del cielo, había recorrido la ciudad, y al fin había regresado a su lugar. Mientras los locos se hacían señas de que en tres lunas se volverían a encontrar.

A secas

El anciano despertó sintiendo el frío del invierno, al igual que lo había sentido durante las últimas noches. Apenas lo abrigaban una sábana agujereada y dos mantas raídas. El catre era una estructura de hierro y en la cabecera se veían los caños oxidados. Armando estuvo unos momentos con los ojos abiertos y miró alrededor: un techo de chapas desteñidas, las paredes con manchas de humedad, unas pocas prendas harapientas.

Corrió las mantas y se sentó en la cama. Supo el hombre que serían cerca de las siete de la mañana, puesto que tenía el hábito de despertarse a esa hora. Tal vez, tiempo atrás, hubiera sido posible consultar el reloj de mano para saber la hora exacta. Pero hacía dos meses que lo había vendido, para poder así ponerse al día con el pago del alquiler de la habitación. También había vendido las mantas buenas y había comprado otras más viejas para sacar con ello una diferencia y poder entonces comer.

Se levantó de la cama y sintió, una vez más, el dolor en la cintura. Años de esfuerzo cargando ladrillos en la construcción, trabajando en forma ardua, para obtener como resultado el destino de una suerte grela que, fallando y fallando, lo había dejado siempre mal parado. Hacía cuatro años que había dejado de trabajar en la construcción. Lo había dejado, en realidad, por obligación y no por deseo, pues los capataces habían empleado a trabajadores más jóvenes y fuertes, cosa que era de esperar.

Armando no hubiera juzgado nunca el hecho práctico de que los jóvenes desplazaran a los ancianos. El problema era, en realidad, que los viejos quedaban abandonados y desterrados, echados a su suerte y a la desgracia; igual que se abandona a un perro, igual que se tiran los trapos viejos. Entonces el hombre sobrevivía, en tanto podía, con algunas changas, pero en los últimos meses ni siquiera eso había conseguido. No obstante, no culpaba a la situación en la que se encontraba y entendía que, después de todo, el mundo, en sí, funcionaba de esa manera: yirando y yirando, sin que a nadie le importase el de al lado; y no había, claro está, pensamientos descarados que insinuaran la idea de que el mundo pudiera llegar a ser diferente.

Se masajeó un poco la cintura, tratando de ver si con eso podía menguar el dolor. En la cama se evidenciaba el pozo que tenía el catre y el único juego de sábanas que tenía ya estaba desgastado por tanto uso. Por otro lado, la columna del hombre corría

con la misma mala suerte, resultado del trabajo y tras varios años de dormir en un colchón malo. El anciano caminó hacia una silla metálica, que tenía la pintura descascarada. Allí colgaba la ropa que utilizaba casi todos los días: un pantalón marrón desteñido, un par de medias que estaban rasgadas, unos zapatos gastados, una camisola blanca con manchas amarillas en las axilas y en el cuello, y un saco grisáceo decolorado. Claro que aquellas prendas no estaban a la moda ni tampoco combinaban, pero eran las únicas que tenía, además de otro traje que lucía peor y estaba aún más viejo. Seis meses atrás, a sus dos trajes aceptables los había vendido, cuando también había tenido que ponerse al día con el pago de la habitación.

Se vistió con sus desgastadas prendas y se quedó parado frente al pedazo de espejo que tenía en la mesa de noche. Una mesita de madera podrida, que estaba inclinada un poco a la derecha, porque la humedad había vencido las patas. El trozo de espejo sobre la mesita le devolvió la figura de un hombre delgado y encorvado, con la barba desprolija, a la que hacía tiempo que no rasuraba. En realidad, Armando se hubiera afeitado de buen gusto, pero la navaja no tenía filo, y tampoco tenía pasta o jabón. Tenía el rostro chupado y bien delgado, cubierto por una barba entrecana. Los pómulos un tanto hundidos y unas arrugas se le formaban en la frente, mejillas y comisuras. En la cabeza tenía unos pocos cabellos de color marrón oscuro, que lucían débiles y avejentados, casi tanto como el aspecto de su rostro y de su cuerpo. Sus manos, marcadas por los años de trabajo, estaban huesudas y débiles. Solía acompañarlo siempre un leve temblor y se notaba a simple vista la debilidad en sus músculos. Tenía el hombre, más que el abdomen plano, una forma cóncava que se hundía hacia dentro por la falta de olla; la piel estriada se apretujaba contra su cuerpo y le delineaba los huesos de las costillas.

Se puso la camisola amarillenta, que antes hubiera sido blanca, para cubrirse los huesos y la piel. Podría decirse también los músculos, pero estos pasaban casi inadvertidos a casusa de la delgadez. Terminó de vestirse y el reflejo del pedazo de espejo mostró a un hombre solitario, arruinado, avejentado y endeudado. Nuevamente, endeudado, porque otra vez debía poner al día la cuota de su habitación si es que no quería que lo sacaran a la calle.

Con sus ojos color marrón claro miró su reflejo en el pedazo de espejo. Se observó a sí mismo con una mirada pesimista, pues el reflejo parecía devolverle la

soledad inaudita que lo acompañaba siempre. No le afectaba el hecho de que a nadie le importara su situación. Después de todo, esa era la normalidad con la que funcionaba el mundo; y a nadie se le pudiera haber ocurrido que funcionara de una manera diferente. Eso ya bien lo sabía Armando, que lo había experimentado en carne propia: sea en la soledad, en el hambre o en el dolor, no se debe esperar nunca una ayuda, una mano o un favor.

El anciano recorrió con la mirada la habitación, como en un reflejo esperanzado de que pudiera tener algo para vender, pero hacía tiempo que no había nada en aquella pocilga. No había nada a lo cual pudiera sacarle una moneada, no había nada que tuviera valor, y lo mismo valía aquel desahucio tanto para sus pertenencias raídas como para su propia vida.

El sonido de las tripas vacías resonó en la soledad de la habitación. Miró de reojo la pequeña alacena, donde alguna vez había tenido un poco de pan o algunas galletas. Recordó los viejos tiempos donde los dos tarros de metal tenían yerba mate, pero no se acercó siquiera a revisarlos. En el primer tarro solía guardar la yerba buena, la que era nueva; y en el segundo, la yerba que había dejado secándose al sol, para poder así reutilizarla. No obstante, para su desgracia, hacía días que los tarros estaban vacíos.

Aunque resulte extraño, se había acostumbrado a aquella sensación. Una mezcla entre dolor de panza y tirones, una sensación de vacío, un estrangulamiento en las tripas. El hambre lo había acostumbrado a comer poco, y era como si su estómago se hubiese achicado. Sin embargo, el problema radicaba en lo que el hambre le provocaba: a veces, dolores de cabeza; otras, un tenue temblor; otras más, una sensación de mareo. Pero era Armando un hombre práctico en el asunto y, siendo consciente de que no había comida en el interior de aquel sucucho, entonces debía buscarla fuera; en el mundo que yiraba y yiraba.

El hombre salió de la habitación. El patio techado del conventillo ya había reunido a varias personas. Algunos se iban apresurados a los trabajos; otros, iban y venían con fardos, y ya cada quien comenzaba con sus actividades diarias. Algunas madres acarreaban a sus hijos; otras mujeres lavaban y colgaban la ropa. Vio Armando al encargado del conventillo. Don Gregorio, un anciano protestón y de rostro arrugado, se acercó con los labios fruncidos. Tenía el hombre el cabello negro, ralo y grasoso, y

siempre llevaba en su rostro enjuto una actitud de perro mal llevado; incluso tenía la mordida cruzada en la que se le veían los dientes inferiores.

—¡Ya son dos meses! —protestó sin más.

—Voy a pagar —dijo el hombre, sin saber siquiera de dónde sacaría el dinero.

—Si hoy a la noche no está el pago, le diré a los muchachos que liberen la habitación —dijo con una gélida indiferencia—. Hay una puta que puede pagar. Dice que trabaja en un cabarulo acá cerca, y que necesita darle a su hijo un asilo mientras trabaja.

Dicho esto, el hombre se fue sin esperar ni desear siquiera alguna respuesta. Pues, en verdad, no le importaba quién ocupara la habitación. En tanto pagaran, le daba igual si era un anciano o una pobre mujer desgraciada.

Armando dio un leve suspiro y se giró para comenzar su día. Apenas un tenue reflejo del amanecer estaba filtrándose entre los techos de chapa de los pasillos, que antes había sido un patio externo, pero que el dueño había cubierto con techos de chapa improvisados para así expandir la residencia. Posiblemente, las peores habitaciones que alguna vez hubiera tenido cualquier conventillo. Habitaciones en las cuales, por cierto, vivía Armando.

El hombre miró a unos vecinos que estaban tomando mate en la puerta de la habitación contigua. Eran cuatro personas, sentadas, en sillas y un banco de madera. Una anciana estaba en una de las sillas, tenía una manta que cubría su cuerpo y el cabello le blanqueaba en canas. Parecía un milagro que esa mujer estuviera viva; el color pálido y amarillento de su piel parecía vaticinar una muerte cercana. Una señora, bastante más joven, estaba sentada al lado de un hombre que cebaba los mates. Los dos estaban en un banco de madera contra la pared de la habitación. Entre ellos reposaba, sobre la madera, una canastita con bizcochos. Un muchacho, de unos veinte años, estaba a la derecha de la anciana. En forma apresurada se puso el saco por la espalda. Se metió un bizcocho en la boca y masticó apresurado, mientras se acomodaba sus ropas desgastadas. Su padre le acercó un mate y el muchacho lo recibió enseguida, le dio un sorbo rápido hasta que sonó a seco y lo devolvió. Saludó a todos y se fue con prisa por el pasillo. Varios hombres y mujeres salían del conventillo en dirección a la ciudad. El mundo se había puesto en marcha y cada quien se dirigía a su trabajo, al menos quienes tenían la suerte de poder tenerlo.

Armando se acercó hasta donde habían quedado el hombre y la mujer en el banco y la anciana sentada en la silla de madera. El hombre y la mujer lo miraron con cara de pocos amigos, como perro que mira a un gato, o como sapo de otro pozo. No hubo siquiera un «buen día» ni un saludo; solo el hombre levantó un poco la pera en un gesto de sondear qué cosa quería el anciano.

—Buenos días —dijo Armando asintiendo con la cabeza en un gesto de respeto—, me preguntaba si acaso tendría un poco de yerba para prestarme. La última que dejé secando al sol se terminó y ya no tengo más.

—No hay yerba, viejo —protestó el hombre, alzando la mano con un gesto que le indicaba que se fuera.

Casi por reflejo, Armando se quedó mirando los bizcochitos. Se le hizo agua la boca. Se imaginó lo bien que le asentarían a su cuerpo, a veces las cosas saladas le ayudaban a sacarse ese dolor de cabeza que le provocaba el hambre.

—Ni lo sueñes —protestó la mujer que estaba junto al hombre—. Son para mis otros hijos que ya están por despertar.

—Sí, entiendo —dijo el anciano.

Asintió con la cabeza, como en un gesto entre vergüenza y sinceras disculpas. La mujer tenía razón, más si acaso aquellos bizcochos eran para sus hijos. No era culpa de ellos que el mundo funcionara, naturalmente, así. Pues el mundo era mundo, y siempre yiraba sin importar las miserias de la vida.

Avanzó por el pasillo con intenciones de salir a la calle. Debía conseguir el dinero de los dos meses que adeudaba, o de otro modo dormiría en la calle. Sabía bien lo que significaba para un viejo como él terminar en la calle; no podría, siquiera, pasar el invierno. De hecho, aquella era la forma en la que mucha gente vieja y pobre moría: viviendo a la intemperie, quedando aislada del mundo, sin un techo bajo el cual refugiarse. En esas condiciones solo era cuestión de tiempo hasta que el frío, el hambre o la enfermedad terminaran por matar a los indigentes. Pero no había nada que juzgar, tampoco nada qué decir. Así yiraba el mundo y no se podía cambiar.

Ya en la vereda de la posada, vio a muchas personas que estaban saliendo en dirección a sus trabajos. Algunos, con mejor suerte, llevaban puesto un traje de segunda mano; otros, con menos, tenían trajes desgastados. Armando estaba entre los que

conformaban el segundo grupo, vestía prendas que no combinaban y ni siquiera tenía sombrero.

Entre la gente que salía, el hombre aguzó el oído y reconoció al instante la voz del muchacho del sector eléctrico con el que había trabajado durante los últimos años. Era un joven más bien corpulento, de cuello corto y nariz prominente, de orejas abiertas como pantallas y de cabello negro. Vestía un enterito de clase obrera y caminaba con un paso corto y acelerado. Armando deseaba recordar su nombre, pero por momentos parecía ahogársele la mente, como en una laguna. El anciano se puso a caminar a paso ligero, intentando alcanzar al joven, pero sus músculos estaban atrofiados y su paso era lento. Se esforzaba, pero poco a poco el joven se alejaba cada vez más. Hasta que de pronto el nombre brotó de su boca, como si se tratara de un grito ansioso, una voz desesperada, casi un grito de socorro:

—¡Joaquín! ¡Camarada, Joaquín!

Muchos se dieron vuelta ante aquel llamado desesperado. Y, para suerte del anciano, entre aquellos que se dieron vuelta estaba el mismo Joaquín, que se había girado, preocupado, al oír su propio nombre. El joven tuvo una reacción agri dulce al ver quién era la persona que lo llamaba. Por un lado, se relajó al reconocer que no era un problema. Pero por otro, se sintió incómodo de que el anciano lo llamara otra vez. Ya era la tercera vez que lo molestaba en la misma semana. El muchacho se quedó de pie, con el entrecejo fruncido, mientras el anciano se acercaba lo más rápido que podía.

—Lo siento, Armando, tengo que ir a trabajar —lo primerió el joven.

—Ya lo sé, no quiero molestarte —dijo el anciano—. Solo quería preguntarte si pudiste hablar con el nuevo capataz.

—Le dije, pero no hay puesto —dijo el joven negando con la cabeza.

—Es que... los viejos también necesitamos comer y tengo que pagar la habitación —dijo desahuciado.

—Lo siento, pero a esas cosas las decide el capataz —dijo con una mueca—. Ahora, si me disculpa, no puedo llegar tarde.

El joven lo saludó asintiendo con la cabeza, se giró y emprendió el camino a paso ligero. Armando dio un suspiro que sonó a frustración, pero no se tomó el atrevimiento de juzgar al muchacho. Después de todo, el joven era solo una pieza más en el mundo que yira.

Armando se puso a caminar como los demás en dirección a la ciudad. No tenía dinero para tomar el tranvía, así que solo dependía de sus viejas y cansadas piernas para llegar. Mientras andaba, sentía que las tripas se le estrujaban. No sabía de dónde sacaría dinero para comprar comida ni cómo pagaría su deuda, pero igual caminaba hacia la ciudad, más por un reflejo que por un acto de fe o esperanza.

Llegó a la ciudad de Buenos Aires luego de haber caminado casi una hora. Puede que los jóvenes hubieran tardado menos, pero el viejo tenía el tranco lento y cansado. Aun sintiéndole las tripas estrujárseles, anduvo por las calles en busca de algún trabajo. La construcción era el único oficio que había aprendido en su vida y era consciente de que le resultaría difícil conseguir alguna changa en ese ambiente. Sus fuerzas escaseaban, al igual que sus reflejos, y los jóvenes tenían mucho más ahínco para entregarse a esas labores. Sin embargo, siguió presentándose en las obras que estaban en construcción, pensando que tal vez pudieran darle algún trabajo, sea como sereno o cualquier cosa que fuere. No le importaba si el pago eran apenas unas pocas monedas. Solo quería un trabajo, solo quería algo con lo cual poder zafar. Sin embargo, no tuvo suerte en ninguna obra en construcción, al igual que no había tenido suerte en los últimos meses.

Mientras caminaba por las calles, para su buena fortuna, reconoció en una obra el cartel con el apellido de la empresa en la que había trabajado tiempo atrás. Al parecer, hacía poco que habían comenzado un nuevo edificio. Ingresó al lugar y reconoció al mismo joven que había visto esa mañana; lo saludó, desde lejos, pero el muchacho, al igual que todos los demás obreros, le bajaron la mirada y siguieron con sus tareas.

Armando igual siguió avanzando hasta la zona de trabajo. Pudo notar que estaban nivelando y preparando la tierra para los cimientos. Casi al instante, un capataz se acercó. Era un hombre de unos treinta años, de rostro lampiño, bastante delgado, aunque sus brazos parecían fuertes.

—¿Es usted el capataz? —preguntó Armando.

—Así es, ¿qué se le ofrece, señor? —preguntó el muchacho, con un tono de voz que sonó entre mezcla de respeto y deseos de que no estuviera allí.

Armando se quedó mirándolo un momento: ya parecía que hasta los capataces eran cada vez más jóvenes. El anciano trató de ver si de alguna obra o lugar lo había visto, pero no reconoció su rostro.

—Trabajé para esta empresa tiempo atrás y quería saber si pueden emplearme para alguna tarea.

—Por el momento, estamos completos —dijo el muchacho.

—Por favor, necesito un trabajo —insistió el anciano—. Tal vez pueda ser como sereno o ayudante, apenas busco unas monedas.

—Lo siento, señor, pero será mejor que se vaya —dijo el capataz y se dio la vuelta.

Armando no se sorprendió por la respuesta, pues era la misma que venía teniendo hacía varios meses.

Sin importarle que lo rechazaran de su rubro, buscó también otras opciones. Así decidió pasar el resto de la mañana buscando algún lugar donde pudiera tener cualquier otro empleo. Fue así que entró en varios comercios, ofreciéndose para lo que fuera: en una zapatería, en un cafetín, en un almacén, en una verdulería, en una panadería, en una sastrería, en un puesto de diarios. Pero todo fue en vano.

Pasado el mediodía, el hambre y la caminata le habían provocado un mareo que resultaba ya insoportable, como una sensación de vacío que le hacía temblar las piernas. Ya había estado una vez en aquella misma situación y el resultado había sido un desmayo. Así que, siendo consciente del inevitable desenlace para su situación, se vio obligado a cambiar la búsqueda de trabajo por un poco de comida. Mendigar no era algo que le enorgullecía, pero no le quedó otra opción. Al menos necesitaba rascar algunas monedas con las que pudiera comprar un poco de comida. Claro que no estaba dispuesto a robar siquiera un centavo, pues nunca haría algo deshonorado, porque para deshonorado ya estaba el mundo y él no pensaba ser uno más.

Pasó un rato mendigando, sea por unas monedas, sea por un poco de pan. Le pidió dinero a un hombre de buen talante, que llevaba un lindo sombrero y regio bastón, pero el hombre solo frunció el ceño y se alejó con prisa, como si la presencia de aquel viejo harapiento le molestara. Luego le pidió algo para comer a dos mujeres que pasaban caminando, luciendo dos vestidos floreados. Las damas parecían, también, tener un buen estilo de vida, pero las dos pasaron por delante, indiferentes, sin siquiera mirarlo. Armando era consciente de que sería imposible que tanto el hombre como las damas no lo hubieran escuchado, pero era evidente que habían elegido ignorarlo. Luego le pidió, también, unas monedas a un matrimonio que pasaba de la mano con un hijo de

unos seis años. Pero el padre de familia le levantó la mano en forma despectiva y no quiso escuchar las necesidades del anciano. Armando escuchó al padre de la familia, que le daba la educación a su hijo, diciendo que ese tipo de personas eran unos vagos y que no estarían en condiciones de calle si se pusieran a trabajar. El anciano le hubiera explicado, de buen gusto, que él sí quería trabajar y que hacía tiempo que buscaba trabajo, pero el problema era que no había nadie que quisiera emplearlo.

Ya para la tarde, luego de los intentos fallidos, el hombre terminó revolviendo las bolsas de la basura de un restaurante. El hambre era inaguantable y los mareos no le permitían mantenerse en pie. Comió de allí unos restos de panes mojados, que vaya a saber con qué sobras estarían humedecidos, pues toda la basura estaba en la misma bolsa. Hurgó como si fuera un perro y encontró unos restos de carne, que estaban unidas a unos huesos sobrantes. Lamió y mordió la poca carne que les quedaban, y con eso ya tuvo que darse por satisfecho, porque uno de los mozos del restaurante se acercó para echarlo. El hombre levantó la mano en señal de disculpas y se alejó caminando.

Claro que Armando podría haberse quejado por cómo iba su día, claro que podría haber protestado: en contra de quienes no le daban trabajo, en contra del mozo del restaurante, en contra del padre del niño, en contra de las dos mujeres que lo habían ignorado, en contra del hombre de sombrero, y en contra de todas las personas que lo habían rechazado durante aquella mañana. Pero Armando no caía en la falsedad de pensar en que el mundo pudiera llegar a funcionar de una forma diferente.

Durante el resto de la tarde, volvió a intentar, con pocas esperanzas, encontrar el dichoso trabajo o rescatar alguna moneda. No cosechó otra cosa más que rechazos, y pronto el cielo comenzó a oscurecerse. Ya sin opciones, el anciano se vio obligado a regresar al conventillo. Derrotado, fue arrastrando los pies, alejándose de la ciudad, pensando si acaso podía hablar con el encargado para pedirle una prórroga de uno o dos días.

Una hora más tarde, acompañado por la oscuridad de la noche, el anciano regresaba por la esquina del conventillo. Con la espalda más encorvada que nunca y con los músculos y la esperanza agarrotados; la luna llena, saliente, parecía posarse detrás del hombre, figurando la imagen de que el mismo Armando parecía llevar la luna, y la propia vida, en sus espaldas.

Ingresó en la posada, al tiempo que varias personas llegaban de trabajar. Ya en los rostros, nada más verlos andar, se podía dilucidar quiénes habían tenido suerte aquel día y a quiénes les había ido mal. Armando, por supuesto, estaba en el segundo grupo.

Deambuló dando unos pasos cansados, buscando al encargado para pedirle una prórroga, pero pronto advirtió que no era el único ser humano que vivía en la desgracia. En la caminata por el conventillo, vio a dos crías que lloraban desconsoladas. Un círculo de personas se había formado alrededor de las niñas, pero nadie hacía nada y apenas si una jovencita trataba de consolarlas un poco. Una de las niñas rondaba los cinco años, la otra apenas tendría unos tres. A simple vista, compartían esos rasgos reconocibles que tienen los hermanos, pero de esos hermanos que parecen venir a la vida para sufrir. Llevaban ropas viejas, incluso un poco grandes, resultado de alguna donación. Tenían el rostro sucio, el cabello grasiento, y en el surco nasolabial se les habían pegado los mocos por tanto llorar.

Armando vio, en el rincón cercano, a doña Teresa. La mujer observaba el espectáculo con ojos bien abiertos y parecía atenta a no perderse ningún detalle. Era una mujer madura, pero que no podía considerarse vieja. Tenía el cabello enrulado y de color negro, el rostro parco, y una actitud que bien podría haber sido digna de un militar. El hombre se acercó, a sabiendas de que Teresa podría facilitarle la información justa; pues la mujer era, sin dudas, la chismosa principal del conventillo. Teresa frunció un poco las cejas cuando vio al anciano acercarse, como si se sorprendiera de verlo allí, pero no le dijo nada.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó el anciano.

—La madre se fue y abandonó a las dos niñas —dijo la mujer con un gesto duro e indiferente.

Armando asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Solo se dio la vuelta y se encaminó hacia su habitación. No había nada que reprocharle a aquella madre, así como tampoco había nada que reprocharles a los hombres que abandonaban a los hijos. Pues el mundo era eso, y cada acto era el fiel reflejo de la vida misma. Un mundo donde ni siquiera el amor de los padres por sus hijos era capaz de sobrevivir.

Cuando ya llegaba a su habitación, vio a los vecinos tomando mate, que estaban otra vez sentados en el mismo lugar. Al parecer, el joven ya había regresado del trabajo, y otros chiquillos, un niño y dos niñas, se habían sumado a la reunión. Ya no había

bizcochitos en el banco y todos lucían rostros cansados. Excepto la anciana, que estaba igual que siempre: quieta, pálida, casi ausente, como si fuera la propia representación del futuro de Armando.

El anciano abrió la puerta e ingresó a su habitación; el grito de una mujer le provocó que casi se le saliera el corazón de lugar. Allí estaba una joven de cabello pardo, de unos veinticinco años y de rostro redondeado; un niño de unos siete años jugaba en el piso con un auto de madera.

—¿¡Quién es usted y qué hace aquí!? —gritó la mujer.

Armando quiso dar las explicaciones pertinentes, pero no fueron necesarias. Justo en ese instante, en respuesta al grito de la mujer, se acercaron los hermanos Pablo. Uno, Juan Pablo; el otro, Pablo Hernán. Los dos hombres corpulentos que eran los encargados de mantener el orden en el conventillo y que trabajaban para el viejo encargado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Juan Pablo.

—Este hombre entró en mi cuarto —dijo la mujer, asustada.

—Yo solo...

—Vamos viejo, tenés que irte —dijo Pablo Hernán.

El hombre corpulento le señaló al anciano el rincón del patio, donde ya habían juntado sus pertenencias. Ahí tenía el anciano las dos mantas agujereadas, hechas un bollo y armadas como un fardo: dentro tenía su único juego de sábanas, su segundo traje desgastado, un bolsín con algunas chatarras y las latas vacías de yerba. No tuvo más opción que acercarse al rincón; con esfuerzo levantó sus pertenencias y, como si un hombre pudiera cargar todo el peso de su vida en sus espaldas, se echó el fardo al hombro y salió caminando por el pasillo.

Ya en la vereda, el anciano se encontró con la devastadora realidad que le otorgaba aquel mundo indiferente. Por un momento, el peso del fardo y de la vida parecieron avejentarle y encovarle aún más la espalda. Sin esperar ninguna ayuda, el anciano avanzó con un tranco lento y se alejó caminando. La fría noche de invierno pareció engullirlo en su oscuridad.

Corazón roto

El cafetín nocturno rebosaba de gente. Tras cada pitada, en medio de la penumbra, los cigarros parecían destellar como luciérnagas ansiosas. Una estela de humo blanquecino flotaba suspendida en el aire y se entremezclaba con el calor humano, incluso a pesar de que las ventanas altas y la doble puerta de entrada estuvieran abiertas. Era una noche de verano y tanto el espectáculo como el aire fresco parecían resistirse a su presentación.

El murmullo en el interior se elevaba como un coro a destiempo, como una milonga mal entonada, como los pasos quejumbrosos de un bailarín alcoholizado. Los mozos surcaban los caminos, de aquí para allá, llevando todo tipo de bebidas; sea vino, whisky, cerveza, aguardiente, vodka y hasta incluso algún que otro vaso de ajeno. Varias mejillas se reflejaban ruborizadas por los tragos de alcohol; otras estaban acaloradas por el calor veraniego, y las más descaradas se enrojecían ante la presencia de alguna bella señorita o de algún lindo varón. Las clases sociales se mezclaban como cartas en la baraja, y en el cafetín ubicado en un viejo arrabal se lucían desde trajes remendados hasta telas recién estrenadas.

El salón mostraba unas pocas luces en el escenario y otras tenues en la barra de la cantina, lo que dejaba un ambiente sumergido en la penumbra. Aunque se trataba de una estructura endeble, era un espacio bastante amplio que permitía reunir poco más de doscientas personas. La construcción era de madera, tanto en el piso, paredes y techo, pero en varias partes estaba despareja. Las maderas se habían doblado aquí y allá dejando uniones abiertas, por la que era común encontrar algún que otro insecto que buscaba escapar de las vibraciones amenazantes que generaban los presentes. Todas las mesas se encontraban ocupadas y, como era de esperarse, otras personas quedaban de pie en el fondo del salón y se continuaban hasta la vereda.

La noche calurosa obligaba a que la puerta de doble hoja se mantuviera abierta y eso permitía también que se pudiera comunicar el sonido del espectáculo hacia el exterior. El gentío ya estaba arremolinado en la vereda, como si fueran un enjambre de insectos, bajo el farol despintado y oxidado que se erguía junto al ligustre. Había mesas dispuestas en la acera, pero ya estaban todas ocupadas. Algunos hombres reposaban

sus espaldas en el ventanal, donde se leía la palabra «Bar» escrita con letras blanquecinas y despintadas. Decenas de personas sostenían en sus manos diferentes tragos, cada quien con intenciones personales. Algunos bebían como si estos tragos pudieran calmar la ansiedad previa al espectáculo; otros lo hacían para distenderse de una semana rutinaria; algunos deseaban que una bebida fresca les hiciera de escudo ante el calor, e incluso, los más desesperados, anhelaban con profunda fe que aquellos sorbos de alcohol se transformaran en una especie de eucaristía que los ungiera con la gracia de apaciguar los tan espantosos males que les atosigaban el alma.

En el interior del salón, junto a la barra, el dueño del bar bebía en un vaso de vidrio marrón oscuro. Nadie más que él sabía lo que se encontraba en el interior del recipiente. Cada vez que deseaba rellenarlo lo hacía por cuenta propia, ingresando a la cocina que estaba detrás de la barra, procurando sacar la botella de vidrio esmerilado que estaba al fondo de una vieja heladera, y entonces se servía en el vaso una buena cantidad. Se trataba de un hombre alto y delgado; sus cabellos ralos mostraban una calvicie frontal, y el resto del cabello lo tenía bien corto y de color negro. De rostro redondeado y semblante dotado con una extrema frialdad, miraba el ambiente del cafetín con unos ojos negros y esquivos. Lucía un orgullo rebotante, pero ocultaba, a su vez, cierta ansiedad, deseando que el espectáculo comenzara de una vez.

Roberto, apodado «El Tano», era consciente de que trabajar con su clientela significaba desplazarse en un equilibrio que resultaba un tanto amenazador y que bien podría compararse con el riesgo que atraviesan los trapeceistas de circo. Sabía, por experiencia, que era bueno que el espectáculo se retrasara un poco, porque eso provocaba que la gente bebiera y comiera más durante la espera, y de esa forma la caja de la cantina se llenaba con riquezas. Pero la experiencia también le había enseñado que a las fieras había que premiarlas con la presa, porque si el espectáculo se retrasaba demasiado y la ansiedad detonaba en los alcoholizados, las peleas y las roturas resultaban inevitables, y luego tenía que utilizar ese mismo dinero recaudado para afrontar los arreglos de su local.

Agitado por la espera, el hombre sacó de su bolsillo un pañuelo grisáceo y se secó el sudor de la frente, manteniendo los labios apretados y mirando con cierto descontento. El instinto y la experiencia le alertaban que no era bueno seguir retrasando el espectáculo. Pero también sabía que no podía hacer demasiado, pues la cantante de

aquella noche era bastante peculiar, tanto en su personalidad como en sus decisiones. Era su artista estrella, pero también su debilidad. La única en el listado de artistas que era capaz de hacerle esto. Roberto solía sentirse impotente y doblegado ante el accionar de aquella mujer. Ya le había mandado a avisar cinco veces que era la hora de salir al escenario, pero ella no había dado siquiera una sola respuesta. Si se hubiera tratado de cualquier otro artista de seguro ya estaría finalizada su contratación, pero se trataba de la única persona que podía gobernarlo, tanto en las artes del escenario como en las artes del amor.

Guardó el pañuelo en el bolsillo izquierdo del saco y de un sorbo se terminó el contenido del vaso. Llamó con su mano derecha al joven que ayudaba detrás de la cantina y resopló durante la espera. Pronto se acercó un muchacho de cuerpo lánguido que estaba dejándose crecer el vello de la cara, aunque apenas se le marcaba un débil bigotín sobre los labios y unas pocas pelusas en el mentón. Era evidente que lo hacía con intenciones de aparentar más grande, pero su rostro de piel tersa y suave revelaba que aún le faltaban bastantes golpes en la vida para curtirse. Con actitud sumisa se paró junto al hombre, y con los hombros un poco encogidos esperó las indicaciones del dueño.

—Decile que ya es hora de subir al escenario.

—Ya... le dije varias veces, señor —respondió el jovencito.

—¡Decile otra vez! —protestó el hombre.

El jovencito asintió con la cabeza y salió a toda prisa, esquivando personas que iban y venían, tratando de no chocar con los mozos que llevaban bandejas rebosantes. Cruzó todo el salón hasta la parte final, donde se erigía el escenario de madera, y lo bordeó por el lado izquierdo. Abrió una puerta de madera y se encaminó por un pasillo. Al avanzar por el lugar cerrado el sonido logró apaciguarse, aunque todavía se escuchaba el lejano resonar del bullicio del salón. En la parte izquierda había una puerta, a través de la cual se escuchaban voces de hombres y algunas risotadas. En el interior de la habitación los cuatro músicos estaban listos hacía rato y bebían unos tragos mientras esperaban. El joven siguió avanzando por el pasillo y se detuvo frente a la puerta de la derecha, donde se encontraba, en realidad, el verdadero asunto por resolver. Llamó, tocando a la puerta dos veces, deseando no hacerlo fuerte, pero tampoco demasiado suave. En silencio, rogó al cielo para que los golpes hubieran sido certeros. Es decir, lo

necesariamente enérgicos como para que fueran escuchados, pero sin que estos resultaran molestos.

—¿Qué pasa? —La voz rasgada de una mujer sonó tras la puerta. Una voz cortante, como si se tratara de una cuchillada lanzada al aire.

—Dice... eh... —El chico se limpió el sudor de la frente. Apenas resonaban los sonidos lejanos que se filtraban desde las maderas avejentadas del salón—. Roberto... pregunta si podés subir al escenario, dice que la gente...

—Ya sé lo que dice Roberto —Lo cortó la mujer con su tono de voz imponente—. Cinco minutos y voy.

El joven dio un suspiro y cerró los ojos. Le agradeció a aquello que fuera lo que habitara en el cielo. Pues, si había alguien capaz de hacer entrar en razón a esa mujer, solo sería un poder divino, y a veces ni siquiera eso parecía alcanzar. Sin embargo, el joven sabía bien que aquellas palabras solían ser las últimas. Porque cuando la mujer decía «voy», era porque realmente lo haría. El joven no se atrevió a decir nada más y se giró, con intenciones de irse caminando.

Del otro lado de la puerta, una mujer delgada, cincuentona, de cabello negro y corto se reflejaba, de pie, frente a un espejo. El vidrio tenía unas débiles líneas resquebrajadas, y eso parecía develar mucho más acerca de la naturaleza de aquella mujer. Era como si el espejo agrietado revelara lo que en su interior se albergaba. Tapizada por una piel curtida, la mujer tenía marcada la mandíbula en un fino trazo y su mentón terminaba en punta. Los pómulos se le delineaban estirados hacia arriba y sus rasgos consumidos parecían develar el grito de sus huesos, como si estos pidieran salir de su cuerpo. Los labios apenas se dejaban ver como una fina línea y los llevaba casi siempre apretados, como si estos hubiesen probado el sabor agrio de la hiel. Pero lo más llamativo eran sus ojos. Bien negros y pequeños. Esquivos. Esquivos a todo lo que no fuera cantar. Y cantar tango, sobre todo. La figura de su cuerpo estaba cubierta por la tela ajustada de un vestido negro, y su acentuada delgadez parecía evadir las curvas naturales de la femineidad. No se abultaba su pecho. No se le dibujaban las caderas. No se le marcaban las nalgas. Su estatura se veía beneficiada por un par de zapatos negros que tenían poco más de treinta centímetros de taco.

Se giró y caminó por el pequeño camerino, que en realidad era la habitación en la cual vivía. El lugar no disponía de ventanas y el aire viciado, mezcla de calor y tabaco,

revelaba una atmósfera oscura y asfixiante. Pero estaba acostumbrada a aquellos malos aires, pues había respirado esas condiciones durante toda su vida. Se acercó hasta una mesita donde había botellas, vasos y un cenicero que estaba abarrotado de colillas de cigarros. Le dio la última pitada al cigarro encendido y luego lo aplastó contra las cenizas. Mirándose al espejo, exhaló el vaho del humo y se retocó los últimos detalles en el escote con intenciones de mostrar un poco más la piel; solo la piel, ya que no había bulto en sus senos que resaltar. Endureció su mirada y elevó un poco el mentón. La vida había dejado huella en su cuerpo y en su rostro, de la misma manera que las desgracias habían dejado huella en su corazón. Sin embargo, resultaba evidente que se trataba de una mujer elegante, cuya belleza parecía resistirse a las desgracias.

Con sus manos delgadas y arrugadas tomó una de las botellas que estaba junto al cenicero. El recipiente tenía forma ovalada y estaba construido con vidrio esmerilado de color verde oscuro, como si de aquella manera pudiera esconderse el tipo de bebida. Como si de aquella manera pudiera taparse su vicio con el alcohol. Pero no había nada que ocultara aquel líquido de color ambarino que ya estaba sirviendo en el vaso, y que estaba sirviendo en buena cantidad. El whisky corrió sobre un débil hielo ya casi derretido. La mujer agitó la bebida solo una vuelta y de un sorbo se tomó la mitad. Cualquier pebete, e incluso varios hombres, hubieran lanzado un respingo ante semejante trago. Pero la mujer lo pasó como si fuera agua, pues ya el destino le había convidado tragos más fuertes. Enseguida empinó el vaso otra vez y con el segundo sorbo terminó su séptimo trago. No se vaya a pensar que aquello podía llegar a entonarla o entorpecer sus funciones para el canto. Pues si había algo que la mujer nunca perdía era su talento. Decidida entonces a iniciar con el espectáculo, caminó hacia la salida, haciendo resonar los tacos con una cadencia casi militar. Abandonó su habitación, avanzó por el corto pasillo, y de un solo empujón abrió la puerta donde estaban sus músicos.

—Vamos —les dijo con voz fuerte, rasposa y agrietada.

Momentos después, los músicos fueron los primeros en salir por la puerta de madera que daba al salón. Se encaminaron, los cuatro, hacia el escenario. Subieron los escalones de madera que daban a la tarima y se ubicaron en las sillas que estaban junto a sus instrumentos. De frente al escenario, dos sillas estaban orientadas hacia la derecha, y las otras dos hacia la izquierda, dejando espacio en el centro para la cantante.

El primero, un hombre calvo y entrado en años, de gesto risueño y relajado, fue quien se sentó en la primera silla de la derecha. Abrió el maletín de cuero rígido y sacó del estuche un viejo, pero bien cuidado bandoneón. El segundo, un hombre delgado, de tez pálida y cabello corto enrulado, se ubicó a su lado. Colocó el estuche sobre sus rodillas y desligó las trabas del maletín. La madera de un violín marrón oscuro brillaba tras el pulido, pero igualmente develaba el desgaste por el uso de los años. El tercer músico, un hombre regordete y de bigotes, se ubicó en la primera silla de la izquierda y sacó de su funda una guitarra. El cuarto caminó hacia el fondo del escenario, donde reposaba contra la pared un contrabajo y lo acercó hasta la silla que faltaba ocupar.

Una vez los músicos se acomodaron con sus instrumentos, el hombre de cabello corto y enrulado sostuvo con el violín una nota constante. Los demás músicos afinaron sus instrumentos en relación a este sonido y el bullicio del gentío pareció apaciguarse. El oscuro cafetín se vio penetrado por un resonante La mayor. La penumbra se acentuó cuando el cantinero apagó otras dos luces de la barra, dejando apenas una luz exigua que resultara suficiente para servir. Los músicos terminaron de afinar y el lúgubre cafetín pareció hundirse en un silencio místico. Un silencio que parece formar parte de la misma música. Un silencio que se proyecta bajo un juego, un hechizo para acumular tensión, recurso que solo logran crear los artistas de raza y que se utiliza antes de comenzar un espectáculo. En la oscuridad se escuchó toser a un hombre. Alguien arrastró una silla contra el suelo. Todo parecía inmerso en el éxtasis de la expectativa.

Y entonces sucedió. Los cuatro instrumentos entraron en un compás fuerte y decidido. El imponente compás de un dos por cuatro hizo temblar las maderas, así como los pechos y las emociones de los presentes. Un tango de sangre y de raza. Un tango de aquellos que solo podían sonar en los arrabales.

Cuando la banda terminó su instrumental, los aplausos resonaron en el ambiente. Los músicos recibieron el calor del público, y hasta el hombre del bandoneón levantó la mano para saludar. Pronto los vítores se fueron aplacando. El sonido del violín se proyectó con unas notas resonantes, a tempo lento. Los demás instrumentos se sumaron al artificio planeado. Eran músicos experimentados. De aquellos que saben cómo sobrellevar al público y cómo enredarlo en las telarañas de los sonidos que desprenden un vaivén de emociones. El sonido melancólico de los instrumentos pareció entremezclarse con la mismísima naturaleza del lugar. Con la penumbra del cafetín, con

las maderas añejas, con los viejos ventanales y sus letras despintadas que decían «Bar». Aún más, el sonido parecía extenderse, como si fuera la misma prolongación de las almas olvidadas. Sonidos que pueden despertar las nostalgias de la vida. El mismo ritmo que puede simular el latir de un corazón. De un corazón herido. Del corazón de un viejo arrabal y de sus calles de tierra.

Con pasos rítmicos y elegantes, la mujer salió por la puerta lateral cercana al escenario. Acompasando su andar, subió las escaleras. Se ubicó, de pie, en el centro del escenario. La música parecía entremezclarse con su cuerpo, el cual apenas se movía con un compás suave. El vestido negro la envolvía en un manto entre enigmático y trágico, entre elegante y perspicaz. Las perlas y el collar le daban un toque refinado. La mirada al frente le proveía una actitud imponente. La mandíbula elevada le daba un porte de seguridad. Los tacos altos y el escenario parecían tornarla inalcanzable.

Inalcanzable, hasta que su voz salió con una entonación rasgada y profunda que dotó el ambiente de una equidad hiriente y reflexiva. La cualidad de expresar con simpleza aquello que tanto a los ricos como a los pobres les sucede como iguales. Aquellas raíces tan humanas que habían entremezclado a las diferentes clases sociales en un mismo cafetín. Un mensaje del alma. Un mensaje del corazón. Un tango de raza, en el cual las palabras brotaron como una fuente de manantial:

*Así late un corazón,
que anda de penas y olvidos
que anda de lucha y miseria
tras haber perdido un amor.*

La voz rasgada de la mujer acarició el ambiente, doblgando a los presentes bajo una proyección de nostálgicas emociones. El sentir resultó mucho más profundo que las palabras. Pues no era la letra lo que impactaba, sino la viva voz que la entonaba. Una voz quebrada en pena. Una voz rota en el alma. Hiriente y conmovedora. Hermosa y afinada. Una sensación entre oscura y luminosa. Entre lo absorto y lo escrupuloso. Como si de un embrujo al alma o un hechizo al corazón se tratara. El sonido de aquella voz. Quebrada. Rota. Develaba una vida. Un pasado. Una historia.

Todo comenzaba con una muchacha de origen humilde en tiempos de alegría, de enamoramientos y de ensueños. En aquella época, con apenas veinte abriles, el mundo parecía proyectarse bajo un cielo prometedor. A esa corta edad ya había conocido el amor verdadero. Ese amor intenso por el cual se navega en las profundas aguas de la pasión y en el que se vuela por un cielo de múltiples posibilidades. Un amor de esos que hielan el alma y las venas. Que remueven el corazón y el estómago. Un amor que trae el calor del entusiasmo y de la vida.

Era el hombre un cuarentón de la gran ciudad. Venía a buscarla en un vehículo motorizado. Y solían alejarse dejando un halo de polvareda en la calle del arrabal. A veces, se ausentaban por una tarde; a veces, durante uno o dos días. Siempre andaban entre escondrijos y callejuelas, entre paseos alejados, visitando alguna casa de campo o la ribera del río. Las visitas del amante provocaban cierto recelo en los padres y demás familiares de la joven. Las discusiones iban y venían, pero la dama siempre se las ingeniaba para pactar con su amante la próxima salida. Así acordaban el siguiente encuentro en la esquina de la casa, a dos o tres cuadras, en la plaza, incluso en las cercanías de la casa de alguna amiga. El amorío transitaba en rieles de pasión y aventuras, en amores de rosas, pero hasta las más lindas rosas tienen espinas.

Cuando la joven quedó encinta, no hizo otra cosa su gran amor que transformarse en un compadrito. El hombre explotó de rabia; y la culpó a ella por el embarazo. Le dijo que él ya tenía esposa y dos hijos. Y que en caso de saberse lo que sucedía, la situación sería una tragedia para su familia. Con aquellas palabras la joven comprendió los hechos como si se trataran de un manto gélido para su alma: detrás de los gritos, el hombre dejaba por sentado que su familia ya estaba constituida. No había espacio para ella ni para el hijo que se gestaba en su vientre. No había sido amor lo que habían vivido, sino la usurera estafa de un servicio. Para el hombre no había sido ella nada más que una milonga festiva. Un entretenimiento. Un juego.

Después de la noticia, el compadrito había vuelto a visitarla dos veces. No para jugar a los tortolitos, ni mucho menos para perderse durante uno o dos días entre los juegos del amor. Las visitas habían sido concretas y con el objetivo de persuadirla para que se deshiciera de esa cosa que tenía el vientre, pues el hombre no podía dejarse a la deriva de manchar su reputación. «Esa cosa —pensaba, colocándose las manos en el vientre—. Esto no es una cosa, es una vida y es mi hijo».

Durante varias semanas el asunto prosiguió con diversos conflictos. Su familia también le exigía que se librara del embarazo, que acarreaba una deshonra para todos, y le echaban en cara haberle advertido sobre cómo terminaría su amorío. Según ellos, era por testaruda y sorda que se encontraba en aquella situación.

Tras decidir no hacerle caso a ninguna de las dos partes, la joven anduvo durante los siguientes meses con el vientre hinchado y abandonada a su suerte. Cargando la desgracia en la vida, el peso en su vientre y el dolor del abandono. El falso amor en el que había creído la mantenía hundida en la desesperanza. Y su propia familia, al final, la había echado de la casa por la manera indigna en la que estaba trayendo una vida al mundo.

Al finalizar los compases de cada canción, los aplausos y vítores resonaban en el cafetín. Sin embargo, la mujer no hacía otra cosa más que cantar. Una canción detrás de la otra. No había palabras de presentación. No existían frases de entretenimiento. No había fraternidad. Solo se cantaba tango. Tango. Y de sangre pura. Los instrumentos sonaban acompasados. Y la mujer hacía vibrar los corazones en una angustia que nadie era capaz de comprender. Su voz, rota, parecía unificarse al mismo sufrimiento que el bandoneón proyectaba, al estirarse y contraerse, en sus notas melancólicas.

Hay quienes se preguntan de dónde la mujer sacó aquella voz quebrada para cantar. Y no fue que haya sacado una voz quebrada por alguna artimaña o entrenamiento, sino que fue el destino, la misma vida, quien quebró su voz, así como también su alma. Durante años, la joven de origen humilde que fue abandonada por su amante y expulsada de su hogar anduvo vagando de aquí para allá. Primero, con el vientre hinchado; luego, cargando un niño en brazos. Mendigando. Lavando ropas. Rebuscándoselas por una moneda. Haciendo lo que podía. Buscando sobrevivir.

Es posible que alguien pensara que no debería llamar demasiado la atención la vida de esta joven. Después de todo, no resulta diferente a la misma vida, amarga y descolorida, que muchas personas tienen en los viejos y humildes arrabales. Pero cuando las desgracias parecen ensamblarse en compases desafinados, y como si el destino funesto la hubiera marcado para hundirla en las peores desdichas; fue que, a mitades de un trágico mes de julio, su hijo de apenas cinco años enfermó gravemente de neumonía. No hubo para el niño ayuda posible. Y la mujer tuvo que enfrentarse entonces al cercano y frío encuentro con la muerte.

Luego de aquella desgracia, la mujer transitó el mundo llevando consigo, apenas, los pedazos de su alma. Pasaron los años oscuros. Aquellos tristes y vacíos que es mejor no recordar. Ya le daba igual a la mujer si amanecía borracha, golpeada o abandonada. A veces, despertaba en alguna cama; a veces, despertaba en los callejones. Y ni ella sabía si a su lado habría un hombre, o tal vez más de uno. Es posible que, durante esos años, el aguardiente y el tabaco le hubiesen dejado la voz rasposa. Puede ser, quizás, que dicho quiebre en la voz se manifestara como los efectos del quiebre de su alma.

Fue en ese vagar que un día llegó, como de refilón, al bar donde hoy cantaba. En aquel momento, El Tano, lucía más joven y estaba buscando personas para que trabajaran en su cafetín. En un principio, la mujer había llegado con intenciones de ser camarera. Apenas si pudo durar una semana, pues no era lo de ella el asunto de servir. Además, lo peor de todo era que la misma mujer se pasaba de copas al igual que los clientes. Estaba Roberto dispuesto a echarla cuando uno de sus cantantes, de esos que se creen *gardelitos*, le canceló una función. El dueño ya había anunciado un espectáculo prometedor y era sabido que varias personas vendrían a corroborar el ofrecimiento. Derrumbado en una silla, bebiendo whisky, El Tano se dijo que no habría forma de salvar aquel desastre. Fue entonces cuando la camarera, a la que pensaba echar, se acercó hasta el lugar donde estaba sentado. «¿Qué sucede?», preguntó la mujer. Su voz, que una vez supo estar acompañada de ilusiones y alegrías, ahora sonaba seca y quebrada. «No puedes ayudarme, a menos que sepas cantar», protestó el hombre. «Sé cantar, podría intentarlo», dijo ella.

Aquella fue la primera función de la mujer. Resultó un éxito. Tras sus primeras presentaciones, pronto se ganó un lugar estable en la grilla de los artistas. Ocho años después, había forjado una buena reputación en el ambiente y su trayectoria había escalado hasta ser medianamente reconocida. También se había presentado en otros escenarios, incluyendo clubes y hasta algún que otro teatro. Sin embargo, algo extraño se proyectaba en ella, porque la mujer daba sus mejores espectáculos en aquel cafetín. Por alguna extraña razón, el ambiente de ese lugar le permitía sacar la mejor versión de ella misma como cantante. Su identidad era lo mismo que el bar. Era ella las calles de tierra y los arrabales. Era la carencia y el olvido. Era su vida la penumbra del salón, el alma rota de un callejón, y la oscuridad de los acordes que componían las partituras de su vida. Poco le atraían las luces de las avenidas o de la gran ciudad. No le interesaban

los grandes escenarios ni los carteles de presentación. No le importaba la luz de la fama, porque no había luz en su vida. Roberto, opinaba lo mismo, pues, celoso y enamorado de su gran artista, portador de sus derechos, no quería otra cosa más que el reconocimiento de su propio bar, así que solía desanimar a la mujer a que cantara en otros escenarios. Claro que muchas veces lo habían tentado con buenos billetes y cada tanto accedía a que la mujer se presentara en otros lugares, pero siempre trataba de sostener las presentaciones en su cafetín.

Los aplausos resonaron en el ambiente tras el final de una de las canciones estrella de la noche. La gente se puso de pie en una ovación continua. Los más fervorosos arrojaron pañuelos y sombreros hacia el escenario. La penumbra del salón jugó de cómplice para que varios de los presentes dejaran correr unas lágrimas. Las emociones a flor de piel. La nostalgia en el corazón. Una atmósfera en la que el aire viciado parecía ahogar el mundo en una profunda desazón. Sin mediar siquiera una palabra, un nuevo compás comenzó. La madera del cafetín y las almas de los presentes volvieron a estar cautivas, hundidas bajo el nostálgico tono de una voz quebrada. Sembrada una flor de pena. Curtidos los tangos de abandono y de miseria. No eran las letras, sino el oscuro cantar quien revelaba los fantasmas del pasado. Fantasmas de un alma rota. Fantasmas de melancolía y desgracia. De olvido y desamores. De tragedia y de muerte. De penas de tango. De penas, de bandoneón.

Recuerdos

Era casi mediodía y Francisco Rey caminaba por la avenida Paseo Colón de la ciudad de Buenos Aires. Había terminado de realizar una constatación presencial en relación a la extensión de una propiedad, que había sido solicitada como instrucción legal en calidad de su oficio como notario. Era un hombre larguirucho, apenas un poco encorvado, de paso lento y de carácter tranquilo. Tenía unos pequeños anteojos que utilizaba para ver de cerca y así poder prestar suma atención a las palabras y a los números que anotaba en las hojas gubernamentales. Datos que también apuntaba en sus notas de control; porque Francisco Rey no solo registraba los datos en las hojas de oficio y en sus copias legales, sino que también realizaba una tercera copia anexa en un libro de trabajo propio, el cual guardaba celosamente, y que le servía como registro personal de sus intervenciones.

Vestía un traje marrón oscuro y caminaba siempre con un portafolios de cuero negro. No se separaba jamás de su reloj de mano, al que emparejaba con el reloj de bolsillo que llevaba en el saco, y al que a su vez cotejaba, dos veces a la semana, en el escaparate del relojero del barrio. De esta forma Francisco Rey podía trabajar siempre con el tiempo como su aliado, utilizando el movimiento de las agujas a su favor y no con el pavor de la desorganización que muchas veces implica llegar tarde a los lugares o atiborrarse de trabajo que no es posible realizar en un tiempo mal calculado. Tan bien controlada tenía la agenda y sus actividades, que aquel mediodía le sobraban una hora y treintaisiete minutos. Dicho espacio lo calculó con su reloj de pulsera y con una pequeña agenda marrón que sacó del bolsillo derecho de su saco. Se ajustó los anteojos y revisó las pequeñas anotaciones que representaban sus tareas diarias. Eran las 12:08 y tenía confirmada para las 13:45 una entrevista. Eso le daba el tiempo suficiente como para almorzar en algún cafetín de la zona y luego regresar en un taxi a su oficina.

Confirmado el lapso disponible, siguió caminando con aquella actitud pacífica que lo definía y que se reflejaba en su semblante inmutable. Nunca alguien lo había escuchado gritar, pelear o enojarse. Si había algo que no le gustaba o que le resultaba complejo, apenas echaba una mirada por encima de sus anteojos y fruncía un poco el ceño, que estaba surcado por unas pocas pestañas de color marrón claro. Luego de

realizar el vistazo, sacaba algunas conclusiones con su distintiva agilidad mental, y volvía a mirar a través de los cristales, tomando aquella actitud impasible. No es que fuera un hombre frío o un insensible. Al contrario, si había algún conflicto que estuviera bajo su diligencia o bajo la posibilidad de su resolución, era Francisco Rey un hombre que se orientaba enseguida a la acción y ponía a trabajar los recursos que tuviera a la mano en favor de resolver el problema. Poco importaba si el asunto involucraba a un miembro de su familia, a un vecino, a un amigo o a un desconocido. Tampoco importaba si la colaboración era interpelada por una asociación de caridad, por un club de barrio o por la iglesia. Porque en cualquiera de los casos, el hombre siempre estaba dispuesto a poner en funcionamiento la maquinaria de su intelecto, así como sus recursos y contactos, en favor de la tan agraciada y dichosa virtud del altruismo.

Era Francisco Rey un hombre de aquellos que suelen ajustarse a las normas sociales y atenerse a los sistemas. Muchos, en su contra, le decían que aquello estaba mal, porque resultaba que la última moda era estar en contra de las normas y enfrentarse al sistema. Sin embargo, Francisco era consistente en su camino elegido y sus acciones develaban su verdadera naturaleza. Era distinto porque se acostaba temprano. Era distinto porque comenzaba los lunes con buena cara. Era distinto porque le gustaba ir a trabajar. Era distinto porque hablaba poco y hacía más. Y era distinto, esencialmente, porque en vez de quejarse por lo mal que estaba todo, esperaba la oportunidad para ayudar.

Ya para el mediodía, el frío de la mañana de invierno parecía haber mermado y, entre las nubes grisáceas, un tenue sol filtraba algún que otro haz de luz, como buscando calentar los fríos adoquines de la ciudad, que habían quedado congelados por la helada. Iba el notario caminando a paso sereno, cuando vio a mitad de cuadra a un hombre sentado en el suelo y recostado contra la pared. Estaba junto a un viejo almacén, de esos que durante el día sirven comidas y bebidas, y que durante las noches oficia de cafetín donde se puede escuchar y bailar tango. El hombre vestía unos harapos negros y un saco grueso bastante desgastado. Tenía el cabello y la barba largos, de color negro, abandonados a un crecer desparejo. El notario dedujo, con acierto, que aquel linyera había pasado la fría noche en la calle.

Francisco llegó caminando y se detuvo ante el vagabundo:

—Buenos días, señor.

Sin siquiera levantar la mirada, el linyera respondió:

—Ya me voy. —Y comenzó a removerse lentamente en el suelo—. Enseguida me voy.

—No es necesario que se vaya —dijo el notario.

—¿Y por qué me habla, si no es para echarme?

El linyera frunció un poco el ceño, desorientado ante la respuesta del hombre. Se puso la mano derecha delante de la frente, como visera, para tapar así un tenue reflejo del sol que le daba a contraluz. Al levantar la cabeza, los dos cruzaron miradas. Francisco pudo ver los ojos azules del linyera. Unos ojos vidriados y cansinos, que parecían develar la puerta a un alma noble y sencilla. A un alma herida, que vaya uno a saber por qué circunstancias de la vida había terminado así.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el notario.

—Alfredo Santos —dijo el linyera que, apoyando las manos contra la pared, se puso de pie—. ¿Con quién tengo el gusto?

Al tenerlo de frente, el notario sintió en el linyera el olor a suciedad acumulada y un penetrante aroma a alcohol que se develaba como resabio nocturno.

—Francisco Rey —dijo el notario extendiéndole la mano—, para servirle.

Alfredo Santos asintió con la cabeza y se estrecharon la mano con un vaivén fuerte y corto.

—No lo había visto nunca —dijo el linyera.

—Soy de otro barrio, solo vine por unas diligencias.

—Está bien, la calle es de cualquiera —dijo Alfredo encogiéndose de hombros.

Un breve silencio cruzó a los dos. El notario levantó la mirada hacia el viejo almacén y vio que adentro había poco movimiento. El aroma a café y a comida llegaban tímidos a la vereda.

—¿Quiere comer algo? —preguntó Francisco.

El linyera levantó un poco las cejas, como si no pudiera creer lo que escuchaba. Una mezcla entre desconcierto y deseo se dibujó en su rostro, pero solo se quedó mirando a su interlocutor, como si no pudiera terminar de asimilar aquellas palabras.

—Creo que le sentaría bien —insistió el notario—. Beber algo caliente, comer un poco.

—No tengo dinero, no puedo darme esos lujos.

—Yo invito —dijo Francisco—. Es mediodía y también me vendría bien comer algo. Podríamos entrar a este lugar.

—No creo que me dejen entrar con esta pinta —dijo el linyera—, además...

Pero no tuvo tiempo para continuar su explicación, porque el notario levantó la mano en un gesto solemne y se dirigió de imprevisto hacia el local. El linyera se quedó en la vereda sin saber qué hacer. Instantes después, el notario salió luciendo su gesto inmutable y tan característico.

—Ya está arreglado —dijo Francisco—. Nos dejarán entrar.

Cubierto por un manto de desconcierto, el linyera asintió con la cabeza. Por unos momentos fue como si su mente escudriñara en sus pensamientos, buscando aquella palabra que resultara oportuna para la ocasión. Era una simple palabra, pero hacía años que no había tenido la oportunidad de decirla, ya que no tenía a nadie que le tendiera una mano. Cuando al fin la recordó, apenas si pudo expresarla en dos etapas, haciéndosele un nudo en la garganta.

—Gra... Gracias —susurró.

El notario le puso una mano en el hombro y le hizo un gesto para que avanzara. Los pasos del linyera develaron un cuerpo entumecido y cansado, producto de haber pasado la noche bajo el frío del invierno, y acumuladas las secuelas de una vida desgraciada. Los dos se acercaron hasta la puerta e ingresaron al salón.

El viejo almacén era un espacio que podía visitarse para beber o comer, pero sus mayores recursos oficiaban de noche, cuando la gente se arremolinaba en el centro del salón y las orquestas sonaban al compás del dos por cuatro. Se trataba de una construcción de techo alto y paredes de ladrillo. El piso y el mobiliario destellaban un buen pulido en la madera, y dos ventanales se abrían lateralmente hacia la calle.

Los recién llegados se ubicaron en la primera fila de mesas, eligiendo la última, que a su vez daba al ventanal. El notario observó que su acompañante se sentó con la espalda recta, mientras ubicaba los antebrazos en el borde de la mesa, como si aún los buenos hábitos siguieran vigentes detrás de aquella aparente ruina. Además, el linyera tampoco se había intimidado ante las otras personas bien vestidas que estaban en el lugar, y hasta llamaba la atención el dominio de autocontrol impasible que se figuró en su rostro, porque a pesar de que sus tripas revelaron su hambruna con ruidos notorios, no cayó el hombre bajo ningún sentido de ansiedad o desesperación.

Uno de los mozos se acercó y les tomó el pedido. El notario fue el encargado de hacerlo, y la comanda salió escrita con dos cafés, una soda, dos tostados de jamón crudo untados con manteca, dos buñuelos, una tortilla y una picada que traía aceitunas, salame, mortadela, queso y pan. Para nada tenía intenciones Francisco de comer tanto. De hecho, era un hombre bastante prudente en las comidas. Sin embargo, era evidente que sus intenciones estaban orientadas a que el pobre hombre que lo acompañaba tuviera una comida abundante. El linyera miró un tanto sorprendido a Francisco cuando le vio encargar tantos alimentos, pero con sumo respeto no interfirió en el pedido del notario. Solo cuando el mozo se fue le hizo saber su opinión.

—No es necesario que haga esto por mí —dijo Alfredo—. Ni siquiera me conoce.

—Es cierto, no lo conozco, pero algo me dice que es usted un buen hombre y ya con eso tiene merecido un buen plato de comida —respondió el notario.

—¿Y qué le hace pensar eso?

Francisco Rey se acomodó un poco los lentes, como en un gesto analítico, y luego respondió:

—Mi trabajo como notario me entrena en ser detallista y me revela mucho sobre cómo son las personas. Por ejemplo, de usted puedo deducir que, en el pasado, ha sabido frecuentar lugares como este.

El linyera asintió con la cabeza como respuesta, pero no hubo palabras que acompañaran su expresión. Durante un rato los dos se guardaron al silencio, que no les resultó incómodo, sino más bien tranquilizador. Era uno de aquellos silencios que bien podrían haberse llamado a un espacio de reflexión. Cada quien, a sus propias interpretaciones, encontraba en su acompañante un gesto que revelaba una parte del alma, como si en la camaradería o en la empatía pudiera existir cierta salvación para la humanidad. Un haz de luz se filtró a través del ventanal, trayendo un poco de calidez a la mesa. Al fin el sol parecía haberse desenredado de la enmarañada maleza de nubes. Como si un gramo de luz pudiera penetrar en el duro invierno; como si un gesto cálido pudiera ingresar en la fría vida del linyera.

El silencio y la reflexión solo fueron cortados cuando el mozo llegó con la bandeja y fue dejando el pedido sobre la mesa. Una vez sirvió todo, el aroma a café y a los alimentos los embriagaron de una forma cálida y grata. El notario imaginó que su invitado se echaría encima de la comida a causa del hambre; sin embargo, para su

sorpresa, el linyera solo se quedó allí sentado, apenas mirando la abundancia que se mostraba frente a él. Sus ojos comenzaron a ponerse vidriosos y no tuvo siquiera la intención de servirse.

—Puede comer con confianza —dijo el notario, al tiempo que tomaba la primera porción, como para darle pie a su acompañante.

—Muchas gracias, es usted un buen hombre —dijo el linyera, pero en su semblante pareció verse un gesto angustiado.

El linyera tomó un poco de comida con manos temblorosas. Manos que, en otra circunstancia, le hubiera molestado al notario que estando así de sucias tocaran la comida, pero Francisco no dijo nada y dejó al hombre que se sirviera tranquilo. El linyera cortó un pequeño trozo del tostado y comió en forma serena. Luego bebió apenas un sorbo de café amargo. Cuando dejó la taza, sus ojos no aguantaron más y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. El notario dejó que al hombre le fluyeran las emociones y no se atrevió a interrumpirlo. Pasados unos momentos, el linyera se limpió las lágrimas con el antebrazo y dijo con voz temblorosa:

—Pasaron poco más de tres años desde la última vez que una persona se preocupó por mi bienestar.

—¿Y se pude saber quién fue esa persona? —preguntó el notario.

El linyera dio un suspiro; no era simple hablar de eso, nada era simple cuando pensaba en el pasado.

—Es una historia triste —dijo el linyera.

—Supongo que es acorde para un mediodía de invierno. —La voz del notario se anunció solemne, acompañado por su característico semblante impávido y respetuoso.

El linyera asintió con la cabeza y dio un suspiro, como si estuviera preparándose para la ocasión. Cortó un trozo del buñuelo y lo masticó con mejores ganas. Luego le dio un sorbo al café, y esta vez la comida pareció sentarle mejor. Pudo abrir su estómago; y, tal vez, también pudo abrir su alma a la angustia que llevaba adentro.

—Si quiere saber mi historia, entonces, se la contaré.

»Hace poco más de tres años yo vivía una buena vida. Y como buena vida me refiero, en realidad, a lo que significa estar enamorado. Y digo enamorado en el uso consciente de dicha palabra. En el hecho de creer, y sentir, una vivencia de plenitud junto a la otra persona. Ese cielo que siempre parece celeste. El cálido ambiente que se

eterniza en primavera. La complicidad de la alegría, la virtud que se engrandece desde la compañía. Y no hablo de esos amoríos tibios que revolotean desesperados en la etapa de la juventud. Ni tampoco de la elevada temperatura o la excitación que genera el roce de la piel. Hablo de un amor mucho más maduro, ¿sabe? De ese que uno siente en el corazón y no solo en la entrepierna. Hablo de esa sensación de confianza que resulta tan clara como el agua. De cuando uno tiene la certeza de que la mujer que está a su lado bien podría acompañarlo para toda la vida, y que uno sería feliz todo ese tiempo, incluso a pesar de las dificultades. Ese amor en el cual uno desea que aquella mujer fuera la madre de sus hijos. Ese amor que, proyectándose hacia el futuro, imagina a dos ancianos tomados de la mano. Sepa, también, que no hablo de un amor débil, sino que me refiero, en esencia, a ese amor enriquecido por el espíritu de lucha. Ese amor que todo lo puede y que ya sea en tiempos de mala racha, en épocas de pesar, o en cualquiera de los momentos difíciles que acarrea la vida; uno tiene la certeza de que al lado de esa mujer se puede librar la batalla, y uno sabe que nunca estará solo. No sé si usted comprende a lo que me refiero, pero le hablo de algo que nunca imaginé que pudiera existir hasta que la conocí a ella. Todo comenzó hace unos seis años, y los tres primeros años fueron los mejores que viví en mi vida, hasta que un día todo cambió.

»Aunque parezca extraño decirlo, ahora que lo pienso, bien tendría que haberme dado cuenta de lo que estaba sucediendo, pues en los últimos meses la cosa no marchaba de la misma manera. Eran apenas pequeños detalles los que habían cambiado. Puede que ella sostuviera su buen trato hacia mi persona, pero esto parecía fundarse más en el respeto y en la buena costumbre que en el amor. Y puede, también, que una parte de mí no quisiera reconocer lo que sucedía, porque yo estaba ciego de amor; y hasta puede que aún lo siga estando hoy. Pero bien podrían haber sido cuestiones imperceptibles, de esas que a menudo quedan sumergidas en la celeridad del día a día. Y claro que a uno lo confunden las cosas, porque en nuestra convivencia nunca hubo malos tratos por ninguna de las partes.

»Vivíamos en la casa que antes había sido de mis padres. Una casa solariega alejada de la ciudad. No había demasiada tierra para trabajar más que hacer un poco de huerta, o bien tener algunas aves de corral, una vaca lechera y alguna que otra oveja. Pero de esas cosas se encargaba ella, Rosario. Sí, Rosario se llama. Y no puedo hacer otra cosa más que esbozar una sonrisa al recordarla.

»Durante los primeros años todo parecía marchar muy bien. Además de lo que podíamos sacar de la quinta, trabajaba yo tomando changas en otros campos cercanos. A veces en la siembra, a veces en la cosecha. Y así mismo íbamos viviendo de buena manera, ¿sabe? En forma honrada, bajo acciones dignas y en proyectarnos siempre sobre el buen camino. La verdad es que el dinero a veces sobraba y casi siempre terminábamos teniendo comida de más. Ya le había dicho yo a mi querida Rosario que estábamos en tiempo de tener un hijo, porque la cosa marchaba bien y se proyectaba cada vez mejor. Le regalé entonces unos pequeños escaarpines blancos en una noche que, recuerdo bien, cociné un pollo al horno. Sí, usted acaba de escuchar bien lo que dije. Un pollo entero puse de la alegría y no me importó que solo fuéramos dos para la cena. Es que con el amor todo se agranda, ¿sabe? Y a uno le parece hasta que incluso todo el mundo le queda chico. Claro que también había comprado un buen vino para la ocasión. Y hasta le había encargado a la vecina, a doña Antonieta, que me hiciera una torta y todo. Debo reconocer que la anciana le echó ganas de las buenas, porque imagine lo bien que habrá batido la preparación con leche y huevos que el bizcochuelo había quedado esponjoso como nunca. Le había cargado una buena cantidad de duraznos y de crema, y estaba todo rociado con azúcar impalpable. Así lo guardé en la despensa fría. Porque, sabe usted bien lo feliz que estaba yo por la propuesta que estaba por realizarle a mi amada. La de tener un hijo, la de construir un futuro juntos.

»Era Rosario una mujer hermosa. ¿Qué digo hermosa? Si, en realidad, hermosísima le asienta mejor. ¿Y qué digo era? Si estoy seguro de que hoy en día debe seguir tan linda como siempre. Ella andaba, en todo momento, mostrando una sonrisa alegre. Tenía apenas un poco torcido un diente de adelante, este de aquí —dijo el linyera tocándose con el dedo sucio un incisivo lateral superior—. Y eso le daba un toque especial a mi querida Rosario. Porque si veinte mujeres sonrieran, solo una tendría ese dientecito tan especial y esa esencia pacífica en su expresión, que no era una sonrisa falsa ni mucho menos forzada. Pues mi querida Rosario sonreía en todo momento, desde la mañana hasta la noche, y tal vez fuera ese otro hecho el que me confundió. Porque a pesar de los detalles que revelaban que nos estábamos alejando, ella nunca, pero nunca, dejó de sonreír.

»Tenía el cabello lleno de ondulaciones de un color marrón intenso. Bucles que daban vueltas y más vueltas y que parecían no tener fin. A veces me quedaba

observando esos rizos que se enrollaban sobre sí mismos, y podía estar siguiéndoles el rastro durante un buen rato, hasta que al final caían pesados sobre sus hombros. Tenía los ojos del color de la miel y la piel tersa y lisa como pocas veces se ha visto. Pero lo más bello, sin dudas, lo más bello que tenía era su aroma. Porque sea recién salida de darse un baño o regresando embarrada hasta los codos de trabajar en la quinta, mi Rosario siempre olía a flores, a viento, a aire puro y a verano.

»Cuando me dijo que no quería tener un hijo, pensé que era por cuestiones de las fechas. Usted sabe, y bien dicen los médicos, que es mejor parir los niños en primavera o en verano, porque en el pleno invierno les pueden agarrar los fríos, y yo le había hecho la propuesta a mediados de septiembre. Sin embargo, nunca imaginé que su negativa era porque ya no me quería. Y tal vez fuera mi angustia la que hizo que mi querida Rosario no se atreviera a decirme cómo eran las cosas en realidad. Porque me imagino que debí haber quedado como un idiota frente a la mesa, en la cual había servido una fuente con un pollo entero y verduras, una torta inmensa, uno de los mejores vinos que alguna vez hubiese comprado y un juego de escarpines blancos recién tejidos, que vaya Dios a saber si alguna vez usará alguno de nuestros hijos.

»Pero luego supe que todo aquello había sido, en realidad, un deseo profundo de su alma. El no tener nada más que ver conmigo, digo. Y hasta a veces me culpo si no habrá sido mi gran amor hacia ella lo que le impidió decirme que ya no me quería. Pues era, mi querida Rosario —y si me permite la verdad, creo hacer bien en decir que seguramente lo sigue siendo hoy—, una de las personas más buenas que haya conocido. Incluso más buena que todos los curas y monjas que pudieran existir en la iglesia. Porque, como ya le dije, Rosario era una mujer hermosa, pero lo más hermoso que tenía era su corazón. Tenía un alma limpia y pura. Sabe lo que le digo, un alma como la de un ángel. Una de esas que son caritativas y, sobre todo, responsables con lo que hay alrededor. Y tal vez para no romperme el corazón fue que nunca me lo dijo. Pero como son las cosas, tarde o temprano, el diablo siempre muestra la cola.

«Y el diablo mostró la cola una tarde de principios de diciembre. Venía más temprano yo del trabajo que de costumbre, y entonces me encontré con que ella estaba afuera de la puerta, acompañada por un hombre. Fíjese mi inocencia que hasta me acerqué caminando, sonriente y alegre, incluso hasta curioseando, porque siempre aparecía por la casa algún vendedor o alguien que ofrecía trabajos de algún oficio. Pero

nunca imaginé que aquel mozo, un tanto galante y más bien petizón, hubiera sido quien me había arrebatado a mi querida Rosario.

»Imagino, al día de hoy, y por cómo se dieron las cosas, que ellos tampoco me vieron llegar. Sabe cómo es este asunto, mi amigo: cuando el amor manda, uno se torna ciego y es posible entonces que ellos dos, si acaso sentían amor, hubieran estado obnubilados. Y así fue entonces que, cuando me acerqué, ya a unos veinte metros, vi cómo aquel hombre la tomaba de las manos. En un momento fue una sensación extraña, pues no terminaba de comprender lo que había pasado. Sin embargo, antes de que pudiera analizar más la situación, recibí el sopapo más fuerte que le pueden dar a una persona; la cachetada de la realidad quedó ardiendo ante mis ojos cuando se besaron.

»Solo pude quedarme mirando. Solo mirando, como si fuera un idiota. Y apenas si pude avanzar unos pasos. Seguramente habrían de ser pasos arrastrados y quejumbrosos, porque al instante los dos se dieron la vuelta.

»Sí, lo sé. Sé que bien debería haber mostrado mi hombría. Esa hombría que corresponde a la de un buen varón. Esa que debe llevarse en la sangre y que muestra la guapeza de un caballero. Que un guapo debería haberse peleado con ese mequetrefe, seguro. Que un guapo debería haberle pegado a su mujer para corregirla, es posible. Pero yo solo pude quedarme mirando y nada más.

»Puede imaginarse usted que si apenas tenía fuerzas para mirar, mucho menos las tendría para pelear. Así que, temblándome los pies, miré a Rosario para que ella me lo explicara. Para que aclarara la situación. Para que me dijera que se había confundido o no sé qué idiotez pensaba. Porque, usted sabe, ¿quién podría confundirse y besar a otra persona?

»Recuerdo que el hombre se puso alerta como el gato, y parecía dispuesto a pelear en caso de que fuera necesario. ¿Pero qué iba a pelear yo?, si en realidad ella ya había elegido. Me quedé unos instantes viendo qué actitud tomaban. Incluso ilusionado de que, tal vez, el hombre se sintiera avergonzado. ¿Pero qué honor se le puede exigir a una persona que se mete en un nido ajeno? Y entonces los dos me dieron su repuesta, pues en el silencio destripador de aquella situación se dieron la mano, demostrando que Rosario no se había confundido y que el hombre no pensaba irse. Así que me di la vuelta y, aún con las piernas flaqueando, caminé. No porque quisiera irme, sino porque, al

darme la vuelta, me pareció mucho más honroso verter las lágrimas sin que pudieran verme.

»Seis días fueron necesarios para tomar coraje y volver. Seis días que pasé durmiendo en la calle y bebiendo hasta que mis tripas quedaron arruinadas de tanto devolver el alcohol que había ingerido. Seis días que bien podrían haberse parecido a un descenso hasta el infierno. Seis días de vergüenza y de temor. Seis días de dolor. Hasta que al fin tomé coraje y me atreví a regresar, buscando, tal vez, encontrar alguna explicación. Rosario siempre había sido una persona amable y estaba seguro de que podríamos conversar. Ella me lo explicaría. Porque era un alma buena. Y me atrevo a decir que hoy lo sigue siendo, mi querida Rosario.

»Pero al regresar me llevé una gran decepción. La casa estaba medio vacía y de ella no quedaba siquiera una sola pertenencia. Sin embargo, no me había equivocado en cuanto a la actitud que esperaba de ella. Porque me había dejado una carta sobre la mesa explicándome las razones por las que se había ido. Que ya no me amaba y que ahora quería a otro. Que era mejor no guardar resentimientos. Y que siempre me recordaría como una etapa buena de su vida. Mire si no será una santa mi querida Rosario, que me recuerda como algo bueno en su vida, incluso a pesar de que no hubiera podido hacerla feliz. Así que es al día de hoy que no puedo odiarla ni juzgarla, sino solo sufrir su ausencia. Como cualquier hombre que ama de verdad puede hacerlo.

»Apenas si duré una semana en la casa. Todo me hacía recordar a ella. Sobre todo el aroma a verano que ya había llegado. Decidí entonces prestarle la casa a mi sobrino. Un muchacho que corría con más suerte que yo. Que ya tenía esposa, una hija y un trabajo como peón en un campo cercano. Como le resultará evidente, les entregué las llaves de la vieja casa por dos razones. La primera, para darles un aventón en la conformación de su familia. Y, la segunda, para librarme yo de los recuerdos de aquel lugar, en donde había sido tan feliz.

»Sin embargo, al ser usted una persona inteligente, bien podrá deducir que no hubo tiempo ni distancia que pudiera librarme de mi querida Rosario. Que los escombros de los sueños perdidos me han arruinado. Y que solo basta verme la pinta para comprender hasta qué punto el amor no correspondido puede llegar a lastimarnos.

Dicho esto, el linyera se quedó en silencio. Sus ojos azules se humedecieron, y hasta pareció que algunos años más se le echaban encima. El notario asintió con la

cabeza, en parte por respeto a la historia, en parte buscando alguna solución. Se acomodó los lentes con la mano derecha y miró por encima de ellos, buscando en su mente las palabras que pudieran resultar acertadas para la ocasión.

—No hay dudas de que es una historia triste —dijo el notario—, pero es usted un buen hombre y debería levantarse con dignidad. —Volvió a mirarlo a través de los cristales—. Aunque sea difícil, debería tratar de olvidar.

—¿Olvidar? —dijo el linyera elevando un poco las cejas.

En el cielo, el sol volvió a ocultarse tras las nubes; no hubo luz que ingresara por el ventanal y hasta el semblante del linyera pareció oscurecerse. Apenas movió sus manos temblorosas y hurgó dentro del saco viejo y desgastado. Sacó de allí una bolsa de cartón y la dejó a un lado para que no se mezclara con la comida. Pero antes de buscar en su interior, mojó sus dedos en el vaso de soda, se limpió las manos y luego se secó con una servilleta. El notario frunció las cejas, como si no pudiera comprender aquella actitud, pues no se había limpiado para comer, pero sí lo hacía para buscar en esa bolsa. El linyera abrió la envoltura y buscó en su interior.

—Estas cosas no pueden olvidarse —dijo al tiempo que sacaba dos escaarpines blancos y las lágrimas le caían por las mejillas—, porque si algún día ella regresa, yo la he de perdonar, ¿sabe? Porque de otra manera, no sería amor.

Títeres

Recuerdo los años en los que visitaba el caserón de los Romero. Gente pudiente que sabía darse la buena vida; también una familia de buen corazón. No sabría precisar la edad que tenía en aquel entonces, apenas era un purrete que ni golondrina se animaba a ser, pero estimo que rondaría los doce años. Claro que no era el único que frecuentaba el caserón, pues allí íbamos todos, a la casa de los Romero, cada sábado por la tarde, en que el italiano Vittorio ofrecía su función de títeres.

Buena gente la familia Romero al prestar el patio de su casa al pobre italiano que se las rebuscaba actuando en diferentes lugares, rescatando algunas pocas monedas, sobreviviendo, como hacen la mayoría de los artistas callejeros. En aquel entonces, la familia Romero tenía varios chiquillos en su linaje. Los dueños de la casa tenían cinco hijos, que iban desde los cuatro hasta los doce años; además, tenían sobrinos por aquí y allá, así como también ahijados e hijos de otros parientes, por lo cual, solo entre los pequeños de la familia, sumaban unos quince espectadores. Pero digo buena gente, porque además de ofrecer el espectáculo a los críos de su propia familia, abrían las puertas a los niños y niñas del barrio para que también pudieran ver la función. Y entonces íbamos todos, y llenábamos casi por la mitad el patio del caserón. Tal vez éramos unos cuarenta chiquillos en total. La minoría de ellos llevaban algunas monedas y las colocaban dentro del gorro de Vittorio, que estaba abierto a modo de bolsa y ubicado a un lado de la cabina donde se realizaba la función. Sin embargo, las monedas que pudiéramos dejarles nosotros eran apenas unas chirolas en comparación con el pago que le realizaba el caudillo de la familia: más de una vez había sido testigo de cómo el señor Romero, un hombre corpulento y de bigote frondoso, le entregaba unos billetes a Vittorio al terminar su acto.

Vittorio era un hombre alto y flacucho. Solía andar afeitado y casi siempre vestía en forma prolija algún que otro traje, aunque todos estaban desgastados. Tenía el rostro alargado, una postura un poco encorvada y un gesto bastante parco. Sin embargo, cuando comenzaban las funciones, el telón parecía disolver la imagen ensombrecida de aquel hombre, para dar paso a una voz que no parecía coincidir con su aspecto. Una voz

bien colocada y potente; áspera por momentos, pero a la vez luminosa y atrapante, que era el resultado de un artista bien logrado.

La esposa de Vittorio era una señora más bien regordeta, de cabello rojizo y con grandes bucles que caían hasta sus hombros. Se mostraba como una mujer desinhibida y era portadora de una risotada sonora, a la que era común escuchar en medio de la función. Algunos otros adultos también reían durante el espectáculo, y más de una vez supuse que, en cierto punto, el disfrute de los sábados no era solo para los niños, sino que era también para los adultos, para toda la familia Romero, como uno de aquellos gustos que solo puede darse la gente pudiente.

Era el caserón una construcción de estilo colonial. En el patio, las arcadas de cemento mostraban cuatro amplias galerías, y en la galería derecha se disponían los sillones para que los adultos de la familia disfrutaran de la función. Las épocas del año elegidas para el espectáculo eran las de primavera y verano. En la puerta del caserón había una pancarta dando aviso de las fechas de presentación de Vittorio, invitando así a todos los niños y niñas del barrio. Dato curioso, nunca se presentó otro artista o show que no fuera el del titiritero. La mayoría de las veces, el espectáculo sucedía bajo un cielo celeste o unos atardeceres anaranjados. Las glicinas, de color violáceo, trepaban las arcadas de las galerías. En el centro del patio había una bomba de agua de la cual se podía beber agua fresca en abundancia. El piso era de adoquines y entre medio había algunos macetones de barro que adornaban el patio con grandes rosales de color blanco y rojo. Había, sin dudas, cierto afán por la belleza en aquel jardín de estilo colonial. En el lado izquierdo había una estructura confeccionada con maderas, donde la parra se enredaba y crecía con hojas verdes, dando así una buena sombra. Pasando este espacio, bajo el techo de la galería izquierda, Vittorio montaba su escenario: un frente de madera con un ventanal y dos telones rojizos que servían para abrir la función de títeres. Había entonces algunos bancos de madera dispuestos frente al escenario, donde los pequeños espectadores se sentaban bajo la sombra de la parra. No estaba yo, precisamente, entre ellos, pero sí estaba mi hermano. En mi caso, prefería ver el espectáculo un poco más de lejos. Un tanto entre las galerías, otro poco desde detrás de las filas de los asientos. No tenía nada particular mi conducta, más que la de un mocito creciendo, pues estaba en aquella edad en la que uno no quiere ser visto como niño, pero resulta que también le interesan las historias de los titiriteros.

Había, en aquel entonces, niños y niñas que uno podía reconocer. Pues como si fuera en un culto de sábado, casi siempre eran los mismos quienes iban a ver el espectáculo a la casa de los Romero. Ya nos tenían junados a nosotros como «los hermanos Carrizo»; y nosotros teníamos junados a otros, como a Tomasito, el que siempre terminaba berreando ante cualquier escena de peligro; Matilde, la que siempre esperaba que aparecieran marionetas de mujeres con vestidos; los hermanos Ponce, que eran los primeros en llegar y los últimos en irse; o la niña, Josefa, que en todo momento estaba aplaudiendo. Mi hermano Juan solía sentarse junto a Marcos, un mocito tímido, de quien no puedo siquiera recordar el sonido de su voz. Y mientras los chiquillos se apretujaban a la espera del espectáculo, yo me quedaba un poco más lejos, tal vez en alguna de las galerías, tal vez junto a la bomba de agua. Más de una vez, los miembros de la familia Romero me habían dicho que me sentara en los bancos, pero nunca pude terminar de aceptar aquella invitación. En realidad, si tuviera que expandir el concepto sobre lo referente a mi actitud, diría que, después de todo, no eran la edad ni la época las que me hacían actuar de esa manera. Resulta que, ya de grande, descubrí que mi vida siempre estuvo marcada por ese rasgo particular de mi personalidad, pues soy uno de aquellos que suelen ver las cosas más bien desde lejos, como si hubiera nacido para ser testigo tanto de las alegrías como de las desgracias que nos trae este mundo.

Pero más allá de aquellos que íbamos siempre, había una persona que resaltaba de una manera especial; más que los dueños de la casa, más que mi hermano y yo, más que los pequeños apretujados entre los bancos, e incluso más que Vittorio o su risueña mujer. Había alguien que parecía alimentar de forma especial aquellas reuniones de los sábados. Una especie de luz fulgurante, alguien diferente, como quienes logran ver el camino entre las aburridas misas de los domingos. Era uno de esos destellos que parecen mostrarnos que la vida tiene sentido; aquellas cosas que pueden llegar a engañarnos y a sumergirnos en la imaginación de que tal vez, y solo tal vez, la vida pudiera servir para algo. Que la vida trae cosas buenas y que, en el camino del alma, quizás, la humanidad pudiera encontrar la salvación. Fue así, con esa sensación casi celestial, que siempre recordé a la pequeña María. Una de las niñas, vale decir de las más humildes, que siempre iba a ver las funciones del titiritero.

Aún me parece verla en el jardín colonial, subida a un banquito, con la sonrisa plena y aplaudiendo con sus manos. Exponiendo toda su alegría e inocencia. Reflejando la simpleza y la belleza de la vida. Luciendo siempre una sonrisa sincera. Una felicidad plena. Tal vez aquello que debiera ser siempre natural. Solía vestir alguna pollerita o vestidito floreado, un tanto descoloridos, que solían revelar su condición humilde. Tenía los bucles castaños oscuros y los llevaba casi siempre despeinados, y cuando los títeres hablaban en algún otro idioma —algo que Vittorio lo hacía con vocablos escuetos: a veces en inglés, ruso o francés—, la niña abría bien grandes sus ojos color miel, como si quedara extasiada ante la inmensidad de lo que era escuchar otro idioma. Quedaba entregada y boquiabierta ante los mundos que presentaba Vittorio, como nunca había visto antes a nadie. Y cuando, por ejemplo, el titiritero pedía que todos se sentaran —recurso que utilizaba el artista para crear tensión o para dar entrada a alguno de sus villanos personajes—, María obedecía y se sentaba en el banco; y quedaban colgando, empinadas hacia abajo, las puntas de sus pies.

De tanto en tanto, las obras que hacía Vittorio se repetían, pero las repeticiones eran bastante apreciadas de todas maneras. Vittorio no tenía una gran variedad de funciones, pues al día de hoy, no recuerdo más que cinco o seis. Aunque puede que tuviera más y que solo recuerde las que han quedado en mi memoria. Pero a diferencia de lo que cualquiera podría pensar —que existiera cierto hartazgo por la repetición—, lo que pasaba era lo contrario. Resultaba que los críos se acordaban de las funciones y las disfrutaban incluso esperando los mejores momentos. Como quien escucha una buena canción de tango, una y otra vez, ya conociendo sus letras y melodías, ya conociendo lo que está por venir, disfrutando cada momento, apreciando cada compás. Había, entonces, al igual que con la música, algunas obras que eran solicitadas por los niños con fervorosos deseos. Obras que eran aclamadas y ovacionadas, y que bien podrían considerarse las más importantes del repertorio. Entre las preferidas estaba la historia de la señora Rousseau, una mujer francesa y adinerada, que debía asistir, en Marsella, a la boda de su hija, Fleur. Pero resultaba que, por culpa de su pánfilo ayudante y acompañante Gregorio, perdían el tren en París, y luego tenían que sortear el viaje como sea, de a ratos pidiendo aventón, de a ratos alquilando caballos; y todo al tiempo que debían escapar de Aguijardo, un personaje que deseaba la muerte de Rousseau para quedarse con las riquezas de la señora.

La voz grave y rasposa del titiritero no hacía más que poner tensión e incertidumbre a la historia. De cuando en cuando aparecían otros personajes que ayudaban a la mujer. Y entonces, por ejemplo, el oficial Guernet ayudaba a la señora a escapar a tiempo de las trampas de Aguijardo. ¡Vaya historias que se contaban en aquel entonces! Solo con la voz y dos manos que daban vida a los títeres a través de un ventanal de madera. Pero había algo aún más emocionante: en el momento de mayor tensión, cuando la señora Rousseau lograba escapar de la última trampa de Aguijardo, me resultaba imposible no mirar a la pequeña María.

¡Si me parece verla a la pequeña niña! Sus ojos color miel se esperanzaban ante la oportunidad de que las víctimas logran escapar a tiempo. Los latidos del corazón en su pequeño pecho parecían desbocarse. Sus suspiros resonaban en el patio. Y dando pequeños saltitos en el banco de madera aplaudía, al tiempo que Vittorio ponía el sonido de un tambor en la escena del escape final. María saltaba en cada «Bum, Bum». Y aplaudía en cada golpe del tambor, como si sus manitas angelicales y sus saltitos pudiesen dar fuerzas a los golpes, darles fuerzas a los protagonistas, darle fuerzas a la historia para que tuviera un final feliz. Vaya Dios a saber qué pasaba por la mente de la pequeña María; vaya uno a saber si creía que su ahínco, en verdad, pudiera ayudar a los protagonistas a escapar. Pero sea como sea, María vivía aquel espectáculo como si fuera único y especial. Saltando, aplaudiendo y batiendo sus bucles al final, porque, después de todo, la señora Rousseau llegaba a tiempo al casorio, Aguijardo acababa detenido y terminaba la historia con un final feliz.

Siempre tuve dudas respecto a los finales de las historias de Vittorio. No me atrevería a decir que no fueran entretenidos, pero siempre tuve ciertas reservas acerca de esa felicidad prometida. Y es que, cuando ya en aquel entonces comparaba los finales felices del italiano con mi propia vida, encontraba muchas diferencias —y lo mismo me sigue pasando hoy—. En aquel entonces, pensaba que, si de felicidad se trataba, solo podía suceder en familias como la de los Romero, donde el dinero era abundante y donde las personas que conformaban la familia estaban unidas a pesar de cualquier dificultad. Claro que, en mi caso, no podía decir que tuviera una mala vida; pero no recordaba fecha en la cual mi padre sonriera, como lo hacía el señor Romero, y mucho menos que mi madre compartiera junto a él alguna actividad. A veces me preguntaba qué hubiera sido de mi familia si hubiéramos tenido ese patio y esa familia. Pero con el

tiempo comprendí que ninguno de aquellos pensamientos de purrete estaba acertado, pues, al final de cuentas, mis padres vivían su propia verdad. Mi madre ya no sabía lo que era la alegría, y mi padre había sucumbido ante las sensaciones de fracaso y frustración que le había provocado no poder concretar sus ambiciones. Y con el tiempo yo mismo aprendí que siempre había estado en lo cierto respecto a mi postura sobre la vida; la cruel vida, que nunca tenía finales felices como en las historias de Vittorio.

Más de una vez me había puesto a pensar, también, en la pequeña María. Qué sería de su vida, por afuera de aquellas tardes en las que la veía. Era una sensación de protección más que otra cosa, pues apenas tendría la niña unos seis años. Tenía menos edad que mi hermano, y eso que yo estaba acostumbrado a cuidar de Juan. Una de las cosas que más me llamaba la atención era el hecho de que jugara y saltara con tanta felicidad. A veces, sus vestidos estaban un poco descoloridos; otras, con un poco de tierra. Lo más extraño era que siempre acudía sola. Al parecer no había hermanos que la acompañaran ni padres que la cuidaran. Una vez, debo admitir, pregunté por ella como con cierta reserva. Si mal no recuerdo, fue el hermano más joven del señor Romero quien me respondió. Me dijo que la niña vivía bastante lejos, cruzando la avenida, allá por los arrabales. Recuerdo que solo fruncí el ceño, un tanto desconfiando de la versión. Pues ya saben cómo es la cosa, la mayoría de las veces, los veinteañeros juegan a hacerles bromas a los mocetes más jóvenes, y pensé que podría tratarse de una jugarreta. Así que no dije nada más y me reservé cualquier tipo de opinión. Claro que sabía que la pequeña María era de origen humilde y sabía que andaba por la vida solita la pobre; sin embargo, me costaba creer que pudiera acudir a los encuentros desde tan lejos. Sabía, también, que era María una de aquellas personas que tenían la capacidad para ser felices. Era aquella niña, entre aplausos y risas, en aquel patio colonial, frente a la ventana del titiritero, la niñita más feliz que hubiera visto. Y qué digo la niña, porque ya pasados los años, también puedo decir que María fue el ser humano más feliz que alguna vez conocí en mi vida.

Una vez terminada la función, la cuestión se ponía interesante. Puede que los Romero, como ya dije, fueran gente de bien; o puede, como decían las malas lenguas, que solo quisieran comprarse un pedazo de cielo a través de la caridad. Pero sea como sea, la cuestión parece afable en tanto que aquellas actitudes dibujaban sonrisas en las almas nobles y puras de los niños. Pues resultaba que, al finalizar el espectáculo, la

familia Romero nos regalaba algo para la merienda: a veces un pedazo de torta; otras, algún que otro dulce; un puñado de frutos secos; alguna que otra fruta, o lo que hubiera para la ocasión. Eran cosas simples, claro, nada ostentoso ni rimbombante. Pero el hecho de ser lo suficientemente atentos como para entregar una pequeña porción de comida a un conjunto de cuarenta chiquillos resultaba una proeza más que loable.

A veces, mi hermano y yo rechazábamos la porción, sobre todo si eran nueces o pasas, porque no nos gustaban. Sin embargo, cuando llegaba la fruta la cuestión mejoraba; y nos íbamos de cabeza si era un pedazo de torta o alguna merienda más tentadora. Había, entonces, quienes rechazaban una cosa o la otra, pero la mayoría de los niños terminaban comiendo una agradable merienda junto a la bomba de agua que estaba en el centro del patio y desde la cual se podía beber agua fresca en abundancia. Entonces la veía a la pequeña María, con una sonrisa destellante que parecía sobresalir por encima de las sonrisas de todos los demás invitados. Como si hubiese encontrado la pobre un pedazo de cielo en el mismo infierno que es esta tierra. En cierto punto tal vez mi relato se deforme si me refiero a ella como la pobre niña, porque al contemplar su risita y su rostro embelesado, sus ojos color miel siempre atentos, sus bucles ondeando al viento y aquel gesto de emoción por todo lo que acontecía en aquella tarde celestial, diría que ella estaba feliz y completa, y que los carentes de algo tal vez éramos nosotros.

Por otro lado, no me atrevería a decir mucho respecto a los chiquillos de la familia Romero. Tal vez con el tiempo hubiera comprendido que fueran los celos. Pero no pasaba la mayoría de terminar siendo unos engreídos que, después de todo, siempre contestaban con frases del tipo: «Todos ustedes están aquí porque lo pagan mis padres» o frases como: «Les diré a mis padres que a partir de ahora ustedes no podrán venir». Una vez, la misma señora Romero tuvo que intervenir para cortar con una de aquellas discusiones acaloradas, luego de que Juancito, uno de los hijos del señor Romero, dijera que a partir de ese sábado las reuniones se terminarían para siempre. Pero lo que más me llamó la atención no fue que la señora Romero terminara con la discusión, porque, después de todo, es lo que todo adulto responsable hace cuando ve a un grupo de niños peleando. Lo que más llamó mi atención fue que la señora Romero, una vez terminado el conflicto, tuvo que quedarse junto a la pequeña María para calmarla y explicarle que las reuniones sí continuarían. Aquel había sido el único día en el que habíamos visto

llorar a María, y llorar de qué manera la pobre niña, pues era como si el mismo cielo le estuviera siendo negado para toda la eternidad.

Luego de la merienda se abría la puerta, y entonces los pequeños espectadores iban saliendo cada quien por su cuenta. La familia solía meterse dentro de la casa y una de las criadas se quedaba cuidando y ordenando el patio. El señor Vittorio se ponía a desarmar sus cosas, y entonces descubríamos que no era tan agradable como sus personajes. A veces, al saludarlo, respondía con monosílabos cortantes que sonaban más a protestas que al deseo de conversar; la lengua se le trababa un poco, y recuerdo latente que tenía un olor rancio y penetrante en su ropa. Claro que con el tiempo comprendí que Vittorio era un aficionado al tabaco y al aguardiente.

Afuera, en la vereda, algunos padres o familiares esperaban por las niñas y los niños que salían del caserón. Con mi hermano éramos, sin embargo, de aquellos a quienes les tocaba irse solos porque no tenían familiares que los buscaran. Para nuestra suerte vivíamos apenas a tres cuadras; pero había otros que vivían un poco más lejos. Una vez le pregunté a María si vivía muy lejos y si quería que la acompañáramos. Para mi sorpresa, a diferencia de la ternura que solía despertar siempre, solo se quedó mirándome; un poco entre dudas y en silencio. Le dije que no tuviera miedo o algo así, pero al final fue extraño porque a pesar de tener casi el doble de edad terminé sintiéndome incómodo ante su silencio y ante su mirada de desconfianza. Para mi suerte, la niña se dio media vuelta sin decir nada y se fue caminando a paso apresurado. Me quedé mirándola un rato mientras se alejaba y esa fue, por supuesto, la única vez que le hablé.

Con el tiempo dejé de acudir a los espectáculos de la casa colonial; sea porque fui creciendo, sea porque no me resultaban entretenidos. Algunas veces me encargué de llevar y buscar a mi hermano, pero eso duró poco, porque mi hermano Juan se agarró de puños con el otro Juan, el Juancito, que era uno de los hijos del señor Romero. Cuando mis padres vieron a mi hermano con un ojo morado no dijeron nada. Nada en relación a la pelea, nada en relación a por qué habíamos dejado de ir a la casa colonial. Sin embargo, eso no resultó para nosotros un problema ni tampoco un escenario diferente, pues, al fin y al cabo, ya estábamos acostumbrados a la ausencia de nuestros padres. A mí tampoco me llamó la atención el hecho de que mi hermano se hubiera agarrado con Juancito. Mi hermano tenía un humor de perros, y Juancito Romero era

un malcriado arrogante que siempre amenazaba con finalizar los espectáculos para siempre. Fue aquel día, el de la pelea, la última vez que visitamos la casa colonial. Desde entonces, nunca más volví a ver a Vittorio, a la familia Romero ni a los demás chiquillos. No diría que extrañé en demasía aquellas tardes, pero he de admitir que un poco de nostalgia me acompañó durante un tiempo. Pero lo más curioso del caso fue —y es— que nunca pude olvidar a la pequeña María; a la niña que fue tan feliz en aquel caserón. Una niña de ojos grandes y cristalinos, de bucles libres al viento y de rostro redondeado como el de un ángel.

Hoy, muchos años después, la vida me da una vez más la razón respecto a aquellas historias del viejo Vittorio. Dicen, por cierto, las malas lenguas, que el mismo titiritero enfermó, aunque otros dicen que murió de viejo. No sé cuál de las dos historias será cierta; pero, de cualquier manera, los finales felices pocas veces suceden como en los cuentos y es posible incluso que nosotros seamos, para la vida, como las marionetas de Vittorio.

Una vez más me encuentro en aquel clima social al que mucha gente concurre. Solo que esta vez, y un tanto más acorde a mi edad, lo que me reúne es el pesar de la vida misma. El deseo de hundirme en algunos placeres oscuros como si aquellas migajas pudieran en parte torturar mi alma o en parte liberar mis penas. Pero como buenas marionetas que somos en esta vida, pocas cosas decidimos y mucho el diablo tira de nuestros hilos.

Mi vida ha cambiado poco respecto a aquellas visitas a la casa de los Romero. Ya una vez me alejaba de los bancos del titiritero y hoy sigo sondeando en las periferias de la tormenta. Estoy en la penumbra de uno de los tantos prostíbulos que reúnen a personas desempleadas, malandrines y desorientados en la vida, aquellos que nos sentimos vacíos y que no hemos podido encontrar la felicidad de la que alguna vez gozó aquella pequeña niña llamada María. Una vez más estoy alejado y entre las sombras. Soy de los que se quedan tomando un vaso de whisky en los rincones, analizando y pensando por qué razón la vida es tan mísera y detestable. Y solo para descubrir que la vida es peor de lo que había imaginado. Que son, por desgracia, el mismo dios y el mismo diablo los dueños de la función de títeres. Poderes que juegan a tirar de nuestros hilos y a destrozar nuestras almas sin pena ni perdón.

Vaciando copa tras copa intento evitar mirarla. Copa tras copa que me resuena en el dolor más triste que alguna vez sentí en la vida. Sin embargo, no hay alcohol que pueda calmar la angustia de lo que veo. Pues resulta inevitable pensar que el destino nos maneja como marionetas amargas y pareciera que solo se puede esperar, tal vez, con suerte, a que el hilo se corte de una vez por todas de nuestros cuerpos; y así morir, para liberarnos de esta vida cruel.

Lo más extraño es que, después de tantos años, todavía puedo reconocerla. Aún mantiene sus bucles despeinados y sus ojos color miel, pero la sonrisa de aquella niña resultó enterrada en lo más profundo del olvido. Hoy, al verla, no puedo más que reconocer el semblante triste de una vida tejida por titiriteros, donde el destino cruel tira de los hilos, como frágil marioneta que baila sin cesar.

Por una mujer

Era de noche y la cuadra en la que estaba ubicado el barsucho mostraba bastante movimiento. Algunas personas se acercaban caminando, otras descendían de las carretas. Se trataba de un simple cafetín, ubicado en uno de esos arrabales en las afueras de la ciudad. Una carreta aparcó junto a la acera, cercano a un árbol que estaba en la vereda. Los dos hombres que iban como clientes le pagaron al conductor y se bajaron. En la oscuridad de la noche, la figura sombría del árbol escondió a los dos jóvenes que se encaminaron hacia el cafetín. La carreta volvió a la marcha y dio espacio para que estacionara otra, de donde bajaron otras personas.

La gente se fue amuchando, caminando por la vereda, y pronto se reunieron por ambos sentidos en el centro de la cuadra. Un cartel en madera estaba encima de una puerta; tenía garabateada en negro la palabra «Hansen», que era el nombre del cafetín y a la vez el apellido del dueño del lugar. La entrada no era más que una simple puerta que, después de un largo pasillo, daba al interior del cafetín. Los hombres que habían bajado de la carreta se detuvieron detrás de las otras personas que iban ingresando. El primero, Alberto Castillo, era un muchacho alto, delgado y bastante buen mozo. Tenía la barba y los bigotes rasurados y mostraba una piel tersa y un tanto pálida. Llevaba un traje negro, camisa blanca y corbata negra. Tenía la mirada cristalina, teñida por unos ojos de color marrón claro, y en su rostro dibujaba una sonrisa juvenil con un hoyuelo en el lado derecho. Su acompañante, Jorge Méndez, era un muchacho un poco más bajo, usaba el bigote corto y llevaba puesto un traje color gris oscuro. Tenían los dos veinticinco abriles y estaban en la flor de la vida, en aquella época en la que pueden darse el gusto los mocetes de poder bailar, beber, salir por las noches y enredarse con alguna que otra mujer.

Les llegó a ellos el turno de cruzar la puerta de entrada. La madera tenía tallados cinco rectángulos que estaban dispuesto en forma horizontal y equidistantes. Contando de abajo hacia arriba, el tercer y cuarto rectángulo de madera habían sido reemplazados por dos vidrios espejados, donde el propio reflejo de los vidrios los mostró jóvenes y alegres. Abrieron la puerta y pasaron por el angosto y largo pasillo, al que apenas iluminaban dos focos. Avanzaron por el espacio cerrado, al tiempo que la música ya

comenzaba a retumbar. Era una casa de estilo colonial, solo que había sido reacondicionada para ser una especie de cafetín o barsucho nocturno. Pronto el pasillo se abrió en lo que bien podría haber sido la sala antigua de la casa, las paredes que dividían los ambientes habían sido demolidas, pero se notaban las marcas de los lugares en los cuales habían estado las paredes. Un reacondicionamiento precario había sido el trabajo, pero el resultado no podía discutirse, porque había sido bastante efectivo y aquel bar de los arrabales, a pesar de tener mala fama, solía tener una buena clientela. Las mesas se esparcían a los laterales y el centro dibujaba una pista en la cual ya estaban bailando varias parejas aquellos tangos y milongas que sonaban durante los encuentros. Una orquesta de seis músicos tocaba en el fondo del salón. En la parte lateral izquierda se encontraba la barra desde la cual se dispensaban las bebidas, y en la parte derecha, una abertura que llevaba al patio de la casa y donde había otras mesas y algunas personas que querían disfrutar de la calidez de la noche al tiempo que bebían y escuchaban música. Por cierto, el lugar del patio era el escogido para las parejas de tortolitos que jugaban a enamorarse en aquella noche de juventud agraciada.

Pronto escucharon, Alberto y Jorge, los gritos provenientes de la mesa ocupada por la barra de amigos; que completaban Mario, Herminio y Juan Pedro. Los muchachos se acercaron y se sumaron a las rondas de bebidas. Todo eran risas y farras en el bar de Hansen, pues a pesar de que era un lugar al que muchos compadritos y maleantes concurrían, también era un lugar en el cual cada quien podía hacer su propia vida; y si tenían la decencia de no meterse con otras mesas, entonces se podía disfrutar de una noche de tragos, al ritmo de unos buenos tangos y milongas.

La gente ya bailaba en la pista al ritmo del tango. Las parejas de hombres y mujeres se habían formado y, al compás del dos por cuatro, realizaban una caminata sincopada, entre barridas y boleos. La banda sonaba con intensidad y buen ritmo. En aquella casa antigua parecía que las paredes embutían el sonido y lo hacían rebotar dentro del salón. Una neblina blanquecina inundaba el lugar con un aroma penetrante a tabaco, y las bebidas alcohólicas se dispensaban desde la cantina con agilidad.

Los amigos, ya con varias copas encima, se reían y disfrutaba de la noche. Actitud que, por cierto, también se extendía hacia las otras mesas y hacia la pista de baile. Estaban todos disfrutando del evento, cuando la mayoría de los presentes se quedaron como hipnotizados, mirando hacia la puerta del pasillo de entrada. Ingresaba al salón

una mujer que llevaba un vestido ajustado color rojo y tenía los hombros cubiertos con un chal negro, que combinaba con los zapatos negros. La mujer tenía el cabello rubio; lo usaba corto y peinado con abundantes bucles, tal cual la última moda. Llevaba una capelina color negro que dejaba caer un velo por el cual se podía ver un lunar en el pómulo derecho y los labios finos pintados de rojo. Tenía los pómulos tersos y elevados; y en su semblante, la mujer se expresaba airosa. Completaban el atuendo unas grandes perlas blancas que llevaba en el collar, los aretes y anillos. La acompañaba un hombre bastante guapetón, de hombros anchos y espalda gruesa, con rostro de malévolo, bigotes largos, ojos pequeños de color negro, cabello marrón oscuro y tez de color almendra.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Alberto, nada más verla ingresar.

—La rubia Mireya —dijo Jorge.

Un tenue susurro generalizado se había mezclado entre las mesas y la música. Al parecer, la charla que estaba teniendo la barra de muchachos sería la misma que se estaba replicando en otras mesas, así como también en todo el barsucho de Hansen. Todos hablaban de la rubia Mireya, que acababa de entrar al salón.

El Negro Rivera caminó hacia el lado cercano de la barra y buscó un lugar entre las mesas. En un momento, saludó con la mano, como en un gesto casi afectivo, a una mujer de cabello negro que estaba en otra mesa y con otras personas, pero pronto volvió su rostro al semblante parco y malévolo que le asentaba en forma natural. A su lado, Mireya se quitó la capelina, dejando así a la vista su rostro delgado y de facciones elegantes; que ya tenía suspirando a la mitad de los hombres del lugar. Se quitó el chal y entonces hubo algunos sonidos que parecieron casi incómodos; pues la mujer, en una actitud atrevida, llevaba los hombros descubiertos y el vestido, que era escotado, revelaba el inicio de un busto pequeño y delicado. En el pecho tenía algunos lunares, similares al del pómulo, que al seguirlos con la mirada parecían perderse en el interior de su escote. La mujer se sentó y se acomodó el peinado, elevando con sus manos los bucles; pero todo estaba en su lugar, tanto sus curvas como el peinado, en forma firme y turgente.

En la otra mesa que había quedado casi enfrentada, pero separada por la pista de baile, Alberto se quedó observando a la mujer con los labios entreabiertos, como si estuviera en una especie de ensoñación.

—¡Eh, chichipío! —protestó Jorge al notar que su amigo la estaba mirando.

—¿Qué pasa? —dijo Alberto volviendo en sí.

—No seas gil, ¿cómo se te ocurre mirarla así?

—Es una hermosa mujer, ¿qué tiene de malo mirarla?

—De malo tiene que está acompañada por el Negro Rivera —protestó Jorge—.

A no ser que quieras terminar con un agujero en las tripas.

—¿Y quién es ese Rivera que tanto miedo les da? —preguntó Alberto.

—Un malviviente —dijo Juan Pedro—. Un guapo de esos bravos.

—Sí, es cierto —dijo Herminio—. Es más, apenas hace un mes que están juntos y el tipo anda mirando a todos como perro desconfiado, parece que busca a quien apuñalar de antemano.

—¿Apenas un mes? ¿Y con quién estaba antes? —preguntó Alberto.

—Con Sosa, pero Rivera se la quitó —dijo Herminio—. Fue un quilombo importante lo de aquella noche, yo mismo lo vi.

—¿Qué pasó? —preguntó Alberto.

—Estaba ella con Sosa, pero Rivera se acercó cuando él había ido al baño. Cualquiera pensaría que una mujer de honor no saldría a bailar ni hablaría con otro estando ya en pareja, pero resulta que Rivera la invitó a bailar y Mireya aceptó. Cuando Sosa llegó del baño se la encontró bailando con Rivera.

—Eso no tiene nada malo —dijo Alberto.

—¡Cómo que no tiene nada de malo! —protestó Herminio—. ¡Tenía otra pareja!

—Pero si solo están bailando, no debería significar ningún problema —insistió Alberto.

—Yo también creo que es un deshonor que la mujer que te acompaña baile con otro —dijo Juan Pedro.

—¿Pero cuántas veces bailan parejas de amigos o de familiares? —dijo Alberto.

—Pero eso es otra cosa, son personas que se conocen —dijo Jorge.

—Lo que pasa es que..., dicen las malas lenguas, que a la rubia Mireya le gusta bailar. Y hacerse notar —comentó Herminio—. Además, baila como una diosa; y hasta parece una bailarina profesional.

—O sea que si le gusta bailar... —reflexionó Alberto—. Si la invito...

—¡Ni se te ocurra! —protestaron todos sus amigos a la vez.

—Sé bailar tango —dijo Alberto—. Si ella también sabe bailar, tiene lógica que nos acompañemos en la pista.

—Serás bueno bailando, pero el otro es bueno peleando —dijo Mario, con una mueca.

—Pero...

—¡No, y punto! —protestó Jorge.

Alberto dejó de insistir, se encogió de hombros y bebió un sorbo de su copa.

La noche siguió avanzando al ritmo del tango y de la milonga. Las botellas iban y venían, de a ratos llenas, de a ratos vacías. El humo blanquecino de los cigarrillos flotaba cada vez más bajo, el sonido de la banda ensordecía a los presentes en la vieja casa. En la mesa de enfrente a la de los muchachos, la mujer que a todos los hombres había eclipsado se entregaba a la misma tendencia de la noche. Las botellas vacías revelaban que tanto el Negro Rivera como la rubia Mireya habían hecho estragos en los asuntos del beber. El alcohol había provocado que los rasgos malevos del hombre se acentuaran más, al punto que parecía tener las cejas fruncidas en todo momento. A efectos contrarios, la bebida había provocado en la mujer una facilidad por emitir una sonrisa ligera y afable. La mujer fue relojeando todo el lugar, mirando la pista y las otras mesas, hasta que se encontró con la mirada de un joven galante, que le pareció mucho más interesante que las miradas burdas que le dedicaban todos los demás hombres del lugar. Tanto el muchacho como la mujer se sostuvieron las miradas. Ella acentuó su sonrisa y mostró unos dientes blancos y parejos, que parecían estar a tono con las perlas del collar, los anillos y los aretes. Al instante, Alberto quedó atrapado en aquella sonrisa, quedó inmerso en su belleza, como envuelto en una hipnosis. El Negro Rivera se acercó al oído de la mujer y le dijo algunas palabras; pero Mireya lo escuchó sosteniendo la mirada hacia al frente, sin quitarle la vista a Alberto. El joven sintió que se estremecía y solo pudo aguantar el suceso mandándose un trago de la copa que tenía en la mesa. La mujer terminó de escuchar a Rivera y asintió con la cabeza a su acompañante. El hombre se puso de pie y extendió su mano; ella aceptó, y se fueron los dos a la pista de baile, no sin antes cruzar, la mujer, una última mirada con Alberto.

Rivera caminó llevando de la mano a Mireya. El hombre le habló otra vez al oído, indicándole que lo esperara un momento. Rivera caminó hasta el lugar en el cual se encontraban los músicos y les interrumpió, a secas, la milonga que estaban tocado.

Nadie se atrevió a protestar ni a decirle nada, pues todos conocían a Rivera como uno de los más bravos. Habló con los músicos y pronto regresó a la pista en busca de su pareja. Rivera llevó a Mireya hacia el centro de la pista y les hizo señas a los músicos. Pronto comenzó a sonar uno de esos tangos que obligan a dar el paso sincopado en forma acelerada, uno de esos tangos que hacen vibrar el piso cuando se baila.

Cuando Mireya y Rivera comenzaron a bailar, las demás personas se fueron alejando y casi por instinto formaron una ronda. Los pasos agudos que daban. Los giros y boleos. Sus mejillas apretujadas. Los torsos rectos, las piernas cruzándose de a un lado a otro en forma frenética. Pero a simple vista se notaba la superioridad de Mireya, que más bien la ronda parecía haberse formado para verla a ella bailar. Rivera se esforzaba por acompañarla y pronto le comenzó a sudar el rostro. No es que lo hiciera mal, pero cualquier bailarín aceptable queda mancillado cuando se le pone al lado una bailarina de gran talante.

Alberto se puso de pie, como hicieron la mayoría de las personas en las mesas, y también se acercó para verlos. Con intenciones, en realidad, de verla bailar a ella. Alberto, como hipnotizado, no tuvo conciencia de ver a los alrededores. No tuvo tiempo de distinguir cómo era que casi todos los hombres del lugar estaban igual de pasmados que él. Tampoco tuvo tiempo de ver cómo sus amigos se le reían. Pues Alberto solo podía verla a ella; a la rubia Mireya, que bailaba y giraba. Su vestido rojo, bien ajustado, parecía que encerraba mucho más que un simple paso de baile. Era como si allí hubiera mucho más que solo tango y piel, pues esa mujer parecía todo lo que un hombre pudiera desear. Era fuego. Era vida. Era pasión. Era alma. Era una mujer como nunca había visto.

Cuando el tango terminó, los demás presentes aplaudieron. Incluso los músicos se sumaron al aplauso. La mujer saludó con una sonrisa e inclinó un poco su torso, como pudiera haber hecho una actriz. El Negro Rivera, con los cachetes ruborizados y la respiración agitada, saludó orgulloso. Esbozando una sonrisa torcida, pasó la mano alrededor de la cintura de Mireya y la atrajo hacía sí, juntando su cadera izquierda con la cadera derecha de la mujer, como en un gesto territorial. Rivera le hizo una señal a la banda, y entonces esta comenzó a tocar una milonga, pues hubiese sido un despropósito hacer bailar a la gente otro tango luego de ver lo que había hecho Mireya en la pista.

Ya con la música y el baile reanudados, el cafetín volvió a su normalidad. Rivera le habló al oído a Mireya y la mujer asintió con la cabeza. Pronto salieron los dos,

caminando, hacia el patio. Alberto aún seguía de pie mirando a Mireya; solo que esta vez, Rivera advirtió que Alberto los miraba. En realidad, Rivera bien sabía que Alberto, al igual que varios hombres del lugar, miraba a Mireya y no a él. Así que Rivera se detuvo a unos dos metros de distancia de Alberto. El malevo le dedicó una dura mirada al joven, pero no dijo nada, y siguió caminando en dirección hacia el patio, llevando, por supuesto, a su mujer bien aferrada de la cintura.

Alberto los vio salir, pero no aguantó mucho tiempo. Tomó su saco de la silla y tuvo intenciones de ir al patio también, pero sintió la mano de su amigo que lo agarró por la muñeca.

—¿A dónde vas? —preguntó Jorge.

—A tomar aire —dijo Alberto.

Jorge y los demás amigos lo miraron con cierta aprehensión.

—Que no se te ocurra armar quilombo —protestó Mario.

—¿Quilombo? ¿Por tomar aire? —respondió Alberto con una sonrisa.

En el patio de la casa se respiraba un aire fresco y agradable, condición que les asentaba bien a las parejas de baile que habían terminado acaloradas. Algunas personas estaban de pie, otras estaban sentadas en unas sillas que hacían juego con unas mesas de hierro. Una luz contra la pared derecha era la única iluminación y el cielo cubierto no mostraba estrellas ni luna, razón por la cual el patio parecía estar aún más en penumbras que el interior de la casa que oficiaba de cafetín. Alberto miró a los alrededores, pero le resultó casi imposible encontrar a Mireya en una primera inspección. Vio a algunas personas de pie charlando. Luego escuchó a la izquierda, en la pared contraria y lejana a la luz, la sonrisa traviesa de una mujer. Prestó atención y vio enseguida al hombre que la besaba y que con la mano le tocaba la pierna justo encima de la rodilla. Alberto trató de identificar a las personas entre la oscuridad, pero se trataba de una mujer que tenía el cabello oscuro. Avanzó unos pasos por el centro del patio, entre las personas que estaban charlando y fumando, hasta que al fin la encontró en el rincón izquierdo y al frente, junto a unas plantas, donde había una mesita de hierro con algunas sillas. Aun en la penumbra se podía vislumbrar su cabello rubio, el rojizo del vestido, las perlas del collar en su cuello, su personalidad arrolladora, que parecían rebelarse contra la oscuridad de la noche.

Alberto dio unos pasos y miró la situación desde lejos. En la mesa había tres personas: Mireya, Rivera y otra mujer. Alberto se enfrentaba a un sinfín de ideas en su cabeza. Ya sus amigos le habían advertido sobre Rivera; pero nunca había visto una mujer tan hermosa. Dio un suspiro y encaró hacia la mesa.

«Solo será bailar, no tiene nada de malo», susurró para sí mismo, sabiendo que sus intenciones abarcaban mucho más que una simple pieza de baile.

Mireya y Rivera estaban junto a una mujer de cabello negro y bucles largos, que era la misma mujer a la que Rivera había saludado rato atrás. Los tres, sentados, vieron acercarse al joven. Mireya ocultó una sonrisa y se puso expectante ante la proximidad de aquel muchacho. Alberto cruzó miradas con ellos y avanzó con aires de entre galante y respetuoso. Tratando de ser fuerte y decidido, pero también ubicado, pues iba nada más y nada menos que a pedir la mano de la mujer para bailar; mujer que, por cierto, ya estaba con alguien.

—Buenos noches —saludó Alberto con una leve inclinación de cabeza.

—¿Quién es usted? —lo primerió Rivera.

—Alberto Castillo —dijo el joven, acomodándose el saco.

—Y si me dijera que usted se llama Paco Pérez me daría igual —protestó Rivera con una mueca despectiva—. Su nombre no tiene cabida aquí, así que váyase de una vez.

—Me iría con mucho gusto; en lo posible, a la pista de baile —dijo Alberto—, pero considerando que no tengo pareja y que usted tiene una compañía femenina de más, bien podría prestarme a alguna dama para mostrar mi avidez en la pista.

—Es usted un mocoso atrevido —protestó Rivera.

—No busco pelea, solo intento conseguir una pareja para bailar —dijo Alberto ensayando una voz respetuosa—. Y me preguntaba si acaso la dama Mireya quisiera acompañarme.

El joven miró a Mireya y la mujer le sostuvo la mirada esbozando una mueca de interés. Alberto sonrió y se dibujó un hoyuelo en su mejilla derecha. La mujer le devolvió un gesto casi como una sonrisa que parecía aceptar el cortejo, pero no dijo nada. Al verlos coquetear, Rivera se puso de pie, enfadado.

—¡Ella no quiere bailar con usted! —protestó y le dio un golpe a la mesa.

Al instante, las demás personas que estaban en el patio se giraron para observar el revuelo; pero Alberto no se dejó intimidar por Rivera ni por las miradas chismosas.

—Tengo entendido que a usted le gusta bailar —dijo Alberto sosteniendo la mirada con Mireya e ignorando a Rivera—. Solo quería decirle que soy un ávido bailarín y que disfruto tanto del baile como usted.

—¡Ella no quiere bailar con usted! —protestó Rivera y enseguida intentó caminar hacia el muchacho.

—Luis, no —dijo la mujer de cabello negro, agarrándolo con sus dos manos del brazo.

Rivera miró a la mujer que lo aferraba y comprendió el mensaje: su hermana le pedía que no hiciera escándalos en el lugar. Rivera lanzó un bufido y trató de recomponerse. Se hizo consciente de todas las personas que los estaban mirando, esbozó una sonrisa maliciosa y habló con tono fuerte para que todos en el patio pudieran escuchar:

—Una mujer como Mireya nunca querría bailar con un cordero que parece haber dejado de mamar la leche de su madre esta misma mañana.

Un suave murmullo entre sonrisas se esparció en el patio, apenas acolchonado por la música que venía desde dentro del salón. Rivera sonrió y también lo hizo la mujer de cabello negro. Sin embargo, Alberto no se dejó intimidar por los hermanos ni tampoco por la gente del lugar. Solo se enfocó en mirar a la mujer que lo había eclipsado y vio en ella un gesto complaciente.

—No estoy interesado en discutir asuntos de hombría ni de edades —dijo Alberto—, y en cuanto al asunto de que si la mujer quiere bailar o no conmigo, en vez de responder usted, sería mejor que respondiera ella.

Alberto miró a Rivera con una tenue sonrisa. Esta vez, el murmullo pareció presionar a Rivera; entonces el malevo miró ofuscado a Mireya:

—Decile que no, así se deja de joder, de una vez por todas —protestó Rivera.

Mireya observó a Rivera con una sonrisa entre desafiante y placentera. La misma con la que había visto noches atrás a Sosa, cuando Rivera había aparecido. El malevo sintió el pánico en ese momento, pero antes de saltar para decirle que tenía prohibido bailar con el joven, la mujer habló con voz fuerte y segura.

—Bailaré con él —dijo poniéndose de pie—, solo será una canción.

Alberto casi no podía creer lo que había sucedido; extendió su mano en forma cortés y Mireya aceptó, tomándose de la mano del joven. Alberto se sintió volar cuando la piel tersa y acalorada de Mireya rozó sus dedos. Era una piel exquisita, que parecía tener fuego como en el rojo de su vestido. Los dos se dieron la vuelta y Alberto guio a la mujer por el patio, al tiempo que Mireya avanzaba con unos pasos seguros. Rivera se adelantó para impedirlo, pero su hermana lo retuvo otra vez:

—Solo será una canción, no hagas líos, por favor.

Alberto ingresó al salón llevando de la mano a la rubia Mireya. Se dirigieron a la pista de baile, donde las parejas se movían al ritmo de un tango lento. A varios les llamó la atención el hecho de que Mireya estuviera acompañada por otro hombre que no fuera Rivera; y los amigos de Alberto parecían imbuirse en una sensación agri dulce, entre preocupación y regocijo.

Mireya y Alberto se ubicaron en el centro de la pista. El joven les hizo una seña a los músicos, quienes cambiaron de canción y comenzaron a tocar un tango más ligero e intenso a pedido del joven. Apenas los dos primeros compases crearon la tensión en la pista, Alberto y Mireya se lanzaron al ruedo con una caminata sincopada y pronto comenzaron con las barridas, los ganchos y los boleos. No había dudas de que ambos eran excelentes bailarines, pero lo que más sorprendió fue la expresión completa de la esencia última que promete el tango en su musicalidad, aquella premisa que se ilustra en su máxima expresión: cuando los cuerpos parecen prolongarse por sobre el del otro, cuando los dos cuerpos se hacen uno.

Los dibujos que realizaban con las piernas creaban tal tensión que parecía que pronto se podrían tropezar, pero no era más que la adrenalina desplegada, como una especie de hipnosis sobre los presentes. Moviendo las piernas a velocidad vertiginosa. Ajustados uno al otro. Pegados, mejilla a mejilla, parecía que habían bailado toda una vida juntos. Nunca se había visto algo así en lo de Hansen. Nunca los gritos habían sido tan estrepitosos y hasta por un momento los amigos de Alberto se habían olvidado de cualquier tipo de problema que pudiera haber con Rivera, porque hasta ellos estaban fascinados con verlos bailar. Incluso los mozos y hasta el mismo dueño del lugar se habían quedado observando a la pareja. Nadie más bailaba. Las mesas habían quedado vacías y todo el cafetín se remitía a formar una rueda en la cual veían en el centro a Alberto y a Mireya, quienes bailaban y giraban, como si no hubiera mañana.

En el patio se escucharon los gritos que provenían desde el interior del salón. La joven de cabello negro y el muchacho que estaban apretujados dejaron de oficiar de tortolitos e incluso ellos fueron atraídos por el espectáculo que se desplegaba en el interior. Pronto los enamorados, así como la mayoría de las personas que estaban afuera, abandonaron el patio.

Rivera sintió el ardor de la bronca y de los celos al ver que todo el mundo se reunía en el salón. Los gritos animados que resonaban le llegaban al hombre como dardos de insultos. El malevo se puso de pie; su hermana intentó detenerlo, pero esta vez Rivera sacó el brazo con fuerza y se dirigió hacia adentro.

Mireya y Alberto bailaban apretados, entrelazando sus piernas, sintiendo el baile, compartiendo el sudor de sus mejillas. Era un enlace auténtico entre los bailarines, y todos podían sentir aquella conexión.

Los últimos compases de la canción sonaron y la banda de músicos se quedó en silencio, respetando los aplausos y los vítores de los presentes. Todos aclamaban a la nueva pareja, incluidos los mozos y el dueño del salón.

Estaban Mireya y Alberto saludando desde el medio de la ronda, cuando Rivera se lanzó al ruedo y lo agarró por la solapa de la camisa a Alberto.

—¡¿Así que te la das de compadrito?! —protestó Rivera—. ¡Entonces vamos a ver tu hombría!

Rivera metió la mano al bolsillo y sacó un cuchillo. Alberto se hizo hacia atrás al instante. Hubo gritos al verse el arma. Casi por reflejo, Alberto también sacó el cuchillo, pero en sus ojos no se veía la experiencia que tenía el otro ni la frialdad necesaria para clavarlo. Rivera atacó primero; Alberto pudo esquivar haciéndose atrás, y luego esquivó hacia la derecha. Rivera lanzó una puñalada buscando el abdomen, Alberto se curvó dando un salto atrás y la puñalada no llegó a destino. Pero casi al instante Rivera lanzó la cuchillada hacia arriba; esta vez Alberto no tuvo los reflejos para esquivarlo, y el filo pasó, cortándolo, por la mejilla izquierda. Alberto sintió el ardor al momento; soltó el cuchillo, aceptándose derrotado, y se llevó la mano al rostro, donde encontró, entre sus dedos, que se escurría la sangre. Rivera torció una mueca con una sonrisa malévola y se preparó para atravesarlo. Pero pronto los amigos de Alberto, así como el dueño del lugar, se interpusieron entre Rivera y el herido para que no sucediera una masacre. Al ver a los hombres que escudaban a Alberto, Rivera sonrió, sobrado, aceptando su

victoria. Sus ojos negros parecieron brillar, sabiendo que había realizado otra hazaña que aumentaría su fama.

Pero entre tantos problemas, y aún sosteniéndose la mejilla por la cual le emanaba la sangre, Alberto buscó la mirada de Mireya, esperando algo, tal vez compasión. Mireya le devolvió la mirada como todas las veces en que se habían cruzado, pero lo hizo esbozando una frígida sonrisa blanca que hacía juego con sus frívolas perlas, y que revelaban los más bajos instintos de la vida que llevaba: divirtiéndose con los hombres, en los bares de baja calaña.

Derrotado dos veces, Alberto apenas sintió que alguien lo zamarreaba por los hombros.

—Tenemos que irnos, Alberto —dijo Jorge.

El grupo de amigos abandonó el salón con prisa, apenas pasando por su mesa para recoger los abrigos. El silencio de la banda hacía que los pasos de los muchachos resonaran en el suelo y oficiaban los hechos bajo un clima tenso.

Los amigos se perdieron pronto por la puerta que daba al largo pasillo y salieron del salón acompañados por una nostalgia amarga, que acompaña a esas noches que no tienen por qué terminar así. Cuando salieron a la vereda, el último de los muchachos cerró la puerta a sus espaldas. Alberto se dio media vuelta y se vio entonces sosteniéndose la mejilla izquierda; corrió la mano frente al espejo y en el reflejo vio el corte profundo que sangraba.

—Vamos, amigo —dijo Jorge—. Debemos llevarte al hospital.

Un hombre entrado en años se afeitaba frente al espejo. El reflejo mostraba espuma de afeitar en el rostro y una mirada cristalina de ojos marrón claro, que parecía ahora mucho más madura y contemplativa. Con la navaja fue quitando el cabello corto y la espuma. Fue entonces, cuando en la mejilla izquierda se vio la profunda cicatriz que, muchos años atrás, hubiera recibido en un cafetín de baja calaña. Cuando estuvo listo se dirigió a su habitación. Allí se vistió con un traje modesto; el hombre se mantenía bastante bien para considerar que había pasado los sesenta años. Había tenido una vida aceptable, honrada, aunque sin lujos. El timbre resonó chillón, agudo y metálico. El

hombre caminó, cruzando la casa, y abrió la puerta. Del otro lado encontró a su amigo, Jorge, con quien se habían acompañado durante todos estos largos años. Jorge seguía usando el mismo bigote corto, pero se acentuaba diferente en su rostro maduro.

—¿Qué es eso tan importante que querías mostrarme? —preguntó Alberto.

—Es una locura, pero quiero que lo veas con tus propios ojos —respondió Jorge.

Salieron entonces los dos en un vehículo a motor, pues, poco a poco, aquellos lujos se iban haciendo más accesibles para la gente común. Recorrieron las afueras de la ciudad y se detuvieron en un arrabal. Apenas estaba atardeciendo. Al ver la calle, el árbol y la puerta que aún tenía las dos partes espejadas, supo enseguida dónde estaban.

—¡Lo de Hansen! —dijo Alberto.

—Pero ya no es como antes —respondió Jorge.

Bajaron del auto y Jorge le hizo señas para que lo siguiera. Cuando llegaron a la puerta, se encontraron con que había bastante gente reunida, pero no era una fiesta, sino gente que vivía allí.

—¿Qué es esto? —preguntó Alberto.

—Un conventillo —dijo Jorge.

—¿Y qué hacías por aquí después de tanto tiempo?

—Me llamaron hace unos días, para realizar unos arreglos de plomería.

—¿Tengo que ayudarte con el trabajo? —preguntó Alberto.

—No, eso ya está hecho.

—¿Entonces qué es?

—Quiero que lo veas con tus propios ojos.

Alberto asintió con la cabeza, pero no pudo evitar sentir un nudo en el estómago, pues antes de entrar, el hombre se vio en el reflejo del espejo de la puerta. El espejo estaba partido, pero seguía siendo la misma puerta y, tal vez, el mismo espejo. Pudo recordar aquel día en que se había visto en el reflejo, muchos años atrás, con la herida abierta; y casi por instinto se llevó la mano a la mejilla, donde ahora había una profunda cicatriz.

Entraron los dos y recorrieron el mismo pasillo. Solo que esta vez había niños que iban y venían. Cuando llegaron a la parte principal de la casa, le pareció recordar el barsucho, la banda y la pista de baile. Pero todo era diferente. El salón de recepción era mucho más chico y había tabiques de madera que separaban las diferentes partes del

conventillo. En realidad, los tabiques eran separaciones precarias que conformaban las habitaciones en alquiler.

—Sigamos —dijo Jorge.

Caminaron por otro pasillo, entre tabiques de madera, y salieron al patio. Las plantas habían sido removidas y había decenas de personas. Jorge codeó a su amigo y señaló la parte de la izquierda y al fondo del patio.

—Allí está —dijo Jorge, con un sentido de angustia.

Alberto se quedó mirando casi absorto, como si no pudiera creer lo que sus ojos atestiguaban.

—¿Es ella? —apenas pudo preguntar.

Se adelantó unos pasos y la observó. Una angustia le retorció el estómago y le estremeció desde el corazón hasta las tripas. En sus ojos marrón claro las lágrimas nublaron su visión.

Sentada a una mesa de hierro, pero que ahora estaba oxidada y despintada, estaba una anciana de aspecto harapiento. La mujer tenía el cabello seco, canoso y enredado. Su rostro estaba surcado por profundas arrugas y en sus labios finos se dibujaba una línea recta de rigidez y dureza con la vida. Tenía la espalda encorvada y apenas si vestía unas ropas harapientas. La mujer lanzó una protesta cuando unos niños pasaron corriendo y se vio entonces que le faltaban varios dientes. Los niños siguieron corriendo entre risas, al tiempo que gritaban: «Es la loca Mireya».

Al final

Era Juan Carlos Rodríguez un hombre calvo y de baja estatura; vestía un mameluco azulado, un tanto sucio y desgastado, y llevaba un oxidado cajón de herramientas en la mano derecha. Rondaba los cincuenta años y tenía un andar renqueante de la pierna izquierda, efecto de una quebradura que había tenido de joven y que había realizado un mal callo. Denotaba en sus pasos una prisa vehemente, y cada tanto entonaba, en forma involuntaria, un leve silbido en las inhalaciones y exhalaciones de su respiración agitada. Ese día se había hecho tarde y eran ya cerca de las ocho de la noche.

El hombre regresaba a su casa caminando sobre los adoquines un tanto desteñidos de un viejo arrabal. Adoquines que bien podrían haber sido el reflejo de su desgastado y sucio mameluco, de su oxidado cajón de herramientas, de su cuerpo desequilibrado al andar, e incluso del agobio en el cual parecía estar sumergida su vida y que se reflejaba en una mirada apagada y cansina. Hubiera sido lógico pensar que dicho personaje, apesadumbrado y taciturno, anduviera con pasos lentos. Pero el hombre apuraba el tranco y la renquera se intensificaba hasta casi avanzar con unos pequeños saltitos, que provocaban el resonar metálico de sus herramientas y develaban, de esta forma, su más infortunado retraso.

Juan Carlos Rodríguez, como la mayoría de los mortales, era un hombre que se había sumado a la rutina de largas horas de trabajo a cambio de un ingreso que le permitiera tener una simple, aunque aceptable vida. Trabajaba como electricista independiente y eso le permitía poner cierto límite al horario laboral, buscando siempre quedar libre entre las cinco y las seis de la tarde. Premisa importante sobre la cual estructuraba, religiosamente, su vida; pues esto le permitía dedicar las últimas horas del día a reunirse en el cafetín del barrio con la barra querida, con su tan añorada y vieja muchachada.

Sin embargo, aquel día había tenido que realizar un trabajo arduo en un edificio y se había tenido que quedar más tiempo del esperado. Su joven colaborador había faltado a la jornada, y entonces todo el trabajo había recaído sobre él, desde cargar los caños y sostenerlos durante el armado, hasta pasar los cables y terminar los revoques. No hubiera tenido problemas en realizar el trabajo de una manera solitaria puesto que,

a la soledad, muy a su pesar, ya se había acostumbrado; pero el problema era que se le había hecho tarde.

El hombre había terminado el día con los brazos acalambrados de levantar y pasar los caños, y aún le parecía sentir un hormigueo en el brazo izquierdo. Pero eso no había sido lo peor, ya que, sumado a la ausencia de su ayudante, el trabajo había devenido en una discusión con el encargado del edificio por el paso de los caños y los agujeros que había tenido que realizar en la pared. Todo este embrollo le había dejado a Juan Carlos una sensación agobiante y un sabor amargo, a los que pensaba curar con unas buenas copas, y solo la promesa de reencontrarse con su barra querida parecía darle la vitalidad necesaria para continuar avanzando con sus pasos renqueantes y ansiosos.

Luego de caminar durante media hora, el hombre se detuvo frente a su casa, que no era más que el acceso a un pasillo, mediante una puerta de madera un tanto desteñida. Juan Carlos echó llave para ingresar y el zaguán de la casa pareció engullirlo en una profunda oscuridad. El frío eco de sus zapatos resonó en la galería mientras avanzaba hasta la segunda puerta a la que abrió sin necesidad de echar llave. Fue solo el sonido chirriante de las bisagras quien lo recibió.

La modesta casa se encontraba sumida en una inquebrantable soledad; un silencio sepulcral cruzaba la sala, y hasta la respiración agitada de Juan Carlos parecía invadir dicho silencio. El hombre dio un paso, cruzando el umbral de la segunda puerta, y dejó salir un profundo suspiro. Casi al instante, el cansancio del día pareció abatirlo, recayendo el agotamiento sobre sus hombros, provocándole una postura encorvada y mezclándose aquel hogar silencioso y lúgubre con el de su propia vida; y hasta la penumbra de la sala pareció proyectarse sobre su rostro.

En la oscuridad buscó, en el lado derecho, el velador que reposaba en una mesita. Le dio al interruptor y una tenue luz amarillenta apenas luchó contra la oscuridad de la sala. La débil luz develó las siluetas de un juego de sillas y mesa de cedro, ubicadas en el centro de la pequeña sala; una araña colgante de metal cubierta por un poco de polvo; un aparador de vidrio junto a una vitrola y un sillón de dos cuerpos en el lado izquierdo; unos bultos cubiertos con tela al final de la sala junto a una puerta, y a la derecha se vislumbraba un aparador que tenía dos candelabros con velas apagadas, dos portarretratos y algunas cintas rojas.

Claro que hubiera venido bien encender otra luz, pero, por alguna razón, aquella casa parecía tener su propia impronta lúgubre que se intensificaba en la proyección de sus paredes descascaradas, de sus muebles de madera desgastados, en algunos bultos arrumbados, y en el silencio profundo de su soledad. La falta de luminosidad no era otra cosa más que un pacto silente, como si el mismo hogar lo impusiera, o como si el propio Juan Carlos así lo prefiriera.

Dejó el cajón de herramientas junto a la mesita y este resonó con un chirrido metálico. Luego avanzó por la sala con pasos renqueantes, pero esta vez se desplazó a un ritmo más lento e incluso casi silencioso, como acompañando el compás de aquellos tangos melancólicos que, mezclados con letras negras, parecen relatar las desgracias de todo aquello que se pierde en la vida.

Había en el silencio de aquel hogar una especie de tensión. Como si el hogar fuese dueño de su propio silencio. Como si a la mismísima casa le molestaran el suave roce que los zapatos de Juan Carlos producían al caminar, o como si la respiración silbante y agitada se entrometiera en ese postulado inquebrantable. Pero lo más curioso era que el hombre parecía estar sumido y entregado a dicho silencio, e incluso parecía esmerarse en no romper demasiado aquel pacto silente. Pues consideraba que, marcado el silencio y haciendo sentir la ausencia, de alguna manera podía respetarse más a los muertos.

Pasó caminando junto el aparador y no pudo hacer otra cosa más que dedicar una mirada a las dos mujeres que reposaban en blanco y negro en los portarretratos. Desde allí emitían su silencio constante a la sala del hogar, que era tan distinto a los sonidos de vida con los que, alguna vez, habían rellenado aquellas paredes. Juan Carlos observó las imágenes durante un momento y luego miró el reloj de bolsillo. Eran pasadas las ocho y media de la noche, el hambre comenzaba a hacer mella en su estómago, y se dispuso entonces a apresurarse para llegar lo antes posible al cafetín del barrio, donde ya lo esperaba la barra querida.

Siguió avanzando hasta la puerta que estaba al final de la sala. Al cruzarla se extendía un corto pasillo con otras cuatro puertas que estaban ubicadas dos a la izquierda, una a la derecha y otra al fondo del pasillo. La primera de la izquierda llevaba al baño; y la segunda, a su habitación. La puerta de la derecha daba a otra habitación, que aún tenía las cosas intactas de su madre, y cuya función principal parecía ser la de

acumular polvo sobre el acolchado, los almohadones y los trastos allí guardados. La última puerta, al terminar el pasillo, daba a una pequeña cocina comedor, espacio que también utilizaba poco desde que no estuviera su madre, no más que para calentar el agua y muy pocas veces comer algo ligero, pues a la mayoría de las comidas las realizaba fuera de la casa, junto a la barra querida, precisamente en el cafetín cercano.

Sin el deseo de seguir perdiendo el tiempo, ingresó por la primera puerta de la izquierda. Una vez que estuvo en el baño se quitó la ropa y entregó su cuerpo desgastado al reflejo de un espejo con bordes oxidados. Sintió un leve escalofrío cuando estuvo en ropa interior; un frío extraño al que, en cierta medida, estaba acostumbrado. Era una sensación gélida de ausencia y de soledad, un frío de aquellos que perduran, uno de los que se visten con pieles blanquecinas y que se acompañan con ojos cerrados, como si fuera el de un sueño profundo, pero uno de esos de los que ya no se despierta. Un leve temblor involuntario recorrió su cuerpo y se miró frente al espejo. Las arrugas parecían haberse acentuado hacía tiempo, e incluso se les marcaban algunas en la parte superior de la calva. El reflejo mostraba el abdomen un tanto prominente y unos abundantes vellos cubrían su cuerpo desnudo, sea en las piernas, en los brazos, en el pecho y en la espalda, e incluso algunos sobresalían de sus axilas. Se giró hacia el grifo de la ducha y dejó correr el agua unos minutos, hasta que la serpentina del calefón hiciera el trabajo de traer un poco de calidez al agua y, tal vez, por qué no, también a su vida. Mientras tanto, juntó agua fría del grifo del lavabo y se limpió la cara en forma profusa, como para ver si con eso podía quitarse las sensaciones que lo habían agotado en el trabajo, o como para ver, también, si acaso pudiera el frío del agua lavar las ideas de la ausencia que representaba la muerte; sea en aquella casa, sea en su propia vida. Una vez el vapor comenzó a salir de la ducha, se quitó los calzones y se metió bajo el agua.

Rato más tarde, salió del baño envuelto en un tallón que alguna vez hubiera sido blanco, pero que ahora estaba en partes desgastado y un tanto amarillento. Para su buena fortuna, el gesto agobiante de su rostro parecía haber mermado bastante y hasta casi se le dibujaba una leve sonrisa en los labios, producto de la expectativa que le generaba reencontrarse con la barra querida, pensando ya en algunas bromas y alimentándose de las nuevas curiosidades que los muchachos tuvieran para contar. Cruzó descalzo el pasillo, acompañado por el crujir casi silencioso y solitario del piso de

madera, e ingresó en la segunda puerta del lado izquierdo, que daba a su dormitorio. Sintió un leve dolor en el estómago y lo atribuyó al cansancio o, tal vez, al hambre. Puede que el médico le hubiera recomendado menos noche y un poco más de sueño sano, pero para Juan Carlos lo único sano era estar con los muchachos, pasarla bien con su barra querida y poder disfrutar de las pocas cosas que la vida no le había quitado.

Buscó en el armario y en pocos minutos se vistió, con ropa interior nueva y limpia, una camisa blanca, un traje negro con rayas grisáceas y un par de zapatos negros. Terminó los detalles con un reloj de pulsera con malla de plata, una corbata en tono con el rayado del traje, y un gorro que le cubría la calva. No era, en verdad, que la falta de cabello le avergüence ni mucho menos, pero el hombre usaba siempre trajes pulcros a la hora de ir al cafetín y le gustaba estar bien presentado para aquella ocasión. Al vivir solo, no tenía demasiados gastos y con ello disfrutaba de la buena fortuna de poder enviar los trajes a la tintorería o poder comprarse algunos nuevos cada tanto. Sin embargo, todo aquel embrujo de la buena presentación se sumía siempre en la rutina de lo humilde, de lo barato y de lo modesto. Trajes de aquellas tiendas que eran accesibles y tintorerías que trataban las telas en forma simple, pues para nada era su estilo ni su bolsillo algo que le permitiera la fanfarria o la galantería.

Cuando estuvo vestido para la ocasión salió de su habitación oliendo a bastante colonia. Regresó por el corto pasillo un poco más animado, pero al ingresar en la sala, su rostro pareció mimetizarse, otra vez, con la penumbra y con el silencio que embrujaba aquel espacio lúgubre. Solo el sonido de sus pasos arrastrados interrumpió el silencio y, esta vez, se detuvo un poco más de tiempo frente al aparador donde reposaban las fotos en blanco y negro.

El aparador era de cedro y estaba pintado en tono oscuro. Le llegaba un poco por encima de la cintura y tenía seis cajoneras con manijas plateadas. En la parte superior se extendía un camino de mesa tejido a crochet, que desplegaba unos flecos alargados que caían a ambos lados del mueble. Entre el crochet, enlazadas, había varias cintas rojas que el mismo Juan Carlos había atado hacía ya tiempo, y más tiempo aún tenía el hilado que había tejido alguna vez su madre, razón por la cual las cintas rojas estaban descoloridas en algunas partes y el hilo blanquecino estaba un tanto amarillento. Una fuente ovalada de plata reposaba en forma horizontal, siguiendo la misma orientación que el camino de mesa. Sobre la fuente reposaban los dos portarretratos con las fotos,

y dos candelabros sostenían dos velas apagadas, cuya cera estaba derretida por la mitad. Detrás de estos, fuera de la fuente, se elevaba un florero de vidrio en forma abombada, que ya tenía el agua un tanto amarronada y unas rosas marchitas que habían dejado caer sobre el hilado y sobre la fuente algunos pétalos reseco de colores blancos y rojos.

La foto de la izquierda, la de su madre, mostraba a una mujer de unos sesenta años, de cabello ondulado y corto, con pómulos rígidos, de mentón cuadrado, y una línea fruncida que contorneaba sus gruesos labios. El reflejo de la imagen daba el aspecto de una de aquellas mujeres rígidas, pero a su vez trabajadoras y luchadoras, de las que parecían inmolarse por el bien de los demás y que, Juan Carlos bien sabía, gran parte del esfuerzo de aquella mujer había estado dedicado a él.

La segunda foto, la de Marisa, su amada, mostraba a una joven de unos treinta años, de cabello lacio y bien largo; un gesto sereno se reflejaba en su rostro delgado y alargado, y parecía esbozarse, en sus finos labios, una tenue y débil sonrisa. Una vincha adornada con un moño blanco sostenía su cabello en la parte superior y un vestido blanquecino cubría su cuerpo, como si se tratara de una imagen etérea.

Primero había fallecido su amada, en un accidente ferroviario. Seis años después había fallecido su madre, a causa de una enfermedad. Así que solo le quedaban a Juan Carlos las fotos silentes y grisáceas de las únicas dos mujeres con quienes había compartido su vida. Y por eso aquella casa tenía aquel silencio y esa soledad tan impregnados, como si se tratara de un pacto inquebrantable. Porque el silencio era el mejor reflejo de la ausencia, y porque la soledad era quien mejor representaba el matiz lúgubre de la muerte. El hombre dio un suspiro mientras miraba las fotos y realizó un esfuerzo para tragar saliva. Era cierto que los años habían pasado, pero el faltante todavía estaba encarnado.

Casi como una luz a sus sombras, le vino la imagen de sus amigos que ya estarían reunidos en el cafetín. La barra querida a la que tanto adoraba, y que era lo único que lograba traerle un poco de alegría y de paz. Fue así que se encaminó hacia la puerta de salida, apagó el velador y pronto el pasillo de salida lo engulló en la oscuridad.

Salió a una noche fría y oscura. Apenas un farol en la esquina alumbraba la zona. Caminó dos cuadras y otra vez sintió ese tenue dolor en el pecho. Se masajeó un poco, convencido de que sería producto del arduo día de trabajo, y siguió caminando. Para su suerte, apenas eran cuatro cuadras las que lo separaban del cafetín.

Tan solo al doblar la última esquina pudo ver a dos de los muchachos fumando en la vereda. Las luces se reflejaban a través del vidrio del ventanal del cafetín, y de pronto fue como si su alma le regresara al cuerpo. Los dolores en el pecho y la discusión del trabajo parecieron desvanecerse, al igual que la angustia y la soledad de la pérdida de sus seres queridos. Incluso su postura pareció erguirse, y por primera vez en el día se le dibujó una verdadera sonrisa en sus labios gruesos.

Se acercó a paso ligero y renqueante, y pronto reconoció a los camaradas que estaban fumando en la vereda.

—¡Pero miren quien viene ahí! —dijo Héctor, un hombre alto y delgado.

—Menos mal —dijo Ramón, un hombre macizo, que tenía una cicatriz en el lado izquierdo del mentón—. Ya pensábamos que no vendrías hoy.

—¿Y perderme lo mejor que hay en la vida? —dijo Juan Carlos, esbozando una mueca—. La única ausencia posible es si estuviera muerto.

—Esa sí que resulta una respuesta acertada, mi amigo —dijo el hombre de la cicatriz al tiempo que le daba una palmada en el hombro a Juan Carlos.

Héctor sacó una caja metálica del bolsillo izquierdo de su saco y le ofreció un cigarro al recién llegado. Juan Carlos lo aceptó y apenas si tuvo tiempo de llevárselo a los labios, porque Ramón le acercó enseguida el encendedor ya con la llama. El hombre le dio una larga pitada, y en la oscuridad braseó el rojizo intenso del primer cigarro de la noche, pero que sin dudas no sería el último. Se inundó con bastante humo los pulmones y largó una exhalación profunda, al tiempo que el vaho se perdía en la oscuridad.

Estuvieron charlando y las carcajadas pronto se hicieron notar. No fueron más que unos minutos, hasta que un hombre flacucho y más bien orejón salió por la puerta. Se trataba de Álvaro, el que trabajaba en el puesto de diarios, y que siempre solía andar de buen humor y encarnaba una aguda carcajada que resultaba contagiosa. Álvaro les habló en forma jocosa, y los cuatro miraron por el ventanal hacia el interior del cafetín. Al final del salón, Enrique, un hombre de fino bigote negro, intentaba tomar de un vaso con la mano que tenía entablillada. Parecía bastante optimista, y hasta con una sonrisa saludó a los que estaban afuera. En la vereda Álvaro hizo algún comentario afortunado y todos lanzaron unas fuertes risotadas.

Sin más preámbulos, los que estaban afuera ingresaron al cafetín. Mientras iban cruzando el salón, Juan Carlos saludó a los mozos y al cantinero, así como a varias

personas que estaban en las otras mesas. Pero no se detuvieron hasta llegar al fondo del salón, donde ya se habían juntado dos mesas, y en las que se sentarían los miembros de la barra querida, que eran siete en total. Algunos ya estaban bebiendo, otros comían, y las colillas de los cigarros se acumulaban en los ceniceros. Todos hablaban en forma copiosa y estridente, y el ambiente se entrelazaba en un sórdido bullicio, que era acompañado por el sonido de una vitrola en la que giraba un disco de pasta titulado *Los mejores tangos de la década*.

La barra querida, además de incluir a Juan Carlos, estaba conformada por Héctor, un hombre alto y delgado que oficiaba de cerrajero; Antonio, uno que siempre andaba con la barba desprolija y larga, bien a contramano de la sociedad y que solo conseguía changas como trabajo; Juan Pedro, un cajero de banco que no podía dejar a la barra querida, incluso a pesar de que su esposa y la gente del banco se lo insinuaran; Ramón, un hombre corpulento que trabajaba en las actividades ferroviarias y cuyo trabajo le había dejado de recuerdo una cicatriz en el mentón; Álvaro, el hombre flacucho como un palo que atendía un puesto de diarios; y, por último, Enrique, un almacenero que vivía la mayor parte del tiempo entre el bar y su propio almacén, y a quienes sus amigos lo cargaban diciéndole que no tenía siquiera casa.

Juan Carlos se sentó junto a la barra querida, y pronto los minutos comenzaron a correr. Los recién ingresados pidieron algo para comer, y los comensales que estaban desde antes los acompañaron con más bebidas. La mesa trató diferentes temas y anécdotas respecto a cuestiones políticas, económicas, laborales y hasta las que guardaban relación con los amoríos, como el caso de Javier Prado y Rosita Hernández, a quienes varios habían visto pasar de la mano. El banquero contó en la mesa que Gómez, el sastre, estaba ya en la quiebra y que el banco estaba a punto de embargarle sus bienes. Y Álvaro trajo las buenas nuevas, al contarle a la barra querida que pronto podría alquilarse un pequeño local y transformar el puesto de diarios en un próspero e ilusionado negocio de libros, diarios y revistas. Todos brindaron por Álvaro, y todos siguieron brindado por el simple hecho de estar reunidos.

Pasada la cena, los vasos y las botellas se habían acumulado sobre la mesa y un tenue humo blanquecino cubría el salón. Al tiempo que todos charlaban y se divertían, Juan Carlos esbozaba una sonrisa, hasta que de pronto sintió una punzada. Era el dolor que regresaba, pero esta vez mucho más fuerte y repentino. Cerró los ojos al tiempo

que una sensación punzante se apoderaba de su pecho y de su brazo izquierdo. Su cuerpo se desplomó y cayó hacia el lado izquierdo, pegando contra las sillas y el piso de madera. Lejano escuchó el revuelo entre las mesas y los gritos de sus amigos, hasta que todo se tornó oscuro.

No supo cuánto tiempo había pasado. Tampoco era consiente, en realidad, de qué era lo que había ocurrido. Apenas como en un tenue reflejo le llegaron las primeras sensaciones de su cuerpo dolorido, pesado y adormecido. Solo cuando abrió los ojos pudo comprender lo que sucedía.

El aroma a hospital lo invadía. Estaba recostado sobre un colchón rígido, que era sostenido por un camastro con caños de metal. Unas mantas y sábanas blancas lo cubrían. Cuando lo vieron reaccionar, la enfermera y el médico se acercaron. El médico se presentó y trató de explicarle al paciente la situación clínica. Pero Juan Carlos no podía seguir el hilo del relato, pues sentía la mente nublada y apesadumbrada. Sin embargo, el doctor siguió hablándole sobre los asuntos de los infartos y de los trombos, así como de las terribles secuelas que estos solían dejar. No fue necesario que Juan Carlos comprendiera los términos médicos de la explicación, porque al descubrir que casi no podía moverse, y que no podía hablar, supo que el asunto era mucho más delicado de lo que hubiera deseado. Casi como en un gesto de rebeldía y desesperación, en respuesta al reciente y terrible descubrimiento al que estaba limitado su cuerpo, Juan Carlos intentó con todo su esfuerzo hablar y moverse. Pero apenas emitió unos balbuceos leves, que se asemejaron a palabras sueltas e incongruentes. El médico y la enfermera lo contuvieron y le dijeron que se tranquilizara, porque su estado era grave y delicado.

Para que el paciente se sintiera un poco mejor y, tal vez, acompañado, la enfermera convenció al doctor para que dejara ingresar a los hombres que lo habían traído al hospital y que todavía aguardaban en la sala de espera. El médico aceptó aunque esto fuera a altas horas de la noche, a condición de que no le hablaran demasiado ni lo forzaran. Los miembros de la barra aceptaron las condiciones, sumisos al cuadro que les había presentado el doctor: un paciente en estado débil y delicado, con un cuadro complejo, en el que solo restaba esperar y ver su evolución.

Los miembros de la barra fueron ingresando, uno a uno, luciendo rostros lánguidos y apagados. Solo se limitaron a saludar a Juan Carlos y a dedicarle unas

palabras de ánimo. A Ramón le costó contener su fuerza a la hora de darle la típica palmada en el hombro. El cuidador de diarios apenas se ahogó en unas palabras balbuceantes; y Héctor, con una mueca amarga, se sintió culpable, como si en la pequeña caja metálica que llevaba en el bolsillo de su saco se concentrara el peso de la situación de su amigo.

Una vez los miembros de la barra saludaron a Juan Carlos, el doctor insistió en que se retiraran y que dejaran descansar al paciente. Le dejó unas últimas indicaciones a la enfermera, y esta siguió dichas pautas al pie de la letra. La mujer acercó un carrito metálico que chirriaba en dos de sus ruedas, y que avanzaba junto al resonar cristalino de los frascos de vidrio que contenía. Le preparó una inyección, que administró por vía endovenosa, y luego controló que el suero goteara a buen ritmo. Una vez realizados los últimos controles, la mujer se retiró, dejando al paciente solo en la habitación.

Juan Carlos hizo un esfuerzo para poder mirar a través de la ventana. Todavía era de noche y, como si se tratara de una especie de preludio, supo que aquella sería su última luna y que no volvería a ver el sol. Discernido por una especie de instinto comprendió que no tenía otra opción más que entregarse a la cruda realidad de que, en aquella fría habitación, se le acercaba final. Pues Dios, como juez supremo, le había enviado la ley de la muerte. La misma que había provocado que se fueran su madre y su querida novia, tiempo atrás.

Dio una respiración profunda, pero solo pudo llenarse los pulmones del aroma penetrante a hospital. Olor que le hizo recordar las dos veces en que la desgracia había llegado a su vida. El mismo aroma con el que había acompañado a su amada hasta los últimos instantes. El mismo aroma con el que había despedido a su madre. Y ahora le tocaba estar allí, cubierto por el mismo olor que suele tener la potestad de abrir las puertas hacia la muerte. Siendo el hospital, en algunos casos, ese último aroma que se puede sentir en el mundo de los vivos sin muchas veces ser consciente de eso. Pero esta vez Juan Carlos era consciente y tenía bien en claro que aquella puerta se estaba abriendo. Cerró los ojos, ya entregado, y solo le salió un reflejo natural, como si una parte muy recóndita de su ser quisiera expresarse, o como si el alma realmente existiera. Su mente pareció encontrar cierta paz y entregó sus últimos pensamientos a lo que más amaba, a lo que más había amado durante toda su vida.

El primer pensamiento fue para su madre. Casi le parecía verla con el cabello corto y ondulado, vistiendo el tan clásico delantal floreado y llevando una fuente de bizcochos recién horneados; o cocinando aquellas pastas caseras que tanto le gustaban a Juan Carlos. También pudo recordarla sentada, a veces tejiendo, a veces bordando, pasando horas y horas con las agujas o frente a la máquina de coser, generando de esa manera los ingresos que les permitían sobrevivir hasta que Juan Carlos comenzara su oficio de electricista.

El segundo pensamiento fue para su querida novia, Marisa. Pudo recordar el amor que se tenían. Pero, como solía sucederle siempre, el telón oscuro se precipitó con la esencia de lo perdido. Cuánto amor había quedado pendiente. Cuántos deseos disipados en el vacío. Cuántos proyectos se vieron truncados por la esencia disruptiva y disonante de la muerte; proyectos que habían conversado más de una vez. Como el de formar una familia en la que hubiera hijos y nietos, poner una panadería, comprar una casa, y quién sabe cuántas cosas maravillosas podrían haber sucedido en sus vidas.

Pero al recordarla aquella noche algo sucedió con el telón oscuro de la muerte y, esta vez, Juan Carlos no la recordó como aquello que no fue, sino que pudo recordarla, por primera vez, como aquel triunfo de lo posible, como aquello que sí había sucedido. Vinieron entonces a su mente las imágenes de las risas compartidas hasta la madrugada, del caminar tomados de la mano, de las noches en que él pasaba a buscarla por la panadería en la que ella trabajaba, y la fiel compañía que la mujer le propiciaba durante las reuniones en el cafetín. Y ya no fue el telón oscuro de la muerte un significante de lo perdido, sino que en su conciencia se desplegó el telón blanco de la vida, como un reflejo revelador de lo que significaba haber podido vivir y haber conocido el amor.

Y entonces se acercó el último pensamiento. Pues si no fuera por su barra querida, no hubiera podido vivir estos últimos años. Aquel sentimiento que lo había sostenido durante los tiempos posteriores a la partida de su madre y de su amada. La barra querida. El cafetín. Los muchachos de siempre. Pudo recordar las primeras veces en las que había ido, cuando apenas estaba comenzando con el oficio de electricista. Cuando los muchachos apenas eran unos pebetes, que portaban un tenue bigotín sobre los labios, y que apenas revoloteaban como pichones de calandrias. Recordó las charlas intensas, los bailes y las parrandas. Las recorridas por las calles. Las copas alzadas y los

brindis bien dados. Todo aquello que había amado, aquella vida que ahora le tocaba dejar atrás.

Casi como en un estado de vilo, sus pensamientos se fundieron con estas tres esencias: los recuerdos de su madre, de su amada y de la barra querida. Todo pareció tornarse liviano y el cuerpo de Juan Carlos no pudo resistir más. Unas lágrimas sinceras rodaron por sus mejillas y entonces sus ojos se quedaron abiertos y cristalizados, entregándose al olvido de la vida y sumergiéndose en un profundo y eterno adiós.